HISTORIA DE LAS LENGUAS HISPÁNICAS

CONTADA PARA INCRÉDULOS

Rafael del Moral





Este libro es la guía perfecta para aprender de dónde vienen las distintas lenguas que se hablan en este país llamado España: cuál es su origen, por qué a veces se crean controversias y a qué obedecen los cambios que experimentan. También un excelente relato de historias, poder, migraciones, intrigas políticas y pequeños malentendidos.

Escrito con estilo claro y ameno, que no rehúye la controversia, *Historia de las lenguas hispánicas contada para incrédulos* es el libro ideal para todo aquél con deseos de conocer ese magnífico instrumento que es nuestra lengua, tenga la edad que tenga.

Rafael del Moral

Historia de las lenguas hispánicas

Contada para incrédulos

ePub r1.0
Titivillus 31.12.2019

Título original: *Historia de las lenguas hispánicas*
Rafael del Moral, septiembre de 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Introducción

Si echamos una mirada, rápida o minuciosa, a la historia de las lenguas en la península Ibérica, no será espinoso descubrir que el año mágico de nuestra crónica lingüística fue aquél en que una legión romana puso el pie en Hispania.

Los romanos traían ganas de conquistar, intenciones imperiales, cultura y refinamiento, y una lengua, el latín. Aquel decir se distanciaba, como sucede con las hablas coloquiales, de la elocuencia del senado y de Roma, la metrópolis, y también del SPQR, que por entonces era algo parecido al British Council ahora. En boca de los soldados, que viajaban sin pareja, se habría convertido el latín en algo así como decir: «Tío, Hispania mola cantidad», en vez de tamizar la frase, al estilo del historiador griego Estrabón, al servicio de los romanos, con modulaciones del tipo: «Los paisajes de Hispania son tan conmovedores como atrayentes.» Sin presión alguna, con el orgullo de los vencedores, los de Roma extendieron su lengua y sus costumbres, incentivados, tal vez, por las morenas íberas y las rubias celtíberas, por el terruño peninsular y por pocas cosas más, que sepamos. Así fue como el latín eclipsó al mosaico lingüístico anterior. Y eso es lo que ha venido sucediendo en la historia: el dinosaurio gigante se aprovecha del endeble; la araña se nutre con la mosca, astutamente atrapada; el grande somete al menudo, el poderoso al débil; y las sólidas finanzas a la economía de subsistencia. Cuando los de Villanueva de Abajo tienen la oportunidad de reducir a los de Villanueva de Arriba, lo intentan y, lo consigan o no, los de Arriba transmitirán su odio a lo largo de las generaciones. Parece una tendencia natural de las especies. Por eso el pez chico, si su habilidad lo permite, intentará, mediante engaños, someter al grande.

Los espartanos, escasos en número, fueron grandes guerreros, y también los macedonios. Los primeros dedicaban su vida a las armas, a la fuerza y capacidad guerrera. Gracias a ellos, aunque no sólo a ellos, el griego se mantuvo y expandió. Los fenicios encargaron su ejército a una empresa de

servicios, que diríamos hoy, y así les fue. En cuanto los griegos vieron la oportunidad, los atacaron en el corazón, que era la ciudad de Tiro. Luego los romanos se encargaron de Cartago. La prestigiosa lengua de los comerciantes desapareció. El griego, sin embargo, se ha perpetuado en las universidades, e incluso en la enseñanza secundaria, hasta nuestros días. Del fenicio nadie sabe nada.

Ésa es la grandeza y miseria del hombre. Si a los bretones les dieran autonomía y medios económicos, no lo dudemos, harían hablar su lengua a cuantos franceses estuvieran sometidos a su administración autonómica que, probablemente, no usaría sino el bretón en sus ventanillas, en los impresos, en los rótulos comerciales y en mil rincones más. Y si alguien no sabe preguntar en bretón, que lo aprenda, caramba, que para eso ofrecen cursos gratuitos. Quedaría así el francés empujado hasta las fronteras.

También la lengua de los castellanos, más por causas soberanas que por estilo, fue limando espacios a las vecinas. La población no la eligió por la calidad de la gramática ni por la lindeza de las expresiones, eso vendría después. El castellano empujó a otras lenguas que no desmerecían lo más mínimo en gracia ni ingenio, que eso es lo que ha ocurrido siempre. Y si el latín ensombreció y confundió a todas las que por la época de la expansión se hablaban, parecida suerte corrió, sin proponérselo, el castellano. De aquella avanzadilla se salvaron el gallego y el catalán, y también el vasco, de nuevo, impasible, ajeno y distante a los acontecimientos, que de haber estado más en contacto habría tenido que vivir la misma suerte que el íbero.

El latín y el castellano fueron lenguas de pueblos conquistadores. El osco, el umbro, el etrusco, el fenicio, el íbero y el galo pertenecieron a pueblos conquistados. El asturleonés, el navarroaragonés y el mozárabe se vieron eclipsados por la lengua de sus vecinos, el castellano. También el ruso fue lengua imperial que arrolló a la de los tártaros, chuvachos y oséticos, entre otras muchas, pero de esas lenguas no hablamos en occidente ni en ningún otro lugar porque, como decían los romanos, «*vae victis*[1]».

LENGUAS EN LAS ALFORJAS

La lengua griega ganó posiciones en Oriente Medio, desde Persia hasta Egipto, con la campaña de Alejandro Magno. La historia venera al joven militar como héroe de la expansión sin que placa alguna recuerde a los subyugados. ¿Y qué hubiera pasado si los españoles nacionalistas de principios del siglo XIX no se hubieran levantado en armas contra el invasor

francés, o si los rusos, por la misma época, no hubieran seguido la política de tierra quemada para esperar el momento de atacar a las tropas de Napoleón? Si nadie aplaca al general francés, tan admirado por sus compatriotas como denostado por los pueblos sometidos, hoy estaríamos reverenciando a la lengua francesa desde los montes Urales hasta el estrecho de Gibraltar, y desde la isla de Sicilia hasta las gélidas tierras groenlandesas. En ese viraje de la historia, el inglés, el italiano, el alemán y el castellano serían lenguas eclipsadas con parecido estatus al que hoy tienen el bretón, el alsaciano, el galés o el casubio. Y añadiremos algo más que, por cercano en el tiempo, algún incrédulo lector podría no entender con la transparencia y naturalidad que lo proponemos: si los norteamericanos no se hubieran tomado la molestia de atravesar el atlántico para echarles una mano a los aliados, hoy Europa, dominada y sometida por la locura expansiva y el genio militar, podría ensalzarse reflejada con cientos de alabanzas en alemán en los libros de texto de los colegios. Y esa lengua germana, y no la británica, triunfaría tal vez universalizada y revestida como lengua del progreso. ¡Con qué facilidad habrían convencido los medios de comunicación desde las privilegiadas posiciones del poder…! Sólo un pequeño cambio de destino histórico habría hecho a una lengua más desarrollada que otra, más prestigiosa que otra. Como no fue así, cualquier europeo mira ahora esa hipótesis con estupor. ¿Podríamos concebir que el francés o el alemán fueran ahora lenguas oficiales de la Unión Europea con capital en París o en Berlín? Mucho más permisivos nos mostramos, sin embargo, por la distancia de los hechos, con la unificación lingüística llevada a cabo por los hablantes de chino mandarín frente a otras lenguas de aquel inmenso país como el uiguro, el mongol o el tibetano, propias de decenas de millones de hablantes; o por la India, que desde su formación pretende unificar en el hindi a cientos de millones de hablantes que tienen como lengua propia al tamil o al bengalí, al telugú o al maratí, todas ellas con más de cincuenta millones de hablantes; o por Turquía, que anuló a casi todas las lenguas con las que se encontraron los hablantes de turco, entre ellas el griego, y todavía no ha desbancado al curdo, aunque no por falta de esfuerzos. Es nuestra tendencia, la de nuestra especie, a minimizar lo que no nos atañe, y a magnificar lo propio, porque las cosas, separadas en el tiempo o en la distancia, se hacen más llevaderas.

La gente, los hombres, los pueblos somos una continuidad en el tiempo, un permanente vivir sin que vivamos siempre, y morir para que vivan otros, y lo mismo que nosotros, otros irán pasando. En ese forzoso e inexcusable transcurrir nuestra memoria es frágil, débil y escurridiza, aunque,

afortunadamente, selectiva. Nos gusta saber de nuestro pasado aquello que favorece a la estabilidad emocional, y renunciamos a interpretar, calificar y aplicarnos las soluciones que nuestros ascendentes pusieron a los conflictos, no tan distintos a los de ahora. Asuntos tan penosamente trágicos como las guerras siguen sin ser entendidos, asuntos tan sencillamente frívolos como las fronteras siguen siendo líneas que se marcan en la mente de sus ocupantes con la misma fuerza y rigor que el dominio territorial de las manadas de lobos.

LENGUAS EN LA IDEOLOGÍA DE LOS GOBERNANTES

La asignatura de historia ha sido y sigue siendo obligatoria en los planes de enseñanza de los ministerios de educación o sus equivalentes de todo el planeta. Pero cuanto más pequeña es la demarcación de las autoridades académicas que han de diseñar sus contenidos, más minúscula, autolaudatoria y egocéntrica es la historieta que han de aprender, sin discusión, sin capacidad de elección, los descalabrados escolares. La historia y su manera de interpretarla es el arma de los gobernantes, su medio de adoctrinamiento, y no el instrumento capaz de inspirar conductas, de ponderar modos pacíficos, de subrayar ideales comunes como miembros de una sola raza y de un único e irremisible destino, el de dejar nuestro legado a las nuevas generaciones, y éstas a las siguientes. Pero no es así. Se transmiten las lenguas con poderosa arrogancia, y lo hacen cuando sus hablantes, con mañas propias o prestadas, se hacen con el poder en busca del desprestigio y humillación, si es posible, de quien no habla como ellos.

Mientras tanto, a los españoles no nos importa comprar cursos de inglés que no llegan a ser despojados de su envoltura, como tampoco parece interesar una seria reflexión sobre el pasado de las lenguas. Líderes que defendieron la nación, héroes que han derrotado en algún deporte al país vecino y dirigentes políticos que tienen a sus pies a los medios de comunicación vienen a ocupar las tres cuartas partes de las ambiciones aldeanas o capitalinas de nuestras maltrechas mentes. Si queremos entender el mundo debemos revisar el pasado, la historia de los pueblos, no de nuestro rincón. Aquel sabio que nunca escribió, Sócrates, recordémoslo, murió a los setenta años sin salir de su terruño, pero dejó en lapidario lenguaje: «No soy ni ateniense ni griego, soy ciudadano del mundo.»

DAR NOMBRE A LAS LENGUAS

Los alemanes llaman *deutsch* a su lengua, los hablantes de inglés usan otra raíz, *german*, los italianos *tedesco* y los rusos *niemnimski*, y franceses y españoles la de uno de aquellos pueblos germánicos, los alemani, por eso decimos *alemán*. Y los arios no se molestan, ni piden a ingleses, italianos, rusos y franceses que llamen a su lengua *deutsch*, como ellos. Todo el mundo entiende las razones, y también las sinrazones de la elección. De la misma manera los ingleses llaman *London* a su capital, y nosotros *Londres* y los italianos *Londera*, y nadie se altera. Si un amigo que se llama *Rafael* me pide que lo llame *Faíto*, no tendré inconveniente en utilizar aquel nombre que a él le hace feliz, que al fin y al cabo es una generosidad gratuita. Y, sin embargo, hay pueblos que se empecinan en que sus vecinos los llamen como ellos quieren. Nadie puede con la ofuscación humana.

La palabra *español*, así lo señaló el lingüista suizo Paul Aebischer, y aceptaron Américo Castro y Rafael Lapesa, deriva del provenzal, y ya existía en el siglo XI. Desde Provenza regresó, porque ya antes se había utilizado, en los zurrones de peregrinos y otros viajeros, junto con influencias varias, en el siglo XII. Fueron así llamados, en primer lugar, los vecinos catalanes y aragoneses, y más tarde el término español se aplicó también a castellanos. ¿Por qué tuvo que venir de fuera? Quienes habitaban el norte peninsular eran para sí mismos gallegos, leoneses, castellanos, vascos, navarros, aragoneses y catalanes; para los moros del sur, *cristianos*, y para las gentes del norte, más allá de los Pirineos, el particularismo *leonés* o *castellano* no parecía exigible, y se impone un nombre general y apropiado que distinga a los peninsulares que no eran moros. Y como *cristiano* no les convenía, porque también lo eran ellos, el término *español* sirvió para cubrir el hueco. Luego fue adoptado, sin mucho esfuerzo, también por aquéllos a quienes designaban. La palabra en su raíz había sido usada por los navegantes egipcios, *i-shepham-im*; es decir: «el país de los conejos», de la palabra *shapán*, conejo. Los griegos no vieron conejos, sino culebras, y llamaron a la península *ophioússa*, que significa «tierra de serpientes».

Y son tantas y tan enconadas las razones con las que los de Villanueva de Arriba pretenden sobreponerse a los de Villanueva de Abajo que en muchos rincones del mundo también la misma lengua puede recibir diversos nombres: croata para los católicos, serbio para los ortodoxos; hindi para los hinduistas, urdu para los musulmanes; y también catalán o valenciano, y asturiano o leonés o ambas al tiempo.

LENGUAS EN CONTINUA EFERVESCENCIA

Pocos hablantes se sienten poseedores absolutos de sus propias lenguas. Constantemente falta algo. Los cambios son tan rápidos que en cuanto queremos ajustar la actualidad, se torna en pasado. El español hablado en Madrid ya no se modula ni vocaliza igual que hace unos años, ya no sirven expresiones que hasta hace poco estuvieron de moda, han envejecido los apelativos de invocación o de contacto, bullen y fluyen en permanente cambio los pronombres de cortesía y otras fórmulas de respeto, las exigencias preposicionales parecen mostrarse más permisivas, formas léxicas que hasta hace poco gozaban de elegante prestigio se tambalean, estructuras gramaticales inaceptables en el lenguaje cuidado de hace unos años ganan terreno, la lengua de los medios de comunicación languidece y se reconcilia con un nuevo código menos ambicioso, y notamos tantas alteraciones que no podemos sino sospechar que habrá inevitablemente un reajuste. Eso es lo que sucede cuando las lenguas gozan de dilatado uso y prestigio, que continuamente evolucionan para reacomodarse. Y cabe pensar que con ese continuo proceso de adaptación saldremos ganando, de manera natural, los usuarios.

Se alzan, es verdad, voces críticas contra los medios de comunicación, contra la oratoria política, contra quienes tienen voz hacia las masas, es decir, contra todo aquello que más se difunde. Pero ese estado inestable que duda de la corrección de un término, ese estado que se pregunta por la adecuación de una palabra o una expresión es lo propio de las lenguas, y lo habitual en todas las épocas y periodos. Cada hablante tiene su estilo, su patrimonio léxico, sus preferencias por determinados usos metafóricos, su lista de máximas, fórmulas y muletillas, sus modos de organizar la ironía, su patrimonio expresivo privado. Y en la continua búsqueda de esa pureza tan atractivo puede resultar, caso de que suceda, oír a un orador formado en las normas académicas como al hablante rural que, sin mirada a las normas académicas, porque ni las conoce ni las quiere conocer, cuenta sus cosas con admirable estilo para entonar y elegir frases y expresiones capaces de cautivar a cualquier oyente, aunque vulnere las exigencias teóricamente correctas. Tan necesaria es la norma como la libertad expresiva, la intuición e innovación del hablante, propietario de su lengua, como la conservación y defensa del patrimonio lingüístico. Por eso las lenguas vivas necesitan mostrarse, como tributo a su propia existencia, en continuo cambio, en perpetua ebullición.

Las lenguas no tienen presente, decíamos, porque no son estáticas. Y no son estáticas porque rara vez se encuentran ancladas a la espera de su

andadura. Las lenguas fluyen, cambian, mudan de aires, se ajustan, se renuevan y, cuando en alguno de estos vaivenes caen enfermas, se preparan para la muerte si una cirugía adecuada, un cambio social, no lo remedia. Desaparecen, según el lingüista francés Claude Hagège, unos centenares de lenguas al año. La escasa repercusión social de sus hablantes, y el exiguo interés que la pérdida de las lenguas suscita entre quienes se inquietan por los movimientos sociales, relega al olvido a todas esas que fallecen y no son enterradas. Ni siquiera una lápida las recuerda. ¿A quién le interesa el fin del dalmático o del córnico, o la inminente disipación de los hablantes de queto, de inuí, de labortano o de suletino[2]? Los ecologistas se concentran mucho más en la vida animal y vegetal; los historiadores investigan bastante ajenos a la historia de las lenguas; a la mayoría de los políticos les inspira más la unificación que la diversificación, y para los comerciantes, modernos economistas, sólo cuenta la eficacia: fenicio, griego y latín fueron grandes lenguas comerciales. Hoy lo es el inglés. ¿Y qué hacen los lingüistas? Describir lo que sucede. El interés por las lenguas que no se transmiten por escrito, que son la mayoría, no puede ir más allá de cierta mirada etnológica, de cierto talante nostálgico, de cierta voluntad por dejar explicada su biografía y, si es posible, su cuerpo y su alma, que son, en las lenguas, gramática y estilo, morfosintaxis y literatura.

VAMOS A CONTAR HABLANTES[3]

Les encargaron a unos chicos jóvenes que querían completar su mermado patrimonio estival, una encuesta sobre destrezas lingüísticas, hace muchos años, sobre el uso del catalán. Y cuando llegaban a domicilios de L’Hospitalet, en el cinturón obrero de Barcelona, preguntaban: «*Vostè parla català?*» Y el encuestado decía con articulación andaluza: «*Zi zeñó*.» Entonces lo añadían, como les habían dicho que hicieran, en las estadísticas de catalano-hablantes.

Sabemos con precisión y decimales lo que sube o baja la bolsa, lo que cuesta la cesta de la compra, la tasa de desempleo y lo que vale un peine, pero enterarse de los hablantes que tiene una lengua es el secreto mejor guardado de quienes maquinan para soterrar a la contigua. Entre la manera de maquillar los datos, mil triquiñuelas: enmarañar, llenar de cifras la tabla estadística, evitar preguntas claras en las encuestas, borrar la posibilidad de dar a conocer a quienes la usan como lengua materna, admitir a quienes balbucean unas cuantas palabras cuando interesa hacerlo así… Cuando un político no quiere

que se sepa algo, busca la manera de envolverlo en seda para que, desvanecido e incoloro, no se vea bien lo que hay debajo. Para cuando se descubra, ya habrá pasado el vendaval. Es la condición humana. Y el lenguaje, una herramienta tan útil para informar como para manipular, alterar, silenciar y mentir. Y no ignoramos que mucha gente prefiere vivir en la mentira cuando saben que en la verdad son desdichados. Por eso perdonan a los políticos aunque sepan que mienten, siempre que compartan sus mismos ideales. Situación muy parecida sucede en la interpretación de los aficionados a eventos competitivos en el deporte.

Que este libro informe a quienes tengan, escépticos, la voluntad de acercarse a él para descubrir, si les apetece, los entresijos de la historia de nuestras lenguas, los pasos, los cambios, luchas, incidentes y sobre todo azares que nos han traído hasta aquí, y ayude a entender que, justo o no, lo que hace la historia con las gentes, o las gentes con la historia, es el resultado de situaciones ajenas a la voluntad de los pueblos. Cuanto antes lo entendamos, mejor juzgaremos los entresijos y raras apariencias de lo que a cada uno nos toca vivir.

1

Profundidades de los tiempos

Hace mil quinientos años la lengua en que redactamos este libro no existía. Por entonces su antepasado, madre o padre, el latín, se preparaba para una amplia fragmentación que había de dar lugar a cientos de hablas destinadas a convertirse, confundidas unas con otras, en decenas de lenguas. Y los tatarabuelos de aquéllos, muchos años atrás, ¿qué hablaban? Evidentemente empezamos a perdernos. Nuestros ancestros de hace unos cuatro mil años tenían una lengua, el indoeuropeo, de la que nacieron casi todas las euroasiáticas actuales. Y antes del indoeuropeo… ¿qué lengua hablaban nuestros antepasados olvidados? No lo sabemos porque muy pocos datos nos ayudan a entender lo que en las profundidades de los tiempos sucedía con las lenguas. También ignoramos desde cuándo nuestra especie emite sonidos articulados con fines comunicativos.

Primero tendríamos que estar seguros de las edades del hombre, y eso es cosa de paleontólogos y de un continuo investigar en busca de tan turbios orígenes. Nuestros más remotos antepasados, a falta de datos perspicuos, pudieron haberse iniciado en África oriental, vaya usted a saber cómo, hace unos diez millones de años, pero otras teorías lo acercan hasta unos cuatro. Cifras del tiempo que, cotejadas con las minúsculas edades de nuestras vidas, parecen enormes; e insignificantes si las medimos al lado de los cuatro mil millones de vueltas que la tierra, como inmenso tiovivo, lleva dadas alrededor del sol.

A aquellos primeros seres perdidos en el pasado y que empiezan a parecerse a nosotros los llamamos *Australopitecus*. Tenían un cerebro de unos quinientos centímetros cúbicos, la cuarta parte del actual, y no dejaron resto alguno que merezca atribuirles mayor capacidad para el desarrollo del lenguaje.

Hace unos dos millones de años surgió una rama descendiente de aquella especie, la más capaz de perpetuarse, el *Homo habilis*, es decir, ser humano

diestro o lúcido. Habían aumentado la capacidad cerebral, fabricaban toscas herramientas de piedra y se alimentaban con variadas raíces, frutos, tallos, huevos y larvas, pero también, torpe aún en las técnicas de caza, con carroña abandonada por otros depredadores.

De hace un millón y medio de años, lustro arriba lustro abajo, es el *Homo erectus*, fuerte y robusto, de facciones temerosas, y que había duplicado la capacidad craneal de sus antepasados. Consiguió adaptarse de tal manera al medio que, además del continente que lo vio nacer, África, vivió en Eurasia desde Pekín hasta la península Ibérica. Fueron, que sepamos, los primeros pobladores de nuestro territorio, pues a esa época corresponde la muestra más antigua peninsular, el fragmento de cráneo fosilizado de Orce en la actual provincia de Granada. Conocían el uso del fuego y fabricaron la primera hacha de mano. Hace algo menos de un millón de años el *erectus* se dejó olvidados unos guijarros tallados en un paraje de Cádiz conocido como El Aculadero que hoy nos sirven para saber que estuvo por aquí. Unos cientos de miles de años después el llamado *Homo antecesor* habitaba la sierra de Atapuerca, en la provincia actual de Burgos. Recolectaban lo que la naturaleza graciosamente tenía la bondad de proporcionarles, y no despreciaban lo que otros carroñeros más caprichosos abandonaban a su suerte una vez saciados. A diferencia de otros pobladores del globo, desconocían el fuego, compartían su dominio con ciervos, caballos y leones y, en caso de necesidad, añadían a la dieta manjares extraídos de sus propios difuntos. Hace unos doscientos cincuenta mil años cazadores de la Loma de los Huesos, en tierras de Soria, o de las cuencas del Jarama y el Tajo, ya dominaban el fuego y se servían de sofisticadas trampas para atrapar sus presas, de pulidas herramientas cortantes y de otros utensilios que ellos mismos elaboraban. Pero a la luz de las actuales investigaciones ni los cazadores sorianos ni los de Atapuerca hablaron una lengua de las que deriven las nuestras. La razón es sencilla: no son ni pueden ser nuestros antepasados porque no se corresponden con nuestra especie.

Parece ser que todos aquellos intentos de acomodo al medio no tuvieron éxito. Los estudios de ADN y otros estratégicos descubrimientos dejan sospechar que procedemos de una mujer africana, Lucy mitocondrial, madre de nuestra especie, Eva bíblica que vivió hace unos doscientos mil años. ¿Fue aquél el momento en que sus descendientes se extendieron por el planeta? Los cambios más importantes aparecen en el comportamiento del hombre de Neanderthal, hace todavía más de cien mil años. La rama del hombre actual, el *Homo sapiens*, apareció en África hace unos sesenta mil años y pudo haber

desarrollado una lengua de la que todas las actuales serían herederas, aunque por ahora esto no es sino una hipótesis plausible. El hecho es que un rápido enfriamiento de la atmósfera dio paso a una glaciación que afectó a las zonas templadas y exterminó buena parte de las especies. Sólo unos pocos hombres y mujeres, quizá sólo unos miles, los más fuertes, los más desarrollados, los capaces de soportar la adversidad, los más robustos y hábiles habrían sobrevivido en África, mientras se exterminaban en los demás continentes. Y si de aquel grupo de elegidos procede toda la humanidad actual, de allí podrían desprenderse igualmente todas las lenguas. Imaginemos, como hipótesis, que ése fuera el principio. ¿Cómo empezamos la andadura lingüística en la génesis de nuestra especie? El personaje bíblico Adán, mítico padre de la humanidad, ofrece una pista: fue creado, una vez terminado el mundo, al mismo tiempo que la lengua. Aunque parece evidente que el hombre sólo es tal si dispone del lenguaje, el libro sagrado no reserva referencia alguna para la creación del habla, que tanto había de contribuir a la diferenciación y distanciamiento con los demás seres vivos.

Pero volvamos a la catástrofe que puso fin a un ciclo para iniciar otro, el de ahora. Aquella helada generalizada, periodo glacial, entró en su fase más fría hace unos veintisiete mil años, y sólo unos veinte mil atrás las temperaturas rondaban unos quince grados por debajo de las actuales. Continuador privilegiado de aquella estirpe fue el *Homo sapiens*, el hombre sabio, cuya rama más conocida es la del hombre de Cromañón. Aquellos privilegiados individuos debieron instalarse en territorios peninsulares hace unos treinta mil años. Por entonces las temperaturas siguen siendo gélidas. Los cromañones realizan operaciones conceptuales y simbólicas muy complejas, a las que sólo se accede mediante un razonamiento abstracto que exige, parece evidente, el uso del signo lingüístico. Vivían en la Europa meridional sin enemigos ni adversidades, con abundante y variada caza y una vegetación natural propicia para la recolección. Si miramos hacia atrás con lo que hoy conocemos, bien pudieron haber sido los primeros hablantes de indoeuropeo, que es la lengua originaria de la mayor parte de los idiomas euroasiáticos actuales.

El *Homo sapiens*, o *sapiens sapiens* como dicen otros, pule herramientas de hoja y en punta, desarrolla eficaces técnicas de caza, inventa el propulsor de lanzas y luego el arco, pesca con anzuelo y arpón, y domina el entorno con su inteligencia sin someterse a la postura huidiza y resignada de sus antepasados. Hábiles modeladores de huesos, fabricantes de astas y agujas, diseñadores de vestidos de piel, decoradores de cuevas y cobijos, devotos de

los primeros dioses, creyentes en el más allá, vivieron en abrigos naturales, en tajos, en protecciones, decoraron sus casas con pinturas y los primeros templos naturales con imágenes. Los cromañones, alentados en tan singular desafío, desplazan al hombre de Neanderthal, cuya estirpe desaparece. Todo aquello tuvo que ser, debió ser, signo inequívoco de su dominio del lenguaje. Nada deja sospechar, al menos hasta ahora, que conocieran la escritura, ni tampoco los principios fónicos de la lengua que hablaron. Los dibujos rupestres parecen decirnos, a falta de otros datos, que esa representación de la realidad sólo puede ser resultado de un pensamiento modelado con el lenguaje: fetiches sexuales, pintura mural de mamuts, caballos, ciervos, bisontes… Es evidente que a la necesidad de procurarse el sustento mediante lo que la naturaleza puso a su alcance, se añadió una estética, la del dibujo, una percepción artística que es ciertamente la misma que la actual porque el arte es una dimensión del ser humano que no evoluciona, que se mantiene en su íntima apreciación desde sus inicios. La invención del arte, el desarrollo de la estética en todo tipo de expresión debió acompañar a la lengua, y ambos se instalaron en las gentes al servicio de las generaciones.

2

Revolución neolítica

Nuestros lejanísimos abuelos vivían de la caza, y también de lo que buenamente quisiera darles la naturaleza vegetal en raíces, frutas y hojas que, como hizo Dios en el paraíso bíblico, también alguien había puesto allí. Sólo con alzar la mano encontraban lo necesario para subsistir o malvivir. Fronteras sin trazar, gobiernos sin estatus, leyes naturales, dulce paso de los días. Se las prometían felices aquellos primitivos *sapiens*. Ocuparon como región privilegiada las riberas del Tigris y del Éufrates y otros enclaves mediterráneos de Oriente Medio. Pero los cambios climáticos alteraron el ecosistema. Y sin que mediara previsión alguna, se quedaron las despensas naturales tan vacías que tuvieron que inventar con urgencia la domesticación de animales y el control del crecimiento de las plantas, es decir, la ganadería y la agricultura. Se impuso un nuevo modo de vida, una estabilidad sedentaria que facilitaría los cultivos y cosechas. Era la revolución neolítica. Y si controlaban la despensa, podían sobreponerse a los caprichosos vaivenes naturales. Y si además se mostraban capaces de propiciar y controlar la reproducción de las especies animales mejor dotadas para la alimentación, podían olvidarse de trampas, lanzas y arcos que no servían de nada si las especies cazadas habían sido víctimas de similares carencias. Y vieron que aquel sistema resultaba más eficaz.

El cambio de mentalidad fue necesariamente acompañado de progresivas mejoras en la estructura de las lenguas porque el campesino tiene que establecerse en la vecindad del campo de cultivo y abandonar su constante peregrinar. Aparecieron las primeras ciudades, la propiedad de la tierra, la obligación de planificar el trabajo, la repartición de los quehaceres, los patriotismos y xenofobias y una estructura social cada vez más estrecha que exigía el uso de un elaborado instrumento de comunicación que facilitara el entendimiento. A cambio de aquella organización comunitaria, no pasaban hambre. Y todavía mejor: los excedentes, cuidadosamente administrados,

generaron plusvalía, que a su vez había de servir para una mejor racionalización del trabajo. En contrapartida, las organizaciones sociales del planeta no han podido prescindir de la jornada laboral.

Aquellos importantes cambios sucedieron hace unos diez mil años en distintos lugares del planeta y casi de manera simultánea si somos generosos con la remota inmensidad del tiempo. Por entonces se inició el periodo interglaciar en el que estamos. Disminuyeron las lluvias. Y como los casquetes de hielo polar absorbieron y retuvieron el agua, disminuyó el nivel del mar. Concluida la glaciación, derretidas las nieves polares, las aguas inundaron los valles. Los científicos estiman en cien metros la diferencia del nivel del mar, suficiente para modificar sustancialmente el paisaje. Un profundo cambio afecta al clima. La selva tropical pasa, en algunos lugares, a desierto o tundra. La mayor parte de las islas Británicas habían estado cubiertas de hielo y, la parte sureña, conectada por tierra al continente. También las islas mediterráneas estuvieron, muchas de ellas, conectadas entre sí o con tierra firme. El mar Adriático apenas existía; el mar Negro fue un lago de agua dulce reducido a casi la mitad; el mar de Mármara, una charca interior o un canal; y el estrecho de Gibraltar mucho más reducido que ahora y con un par de islas intermedias. Sólo entonces pudo ser poblada una gran parte de Europa, y también Escocia, o Escandinavia. Aquellos primeros visitantes pusieron nombre a los ríos en cuyas orillas se aposentaron.

Las temperaturas y los límites tierra-mar ya eran como los de hoy hace unos diez mil años. Por entonces, o tal vez antes, llegaron tribus o grandes familias nómadas dedicadas a la caza y a la recolección, hablantes de una o varias lenguas indoeuropeas de la rama celta. Cuencas fluviales y costas fueron sus referencias para el continuo viaje. La historia de aquellas primitivas lenguas hispánicas se confunde en cualquier aproximación. Podemos aventurar comentarios, enunciar hipótesis provisionales, sugerir lo que pudo suceder, pero sólo el texto escrito daría fe de su existencia. ¿Y desde cuándo se imprimieron las hablas? La humanidad conoce la escritura desde hace unos cinco mil años. Apareció de manera más o menos coincidente en varios lugares. Dos de aquellos procedimientos han superado el tiempo y han permitido la interpretación: la escritura cuneiforme de Mesopotamia y la jeroglífica de Egipto. Si un milagro no desvela nada particularmente nuevo como una primitiva inscripción, si un paleontólogo o arqueólogo no descubre el tesoro más oculto de nuestra historia, debemos admitir que el agrafismo de quienes vivieron en nuestro hogar se prolongó más de dos mil años después de inventada la escritura en Oriente Medio.

¿Quién podría atreverse a hablar de lenguas o distinguirlas con tan precaria información?

Lo que sí podemos es descubrir una sociedad más compleja que establece dirigentes y dirigidos, propios y extraños, lo nuestro y lo de los demás y algo nuevo en el entendimiento: cuerpos muertos, abandonados, y otros cuidadosamente sepultados. Aparecen los primeros cementerios proyectados hacia la eternidad y señalados con dólmenes megalíticos. Suponemos que aquel respeto en eterna memoria de los desaparecidos fue copiado de unos pueblos a otros. La actitud, la melancólica acción daba muestras de una conciencia del ser. No hubiera podido alcanzarse tan elevado grado de abstracción sin el uso de la lengua. ¿Cuál fue la que sirvió a los constructores de la cueva de Menga, en Antequera, o la necrópolis de los Millares, en la provincia de Almería? De los códigos de comunicación de aquella época no sabemos ni probablemente sabremos nada, pero estamos seguros de que existieron. Corría el tercer milenio anterior a nuestra era.

Por entonces nuestros antepasados supieron que el cobre fundido con el estaño, en una proporción de uno a nueve, había de dar lugar a un revolucionario invento: el bronce. Las proporciones de la combinación debió despertar el interés de las zonas ricas en metales. Las zonas peninsulares del sur (Almería, Jaén, Huelva y el Algarbe) desarrollaron una floreciente industria de instrumentos y utensilios tanto dedicados a la guerra como a la decoración. Y como ya por entonces los hombres tuvieron deseos de perpetuar en el más allá su existencia, muchos de ellos, para ventaja de nuestra investigación, enriquecieron su sepultura con rico ajuar. Descubrimos la separación de lo propio y lo ajeno, rudimentarias murallas que protegen poblados erigidos en lomas para la fácil defensa y, en la medida de lo posible, bañadas por un río. Corrían los años 1100 a.C. Aquellas gentes vestían prendas de lana, de lino y de piel, añadían a su atuendo, como hoy, anillos decorativos, collares y pulseras, molían el grano y construían recipientes. Más desarrollo tuvieron las regiones mineras que las agrícolas o ganaderas. El bronce llegaba a todas.

Unos ochocientos años antes de nuestra era aparece en la península el hierro. Por entonces llegaban gentes por el Pirineo oriental, pueblos celtas que avanzaban hasta el valle del Ebro e iban sembrando sus costumbres, entre ellas sus características necrópolis o campos de urnas con las cenizas de sus difuntos. Y por mar, dos pueblos visitantes fundan sus colonias en el este y el sur: los griegos y los fenicios. La impresión de variedad lingüística es, considerando la variedad de pueblos, evidente, pero no podemos decir mucho

de ello porque las lenguas dejan restos tan irreconocibles como difíciles de interpretar. Es lícito que sepamos que por entonces poca gente debió plantearse qué lengua usar ni cuál aprender. Acuciados por la necesidad que demanda la inmediatez, cada cual se acomodó, que es lo que ha sucedido siempre, a la lengua heredada, que no es poco, y luego que se salve quien más voluntad desarrolle. Nuestros antepasados fueron menos rígidos y exigentes que nosotros para entender a los interlocutores, y también para utilizar sus propias formas si desea volver a entenderse con él, y a olvidarlas si no quiere añadirlo a sus amistades. Así podríamos decir que las gentes de entonces, como las de ahora, aunque los chicos no fueran a clases particulares de inglés o sus padres no los enviaran a estudiar a la capital del reino, ni por las tardes existieran profesores especializados y cursos audiovisuales, tendrían una lengua principal, generalmente la de los progenitores, y otras que podemos llamar segunda, tercera, cuarta… entendidas y manejadas con diversos grados de destreza en función de las necesidades.

3

El enigma de la lengua de los íberos

Un heterogéneo mosaico de tribus, un centenar de grupos más o menos autónomos, en distinto grado de desarrollo y mal avenidos, llegaron a constituir el pasado remoto de la península: astures, cántabros, carpetanos, galaicos, turdetanos, vetones, y también íberos, celtas, celtíberos, tartesios, lusitanos, vascones… ¿Y cada pueblo tenía su propia lengua? De eso sabemos poco, casi nada. Entre los historiadores, ni al griego Estrabón en su descripción de la Celtiberia, volumen tercero de los veintisiete de una descripción del mundo de entonces; ni al poeta Rufo Festo Avieno, en algunos de los fragmentos de sus versos; ni tampoco Pomponio Mela, autor de un compendio geográfico que incluye a Hispania; ni Plinio *el Viejo*, historiador y naturalista, y procurador romano en Hispania alrededor del año 73; ni Claudio Tolomeo, geógrafo grecoegipcio, además de científico, gentes todas ellas que en algún momento escribieron sobre ese territorio del Mediterráneo occidental, se ocuparon con mayor profusión de algo que por entonces, como ahora, se daba por evidente: cada pueblo habla su lengua y a nosotros nos ocupa y preocupa la nuestra.

Para no desviar nuestro propósito diremos que los pueblos de entonces pertenecían a dos grandes familias: los íberos y los celtas. Los primeros ocupaban el levante y el sur, pero no tenemos claro que fueran un pueblo. Pudieron ser varios y con diversos orígenes. Si los llamamos así es únicamente porque los griegos, confundiendo espacios y gentes, que es lo normal cuando las cosas se observan desde lejos, llamaron Iberia a la península. El nombre procede del caudaloso río, el Ebro, remontado por los helenos desde sus primeras escaramuzas. Bien podrían aquellos pobladores disponer de varias lenguas. Lo que sabemos es lo que ha quedado escrito, y como sólo hemos descifrado una pequeña parte, difícilmente podemos poner luz sobre lo que fue el íbero o las lenguas ibéricas. Lo que sí sabemos es que hacia el año 700 a.C. poblaban el este peninsular y otros territorios que

bordeaban el valle del Ebro, y se extendían por la actual Andalucía. Tampoco parece que se hubieran instalado allí procedentes de África, como tantas veces se dijo. ¡Era tan fácil emparentarlos con los bereberes…! Habían llegado, según todos los indicios, desde el sur de las Galias, tal vez incentivados por el clima y la fertilidad de las tierras. A la altura del río Ebro compartieron bienes y espacios con los celtas, y en Andalucía con los tartesios, y unos y otros hospedaron en sus costas a pacíficos comerciantes fenicios que, además de interesantes productos, portaban civilización, técnica, cultura y otros bienes que sirvieron para el trueque, el intercambio, y la mejora de las condiciones de vida.

Y si los íberos del litoral se beneficiaron del contacto con fenicios y griegos, los del interior, sin embargo, vecinos de los celtas, y menos desarrollados y carentes de técnicas y organización social, prolongaron más su primitivismo. Su unidad, de tipo cultural y social, se manifiesta en el carácter sincrético y asimilador de su religión, donde los diferentes panteones de dioses tienen parecidas características propiciatorias y relaciones con la naturaleza (practicaron el culto al Sol, a la Luna y al Toro); en el ritual funerario de incineración y depósito de los restos en urnas; en la iconografía artística de estos pueblos, de carácter animalista y antropomorfo; en su vocación guerrera y en los lazos de relaciones de tipo clientelas, de los que cartagineses y romanos se servirán para concertar pactos y enrolar mercenarios como tropas auxiliares.

Del íbero, lengua preindoeuropea sin parentesco conocido, sabemos con cierta aproximación cómo debieron sonar sus palabras, pero no lo que significan. Los intentos para la interpretación de la escritura ibérica fracasaron hasta que el profesor Gómez Moreno publicó, en 1922, los resultados de su investigación en un artículo llamado «De Epigrafía ibérica: el plomo de Alcoy». El laborioso lingüista llegó a la conclusión de que la escritura íbera era un semisilabario, es decir, una mezcla de signos que representan sílabas y otros especializados en vocales o consonantes. Restableció las cinco vocales y, después, las seis consonantes (l, r, m, n y dos tipos de s). Se sirvió para ello de textos latinos donde aparecían nombres ibéricos, sobre todo el Bronce de Áscoli, plancha que se conoció hacia 1809. Y llegó a la conclusión de que no aparecían consonantes aspiradas, es decir, seguidas de un soplo de aire como la *h* de harina pronunciada [*jarina*], tan frecuentes en las lenguas semíticas como el fenicio, y que sí utilizaba seis oclusivas[4] sordas y seis sonoras. También fue capaz de interpretar cuatro signos claramente silábicos, *ka, ke, ko, ku*. El fonema *p* era poco frecuente y existía una nasal de correspondencia

no bien determinada. Recogidas sus propuestas podemos resumir diciendo que el alfabeto-silabario del íbero combina signos vocálicos y consonánticos (l, r, m, n…) por una parte y signos silábicos para las distintas combinaciones de oclusivas (b, d…) con vocal.

	Nororiental	Sudibérico
a		
e		
i		
o		
u		
l		
m		
m		
n		
r		
r		
s		
s		
ba		
be		
bi		
bo		
bu		
ka		
ke		
ki		
ko		
ku		
ta		
te		
ti		
to		
tu		

Alfabeto íbero. Fuente: Universidad de Cantabria

También parece quedar clara la sencillez de la estructura silábica. Unas veces consonante más vocal, otras sólo una vocal aislada y, las menos, consonante más vocal más consonante, pero esta última sólo puede ser *l, r, m, n* y *s*. No acepta el grupo de oclusiva (b, k…) más líquida (l, r…). Añade al repertorio dos tipos de s, tal vez una sorda y otra sonora, o una dental y otra alveolar. Y, en eso sí se parece al castellano, dos tipos de r, una simple como

la de «*pero*» y otra múltiple como la de «*perro*». Y no sabemos mucho más: ni lo que significan las palabras, ni su naturaleza, ni la organización de las frases.

Cuando en el año 218 a.C. los romanos, enzarzados con los cartagineses por el dominio del Mediterráneo, desembarcaron en Ampurias con intención de devolverle la visita bélica al cartaginés Aníbal, algunos íberos no tuvieron inconveniente en abandonar su lengua a favor del latín. Otros, sin embargo, se mostraron más hostiles a los conquistadores, y mucho más en los heroicos episodios que la historia de España tradicional gustaba destacar como el de los orgullosos numantinos.

Con la entrada en la órbita romana, los íberos acuñaron moneda, y las ilustraron con inscripciones en caracteres íberos con el nombre de su centro emisor, pero pronto, para una mayor extensión de su valor, fueron bilingües con el latín. En el anverso la cabeza de una divinidad; el reverso, caballeros con lanzas o palmas, caballos sin jinete o caballos marinos, entre otros motivos. Los municipios hispánicos continuaron acuñando moneda propia hasta el reinado de Nerón.



LENGUAS HISPÁNICAS EN EL SIGLO III a.C.

El cambio de lengua, tan rápido como exigieron las necesidades, debió de generalizarse hasta que unas generaciones más tarde, no sabemos cuántas, se

dejó de hablar íbero. Los progenitores, naturalmente, eligieron para sus hijos el latín. Y todos ellos llegaron a ser, sin más polémicas, ciudadanos del Imperio.

Olvidada su cultura, dejaron, porque la casualidad quiso que así fuera, algunos textos, breves y aislados, y las leyendas de algunas monedas. Gracias a ello podemos atestiguar y dar fe de su presencia, que otros pueblos, incluidos el vasco, ni siquiera tuvieron la oportunidad de dejar inscritos esos testimonios.

A nadie se le ocurrió resucitar al íbero como lengua propia de Iberia. Tan invasores habían sido ellos desplazando a los pobladores anteriores como los romanos que, dicho sea de paso, no ejercieron presión lingüística. Si los íberos decidieron transmitir el latín, y no su lengua, fue una decisión tan natural como otras. Y desapareció para siempre. Nadie confundió por entonces el derecho de las lenguas con el derecho de las personas. Los hablantes son los que tienen derecho a una lengua, y la libertad, no hace falta insistir, de elegir la más conveniente.

4

Periodo ágrafo del vascuence

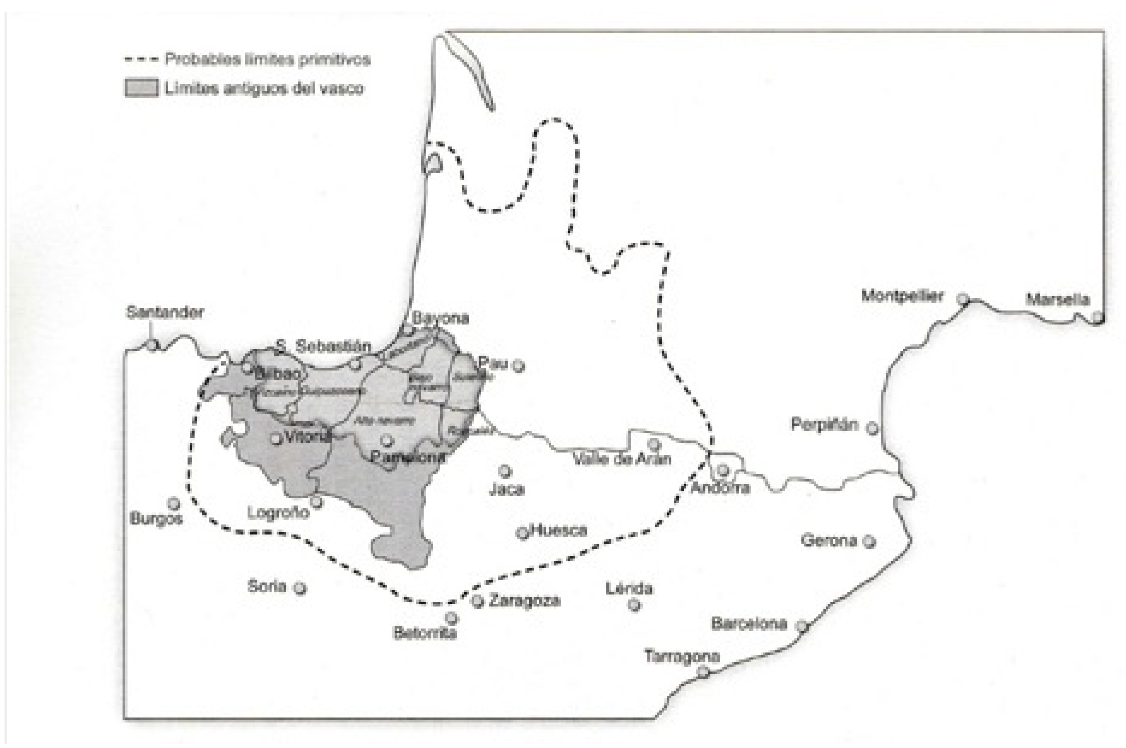
Ya nos gustaría saber cuándo y cómo nació la lengua vasca, de dónde procedían sus hablantes y por qué se instalaron en esos parajes, pero la investigación se nos pierde en un pasado turbio, aunque no de turbulencias porque la historia del euskera, sin embargo, no vivió nunca, que sepamos, momentos vacilantes o de conflicto como los desatados en los últimos tiempos.

En la biografía del vasco no figuran sus progenitores, ni el lugar y fecha de nacimiento, ni anécdotas de su infancia, ni su carácter y estilo de juventud y madurez. Ni siquiera sabemos cuándo se instaló en el dominio vascófono de los últimos siglos. En el silencio de los tiempos sólo podemos imaginarlo en su vecindad con el aquitano, tan desconocido también, y en una cercana y fiel amistad con sus desprendidas lengua vecinas y amigas: galo, íbero, celtíbero, latín, español y francés. Y si una brillante investigación no descubre a sus parientes, seguiremos considerándola como genéticamente aislada. Una lengua sin parientes es una lengua huérfana. El vasco es la única superviviente de las oleadas de visitantes anteriores a los romanos, o tal vez el habla de una tribu que se instaló sin dejar huella no sabemos cuándo.

El hecho es que el euskera, que es como sus hablantes la llamaron, se habló en una amplia zona de los Pirineos que se extendía por el norte hacia el río Garona, en dominios hoy franceses, y hacia el Ebro por el sur. Sobrevivió al proceso de latinización, mantuvo el semblante en su contacto con lenguas neolatinas, sirvió de sustrato o influencia a los primeros balbuceos del castellano y del gascón, y se ha mantenido en continua decadencia pero ajeno a las presiones, hasta nuestros días.

Hubo quien defendió el parentesco del vasco con el íbero, pero la manera de demostrarlo exigía una documentación inequívoca que nunca se halló. Parece evidente que los íberos, pueblo de mayor evolución cultural, influyeron sobre los vascos. Y aunque no disponemos de muchos, algunos

documentos dan muestra del desarrollo escrito de la lengua íbera. Del primitivo vasco, ninguno. ¿Existía realmente por entonces? Y no lo encontraremos hasta el siglo XVI. Y aunque hay quien admite que vascos e íberos son ramas distintas de una misma estirpe de origen caucásico, la imposibilidad de traducir al íbero mediante el vasco anegó las teorías de quienes los relacionaban. Ambas lenguas parecen compartir elementos comunes que tal vez son resultado de una estrecha convivencia. Cabe pensar que hablantes primitivos de vasco lo fueron también de íbero, y quizás en alguna relación más estrecha porque en la declinación, el genitivo en «*-en*» es el mismo para las dos lenguas. Pero eso también podría ser una coincidencia. No podemos descartar, sin embargo, que íbero y vasco pudieran proceder de un tronco común. ¡Es tan rápido el desgaste de las lenguas y la reparación con nuevos y más vivos aires…!



EVOLUCIÓN DEL DOMINIO DE LA LENGUA VASCA

Hoy los lingüistas se inclinan por separarlas. Acerca de los tintes genéticos del vasco, poco que señalar. Ignoramos cuándo se empezó a hablar, hasta dónde se extendió y qué forma o tono o particularidades tuvo. La toponimia, además, que podía habernos dejado alguna pista esclarecedora, más que influir en los territorios en que se hablaba adoptó gustosa los términos romanos con la misma naturalidad y celo con que ahora aceptamos o aceptaríamos nombres o expresiones en inglés sin que a sus hablantes les importunaran las denominaciones extranjeras. También sabemos que la

lengua se nutrió copiosamente con latinismos primero, y luego mostró absoluta permeabilidad a miles de palabras castellanas en el dominio sur, y francesas en el norteño. Y sospechamos que también ha de estar repleta de iberismos, pero ¿cómo podríamos saberlo? Mientras no pongamos luz a ese turbio pasado, y no parece que de momento podamos esclarecerlo, cabría pensar en una lengua, en todo caso muy alejada en la historia, tronco de las que ocuparon el viejo continente. Pero esa posibilidad, interesante como hipótesis, no tiene más base que la romántica contemplación del pasado.

Aunque sea de manera anecdótica, sí podemos relacionar con ambas lenguas al sufijo «-*occu*» que dará la terminación «-*ueque*» o «-*ueco*» de topónimos como Aranzueque o Barrueco. Al sustrato o fondo vasco-ibérico, pues ambas lenguas coinciden en ello, se debe la aspiración primero y pérdida posterior de la *f*- inicial latina, y también la ausencia, tanto en vasco como en español, de una *v* labio-dental, similar a la catalana, francesa o italiana. Diremos también que íbero, vasco y castellano coinciden en sus cinco fonemas vocálicos.

El vasco aceptó con gusto la influencia del latín. Su permeabilidad a los términos del inglés de la época prestó un enorme servicio al enriquecimiento léxico. Tal vez la lengua de los romanos empezó siendo para los hablantes de vasco algo así como el inglés para gentes que no disponen de otra lengua de comunicación más universal, una especie de *pidgin* o lengua hablada «a lo indio», de obligatorio uso en determinadas circunstancias. He aquí algunos ejemplos:

vasco	***latín***	***significado***
merke	merce	barato
merkatariu	mercatariu	comerciante
galtzada	via calciata	pavimento de piedra, calzada
karrika	carricare	calle
ingude, ingure	incudine	yunque
mailu	malleu	martillo
kubela, kupela	cvpella	cuba para pisar la uva
meta	meta	montón de grano
uzta	augustu	cosecha, agosto
gaztaina	castanea	castaña
gerezi	ceresea	cereza
kipula, tipula	cepulla	cebolla
hiper, piper	piper	pimiento
Pamplona (en vasco Iruñea)	Pompeiopolis	ciudad de Pompeyo

Al principio el latín no debió transmitirse, según parece, de una generación a otra en el seno familiar, sino que se conoció con fines comerciales, o tal vez en la voluntad de quienes quisieron medrar. Luego la población urbana supo ser bilingüe, y el vasco inició su retroceso a medida que las poblaciones entraban en contacto con la latinización. Quienes quisieron acceder al nuevo modo de vida aceptaron aquellos cambios. Otro tipo de población mantuvo su lengua ancestral en el uso doméstico, mientras adoptó el latín durante siglos, y luego las herederas del latín, el francés o el español, para usos sociales o ciudadanos más amplios. Cabe pensar que grupos dominantes formaron parte de la primitiva comunidad bilingüe vasco-latina. Luego, por mimética, otras capas de la población la aprenderían. Y se mantendría mucho más el monolingüismo rural que el urbano. La presencia romana en territorio vasco no fue tan endeble como se venía creyendo, particularmente porque la latinización llegó a través, sobre todo, de la cristianización del territorio, mucho más tardía.

Una de las Glosas emilianenses, del siglo X, se redactó, además de en castellano, en vasco. Y otra es estrictamente bilingüe: latín y euskera. Parece evidente que aquella presencia no puede ser un incidente causal. Desde entonces es una lengua eclipsada por el francés o el español, únicas escritas

por sus hablantes. En la senescencia, llegado el arcaico euskera al XVI, que no sabemos, y seguimos ignorando, su verdadera edad, aprendió a escribir. Desde entonces cuenta con documentación propia de asunto exclusivamente religioso, aunque también cultivó funciones lingüístico-didácticas: gramáticas, diccionarios… El inconveniente ha sido, desde siempre, la lógica fragmentación dialectal de una lengua durante tanto tiempo sometida a las libres articulaciones y libertades léxicas de unos hablantes sin intención unificadora.

5

El tartesio, tan posible como indocumentado

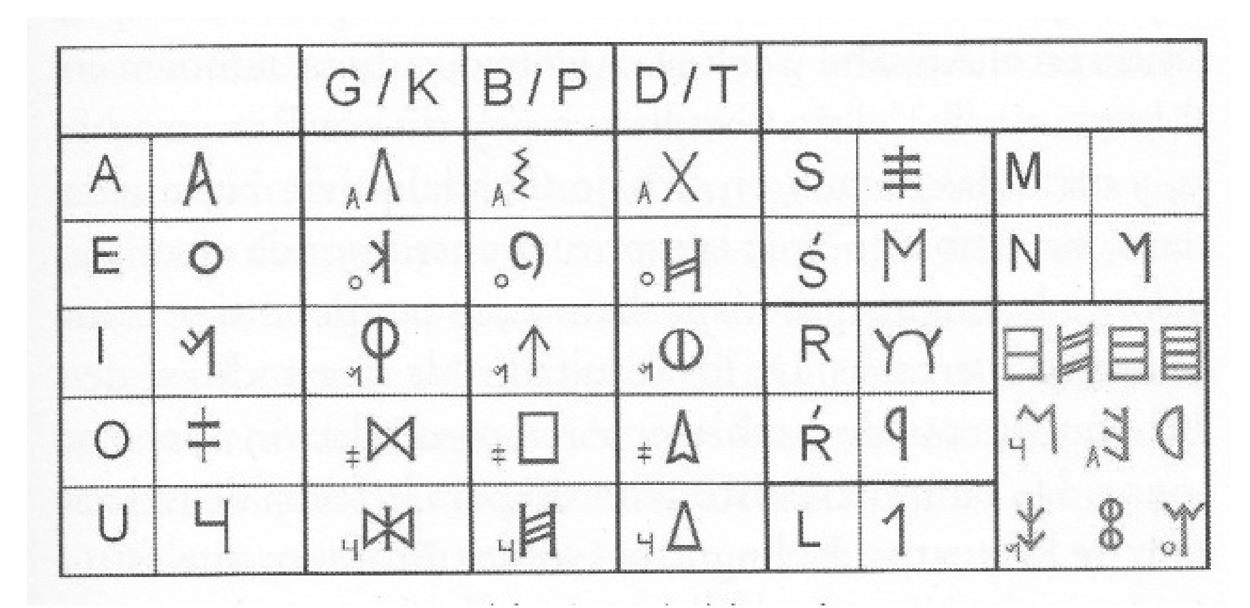
Hacia los años 700 y 800 a.C. la cultura tartesia utilizaba su lengua propia, el tartesio, probablemente indoeuropea, de la familia celta. Ejemplo ilustrativo sería el nombre del célebre rey Argantonio con una raíz, «*argant-*» documentada en celta mejor que en ninguna otra rama indoeuropea y con todos los elementos perfectamente compatibles con el celtíbero. Pero eso sólo son conjeturas. En realidad sabemos poco sobre el tartesio.

Dice el historiador Herodoto que los griegos descubrieron a los tartesios al azar: «Por voluntad de los dioses, una tempestad arrastró una nave de Samos que se dirigía a Egipto y la llevó a Tartessos, más allá de las columnas de Hércules. Como aquel mercado estaba todavía intacto, los de la nave obtuvieron fabulosas ganancias…» Mucho fue el interés que debieron tener aquellas tierras si consideramos los beneficios que proporcionaron. Y es que los pueblos del Mediterráneo oriental estuvieron durante muchos siglos interesados en el estaño, el oro, la plata y el cobre que no tenían, tan importantes en su progreso industrial, y lo encontraban en el sur peninsular, tal vez en Tartessos, que fue también el mayor suministrador de materias primas a los fenicios. Al comercio de los metales se añadía el de esparto, pieles y… esclavos. Estrabón considera a los turdetanos, pueblo continuador de los tartesios como «… los más cultos de los íberos y tienen escritura y escritos históricos en prosa y verso y leyes en forma métrica que según se dice datan de 6.000 años».

El territorio de las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz albergó a una de las primeras civilizaciones occidentales, heredera de la cultura megalítica: la tartesia. Recibe el nombre del que le dieron los griegos al principal río que regaba aquellas tierras, el Tartessos, que luego los romanos llamaron Betis y los árabes Guadalquivir. Que el historiador Herodoto no nos miente cuando habla del rey tartesio Argantonio parece evidente. Tampoco lo hace el escritor romano Rufo Festo Avieno cuando describe las costas

mediterráneas visitadas por un desconocido marino. La Biblia habla de Tarsis, seguramente Tartessos, en el libro del poeta Ezequiel redactado en el siglo IV a.C. Y tampoco puede inventarlo el Libro de Jonás, el de la ballena, también bíblico y algo posterior al de Ezequiel cuando dice que «zarpó en una nave para ir a Tarsis». Ni siquiera el poeta griego Anacreonte cuando refiere la riqueza del alejado y mítico enclave. Y que no hemos encontrado restos que evidencien su presencia también es cierto. Cabe la posibilidad, y es lo más plausible, de que los tartesios llegaran en barco en alguna invasión de los llamados pueblos del mar y en algún momento anterior al siglo VIII a.C. Otros piensan que pudieron ser indoeuropeos procedentes del Cáucaso. Más tarde las expediciones comerciales fenicias les proporcionarían los medios, gracias a los recursos minerales, para un desarrollo superior al de otros pueblos peninsulares. A la agricultura, la ganadería y la pesca, añadieron las técnicas para la extracción de metales, oro, plata y estaño, tan apreciados por los fenicios, que a cambio les proporcionaron técnicas para el cultivo de cereales, hortalizas y frutas; joyas, telas y otros productos manufacturados.

Entre Huelva y el valle del Guadalquivir, donde algunos poblados están documentados, debió alzarse la capital, que no ha sido localizada, y tal vez no lo sea nunca. Hay quien apunta la posibilidad de que la perdida ciudad fuera Turtha o Tarta, de cuya raíz se deducen todas las formas de Tartessos, asentamiento que hoy ocupa Sanlúcar de Barrameda en la desembocadura del mítico río. Ciudad y civilización pudieron haber existido antes del año 1000 a.C. La llegada de los fenicios y su establecimiento en la actual Cádiz, debió de intensificar la explotación de las minas de cobre y plata. Tartessos llegó a ser principal proveedor del Mediterráneo. Luego los navegantes fenicios se encargaron de transportar desde las islas Sorlingas, en Bretaña, el suficiente estaño para la producción de bronce.



Posible signario Tartesio

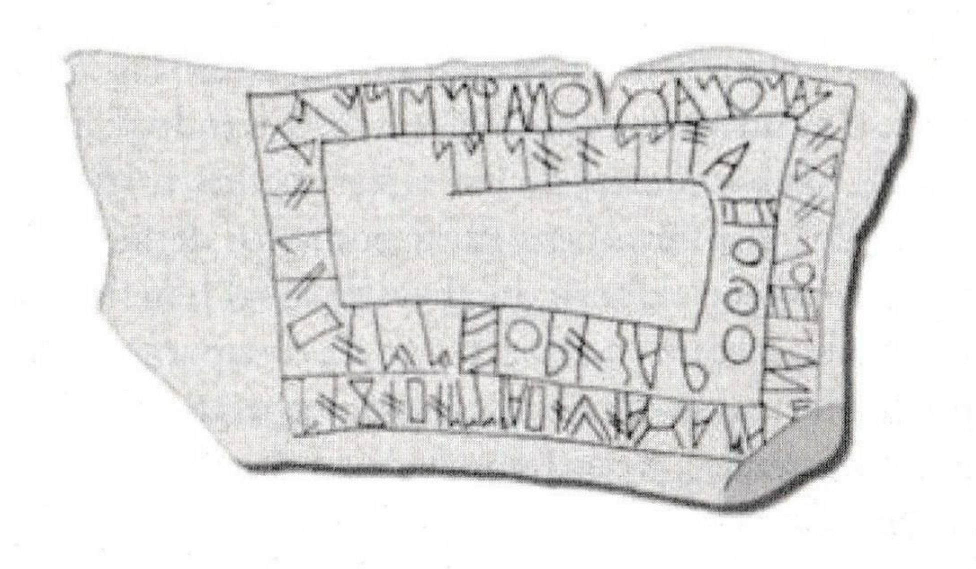
La lengua de aquel pueblo, tan difícil de identificar, aparece en una serie de textos de compleja datación y con forma de estela, pero en todo caso pertenecientes a un periodo comprendido entre los siglos VII y V a.C. Otros textos posteriores no queda claro que compartieran el mismo tipo de código. Suponemos que a su desaparición contribuyeron las catástrofes anteriormente señaladas. Como lengua usual debió permanecer hasta que el latín aceleró su desaparición.

Si observamos la toponimia, podemos deducir que la península prerrománica estuvo dividida en tres zonas lingüísticas. Una, la mediterránea, se corresponde con el territorio de los íberos. Se deduce por la presencia de la raíz «*iltir-*», que sirve para dar nombre a tantas ciudades. Para el oeste la raíz es celta, «*-briga*», contenida en Segóbriga, Segovia y Coimbra. Y en un tercer sector encontramos el elemento «*ipo-*» o «*ippo-*», y también «*oba*», y aparece en el suroeste: Lisboa (Oliss.ippo), Huelva (on-oba), Córdoba (Cord-uba) y otros muchos desaparecidos, entre los que bien podría encontrarse la ciudad de Tartessos.

Unas setenta inscripciones nos dejan sospechar que el tartesio existió. Ninguna de ellas es suficientemente extensa para permitirnos una valoración más amplia. Han aparecido en el Algarbe y el Bajo Alentejo, aunque también en el curso medio del río Guadiana a su paso por Extremadura, y otras, las menos, en el Bajo Guadalquivir. No queda claro, sin embargo, que la escritura corresponda efectivamente a la lengua que sospechamos, ni tampoco si se trata de lenguas cercanas. De los resultados de su estudio se deduce que no puede establecerse ninguna relación con otra conocida. Tampoco existe

acuerdo para la fecha de redacción de los textos. El lingüista Gómez Moreno, que estudió la escritura, no pudo llegar a resultados concluyentes.

Para unos los textos del Algarbe están emparentados con las lenguas orientales, otros, sin embargo, ven una filiación más cercana a las indoeuropeas, y otros, menos partidarios de dar nombre a lo inexacto, prefieren llamarla lengua sudlusitana, al considerar que los textos no aparecen en la zona considerada tartésica.



La estela de Bensafrim muestra una inscripción probablemente en tartesio.

Y como no podemos estar seguros de que hablantes de tartesio inventaran una escritura que con tanta dificultad podemos identificar con una lengua, la llamamos paleohispánica. Parece inspirarse tanto en el alfabeto fenicio, esencial para los pueblos antiguos, como el griego. Sus signos son silábicos para la representación de oclusiva más vocal, y alfabéticos para el resto de las consonantes y las vocales. La escasez de datos, las dificultades para interpretar mediante la comparación con lenguas cercanas y para separar las palabras impide una valoración más clara.

Distingue el tartesio cinco vocales, *a, e, i, o, u*, y al menos una semiconsonante, *w*. Tiende a diferenciar tres series de oclusivas: bilabiales (b, p), dentales (t, d) y velares (k, g), pero transcribimos indistintamente una de las dos porque no sabemos si se pronunciaban sordas o sonoras. También están documentadas las consonantes *l* y *n*, así como dos tipos de *s* y otras dos *r*. La *m* sólo se utilizaría ante la *u*, así como un tipo de aspirada que bien podría pronunciarse como la *j* que aparece sólo delante de la *a*.

No está claro si la lengua era sufijal, como las indoeuropeas, o aglutinante como el vasco. Cuando Estrabón habla de los herederos de los tartesios, los turdetanos, dice de ellos que tienen escritura, como los demás íberos, pero ni se parece al íbero, ni al vasco, ni al fenicio.

El hecho es que en el siglo IV a.C. desaparecen de repente los tartesios. Pudo tratarse del agotamiento de las vetas de minerales, y por tanto la ruina económica, o también de la invasión de algún pueblo vecino, tal vez los celtas, o incluso alguna catástrofe natural. Hay quien sugiere que pudieron arrasarlo los propios fenicios cuando descubrieron que andaban en tratos con los griegos. ¿Acaso pretendía librarse del abusivo monopolio fenicio? Esta explicación se puso de moda hace un siglo, cuando el filósofo Oswald Spengler formuló su teoría de la catástrofe como causa de la decadencia de los imperios. El caso de Troya, arrasada por los griegos; o de la talasocracia cretense, supuestamente destruida por un maremoto, parecía suficiente probanza. ¿Por qué no pensar que el repentino ocaso de Tartessos se debió a su destrucción por los fenicios o por los cartagineses? Hoy se acepta una explicación menos dramática: Tartessos se esfumó porque se quedó sin mercados. Tal vez fuera así de sencillo. El hundimiento anegó a la tan sospechada como evidente lengua.

6

Indoeuropeos en Hispania: el celtíbero

Las lenguas celtas, hoy en cenizas aunque con algunas ascuas en tres enclaves de las islas Británicas y un afligido y desbaratado resto en la Bretaña francesa, estuvieron tan extendidas por Europa, quién lo iba a decir, como siglos después el latín. Imaginemos en su vecindad norte a las lenguas germánicas, al este las eslavas, y un abandonado rincón al sur donde iban a desarrollarse las lenguas románicas. La cuna de los celtas se localiza en el centro de Anatolia hacia el año 7000 a.C. Se internaron, peregrinos al azar, por Europa. En algún lugar cercano a los Alpes aquel pueblo bifurcó sus caminos. Hacia el norte fueron unos, que acabaron emplazándose en las islas Británicas, donde mantuvieron su dominio hasta ser desalojados por los anglos tras la caída del Imperio romano; y los otros hacia el sur. Pero nadie los vio llegar ni tomó nota de sus escaramuzas. Sospechamos que en algún momento, o en varias oleadas, saltaron los Pirineos y ocuparon el Valle del Ebro y el Sistema Central, regiones mal comunicadas y tan expuestas a la sequía como a las lluvias torrenciales, tan fáciles de abrasar en verano como helar en invierno. Y como aquellos territorios estaban ocupados por gentes pacíficas, los íberos, y había sitio para todos, les hicieron un hueco. Y como sus poblaciones no tuvieron inconveniente en compartir sus destinos, al pueblo de la mezcolanza se le llamó celtíbero. La lengua de aquellos nuestros antepasados, que unas generaciones más tarde cambiarían por el latín y después por las románicas peninsulares, queda atestiguada en la toponimia, muchas veces con un recuerdo de la raíz «*briga*», que significa «ciudad fortificada», en lugares tan distantes como Coimbra (Conimbriga) y Segovia (Segóbriga), pero también llevan la marca, aunque se note menos, Braga, Évora y La Coruña. En el sur y centro de Europa el celta tuvo larga vida. En la época de mayor expansión, hacia el año 250 a.C., ocupaban dos tercios del viejo continente, y durante doscientos años más fueron el pueblo y la lengua dominante.

Casi toda la zona no mediterránea de la península habló celtíbero. Se extendía por la cuenca media y superior del río Ebro así como sus territorios limítrofes, aunque también entraba en Extremadura y Andalucía, como muestra la toponimia y otros textos redactados en escritura epicórica, es decir, llevada a cabo, faltos de alfabeto, con los signos del pueblo vecino, los íberos. Luego adoptaron el alfabeto latino. Griegos y romanos llegaron a conclusiones muy parecidas al considerar a los celtas ibéricos como pueblo retrasado y salvaje. Aislados de las influencias mediterráneas de íberos y tartesios permanecieron más estancados en sus ritos.

El pueblo celta atribuyó un poder mágico a la escritura. Se obstinó confundiendo texto y realidad. Y para evitar la libre y desatada vida que ellos atribuían a sus palabras, tan expuestas a la intemperie del tiempo y las cosas, prescindieron de escribirlas porque les producía pavor. Dejaron, eso sí, aquello que consideraban sin trascendencia como inscripciones en las monedas o algunas cuentas comerciales. Faltos de documentos, el estudio de aquella lengua resulta embarazoso y especialmente comprometido. Los textos que contenían los principios de su religión, sus amplios conocimientos, los poemas épicos y sus narraciones se perpetuaron mediante grandes esfuerzos memorísticos que habían de transmitirse una generación tras otra en privilegiadas mentes que cumplieron la función de biblioteca. Enorme bravura intelectual debieron desarrollar los sabios celtas. Contaban los romanos que dedicaban años y años a la memorización de textos y fórmulas sagradas. Una inesperada tragedia, o varias continuadas, sesgaron para siempre tan preciada biblioteca oral.

Y como no había de servirles, los celtíberos no idearon alfabeto propio. ¡Para qué! Así que cuando necesitaron tomar nota de alguna cosilla, se lo pidieron prestado a sus vecinos. Pero el traje, que vaya usted a saber cuál era la familia lingüística de los íberos, le caía mal. Resultó poco adecuado para su hechura indoeuropea. Ni era capaz de reflejar grupos de oclusiva (b, p, k, g) más líquida (l, r) del tipo *bl, br; pl, pr; kl, kr; gl, gr*, porque el íbero no los tenía; ni tampoco la variedad de consonantes fricativas celtas, pues el íbero sólo disponía de signos para sus dos tipos de «ese». Tampoco se acomodaban los sonidos que el íbero destinaba a sus finales de sílaba. Las únicas inscripciones en lengua celta proceden de la zona donde en convivencia con los íberos debieron dejarse convencer. En el resto de poblaciones sólo deja huellas en topónimos y antropónimos conservados en las fuentes clásicas, pero no en inscripciones autóctonas. Hacia el año 70 a.C., sin embargo, alguien escribió en celtíbero, o bien en lo que así consideramos, porque la

traducción sigue siendo un misterio, en una placa de bronce de cuarenta por diez centímetros, el texto más largo que se conserva. En la parte delantera, once líneas. En el reverso, una lista de nombres propios de persona. Como ya estaban los romanos en Hispania, el latín, lengua tan altanera por entonces como ahora el inglés, se deja notar. La placa apareció en la pequeña localidad de Botorrita, unos veintidós kilómetros al sur de Zaragoza. Seguro que el texto separa las palabras como Dios le dio a entender al escribano, pero aunque lo hubiera hecho con cuidada norma tampoco lo entenderíamos. Sólo una lengua hermana y vecina, el galo, puede darnos alguna pista, pero no muchas.

He aquí la transcripción al alfabeto latino del fragmento inicial:

tirikantam bercunetacam tocoitoscue sarnicio cue sua combalcez nelitom necue [u]ertaunei litom necue taunei litom necue masnai tizaunei litom soz aucu arestaio tamai uta oscues stena uerzoniti silabur sleitom conscilitom cabizeti cantom sancilistara otanaum tocoitei eni

Podría tratarse de un documento legislativo. La palabra «tirikantam», por ejemplo, podría significar asamblea, como en galo «tricantia». Luego se indicarían algunas prohibiciones con las expresiones «ne… litom» (no… lícito), que preceden a una serie de verbos en infinitivo: «-unei». Otras inscripciones celtíberas posteriores, también breves, abandonan el alfabeto íbero a favor del latín. Luego, como es sabido, dejó de existir y ya no necesitó alfabeto.

Estamos según todos los indicios, ante una lengua con declinaciones, cinco o seis casos, que forma el plural, como tantas otras indoeuropeas, en «-es» y también en «-oi», y que mantiene la «-t» en la tercera persona del singular de los verbos como hace el griego y el latín, y también lenguas tan alejadas como el sánscrito. Se asemeja a las bereberes de la familia afroasiática. Así, para indicar en bretón *cuarenta y ocho años* decimos «*eizh vloaz ha daou ugent*», que en su traducción literal es «ocho años y dos veinte», con inserción del sustantivo entre las unidades y decenas. El procedimiento es el mismo en tamachet y otras lenguas bereberes. También resulta visible un modelo vigesimal para el vasco, y, lo más sorprendente, para el francés. Tanto las lenguas bereberes como las celtas distinguen el género en los ordinales. También cabría señalar una especie de tendencia a la atomización verbal, rica en formas auxiliares y partículas, tan evidente en vasco como en las lenguas celtas. Ambas lenguas presentan también paralelismos en la formación de los nombres de los meses del año y de las

estaciones: para «otoño» el vasco le asigna «*negu-aitzin*» (literalmente «pre-invierno»), y en irlandés «*fo-gamar*» (literalmente «sub-invierno»).

Hasta ahora se han encontrado textos celtibéricos en el valle del Ebro, en zonas próximas a Soria, Guadalajara, Zaragoza, Burgos, Palencia, Teruel y Segovia y una estela en Ibiza, y redactados con el signario ibérico. Los más tardíos, con el latino. Se han localizado monedas con las dos escrituras: latina e ibérica pertenecientes al siglo I y al II a.C. Ninguna lengua celta actual, sin embargo, recuerda el esplendor que tuvieron hace ahora unos veintitrés siglos. Ya se sabe. Los pueblos que no se defienden con ejércitos acaban siendo absorbidos por los vecinos.

PRINCIPALES LENGUAS CELTAS ANTIGUAS		
Lengua	***Dominio lingüístico***	***Desaparición***
britónico	Gran Bretaña: centro y sur	Escindido en cuatro lenguas: córnico, manés, galés y bretón
gálata	Galatia, península Anatolia	Desaparecida en el siglo I
galo	Antiguas Galias	Desaparecida en el siglo I
celtíbero	Península Ibérica: noreste	Desaparecida en el siglo II
lepóntico	Galia Cisalpina	Desaparecida en el siglo V a. C.
picto	Gran Bretaña: rincón norteño	Desaparecida en el siglo VII
córnico	Reino Unido: Cornualles	Desaparecida en el siglo XIX
manx o manés	Reino Unido: isla de Man	Desaparecida en el siglo XX

LENGUAS CELTAS AÚN HABLADAS		
Lengua	***Dominio lingüístico***	***Hablantes***
bretón	Francia: Bretaña	813.000 Bilingües con el francés. Sin reconocimiento oficial
irlandés o erse	Irlanda	260.000 Hablantes poco interesados en su transmisión
gaélico escocés	Reino Unido: Escocia	79.000 Lenta decadencia a pesar de cierta protección
galés	Reino Unido: País de Gales	62.000 Lenta decadencia a pesar de cierta protección

7

Comerciantes semíticos que saben escribir: los fenicios

Eran los fenicios[5] exploradores, artesanos, mercaderes, navegantes y amantes de la escritura. No es que quisieran escribir grandes obras filosóficas, no, sino llevar bien claritas sus cuentas. El historiador hispano Pomponio Mela[6] los describía así: «Raza de hombres hábiles y bien dotados para los oficios de la guerra y de la paz; ellos inventaron las letras y otras obras de la literatura y de las artes, como recorrer los mares con naves, combatir sus escuadras y gobernar a los pueblos, así como el despotismo y la guerra.»

Por la época en que egipcios y mesopotámicos inventaban sus respectivas escrituras, los fenicios ya se habían establecido en las costas de las actuales Siria y Líbano. Procedían de Arabia o del golfo Pérsico y formaban parte de la gran familia semítica, la misma que acadios, sirios, babilonios, hebreos, arameos y otros pueblos capaces de construir con mayor o menor éxito y solera sus civilizaciones. Los fenicios se colocaron entre el mar y las montañas, en una angosta franja costera de sólo unos veinte kilómetros de ancho y doscientos de litoral en el territorio ocupado por el actual Líbano. A un lado bosques de cedros, materia prima para la construcción de naves; al otro el Mediterráneo, tan inmenso como el Atlántico para los portugueses, que también se encontraron, treinta siglos después, en una franja. En el espíritu, el comercio. Y se convirtieron en distribuidores de la mercancía más solicitada por los vecinos ricos poco preparados para aventuras marítimas: los metales. Con ese interés tan meramente práctico, inventaron el alfabeto. No pretendían sino anotar el día a día de los negocios. Y para que quedaran anotados, y propiciar la transparencia comercial, inventaron igualmente el dinero. También mostraron interés en la red empresarial localizada en ciudades financieras. Navegaban sin perder de vista las costas y, al cuidado de sus itinerarios, fundaron colonias, asentamientos o factorías a una distancia aproximada de un día de recorrido. Fabricaban tejidos, perfumes, adornos y útiles domésticos, y en sus periplos compraban materia prima.

Por entonces, como ahora, también se hablaba de *business*, y de *marketing*, y de *spot* publicitario, pero en fenicio. Quedaba inventado el negocio. Y eso es lo que les interesaba, comerciar, mercadear, tratar, porque ni siquiera tuvieron conciencia de nacionalidad, ni existió país llamado Fenicia, ni voluntad imperial o fastuosa, ni ejércitos expansionistas. Primero fue Biblos la capital o sede, centro financiero y comercial desde tiempos remotos hasta 1700 a.C. Luego Sidón, hasta 1400 a.C. Por entonces fundaron factorías en Chipre, Creta y Rodas. Y después le tocó el turno a Tiro, ciudad fastuosa dividida en dos, una parte continental y otra isleña. Precisamente en este periodo, el de la hegemonía de Tiro, fundaron su primera agencia en la tierra de los conejos: Gádir (Cádiz), pero también Málaca (Málaga), Sexi (Almuñécar), Abdera (Adra) y Ebussus (Ibiza), entre otras, que se añaden a medida que progresan los hallazgos arqueológicos: Aljaraque, Toscanos, Morro de las Mezquitillas, Guadalhorce, Villaricos… Pero el más importante de aquellos asentamientos estaba en un lugar estratégico hoy ocupado por Túnez, la espléndida y majestuosa ciudad de Cartago, fundada en el año 814 a.C.

Sus vecinos, que fueron muchos y poderosos, y también en diversos grados de evolución y capacidad militar (asirios, babilonios, egipcios, israelitas y griegos) envidiaron la riqueza y prosperidad de los navegantes, y con frecuencia los instigaron. Los fenicios, de pobre espíritu militar, desarrollaron para protegerse ellos mismos y para sobreguarda de sus bienes, un ejército de mercenarios. Y sus generales los protegieron durante muchos años, hasta que en el 332 a.C. el joven Alejandro Magno tomó la ciudad de Tiro construyendo un puente de madera que diera acceso al reducto isleño. Y los derrotó, y con la victoria puso fin a aquel pueblo en su rectángulo fundacional.

De la aniquilación del legado en occidente se encargó Roma en diversas fases. La principal tuvo lugar en el año 146 a.C. cuando destruyó Cartago, que había recogido y multiplicado la herencia fenicia. Luego darían un paseíto por la península Ibérica para ocuparse de los que quedaban, que ya no se llamaban fenicios, sino cartagineses. El griego Plutarco[7] decía de ellos: «Hay un pueblo descortés y lleno de rencor, sumiso a los dominadores, tiránico con los que domina, abyecto en su miedo, feroz cuando es provocado, firme en sus propósitos y tan estricto como contrario a todo humor y gentileza.»

Los fenicios hablaban y escribían una lengua semítica emparentada con el acadio de Mesopotamia. Al sur de su territorio se encontraba el de los

israelitas, que usaban el hebreo en convivencia con otra lengua del lugar, el arameo. Característico de las lenguas semíticas es la escasez de vocales. Sólo articulan tres. Por eso, porque son tan pocas y fáciles de identificar, no sintieron la necesidad de escribirlas. Lo que les importaba eran las raíces formadas con consonantes, generalmente en grupos de tres con la condición de que dos idénticas no aparezcan en primera y segunda posición. También colocan el verbo en el lugar opuesto al que solía hacerlo el latín, al principio de la frase.

Aunque la primera lengua semítica que conoció la escritura fue el acadio, que imitó la cuneiforme sumeria, los grandes inventores de la escritura moderna son los fenicios. Su alfabeto fue exclusivamente consonántico. Hacia el año 1400 a.C. ya lo tenían en uso. Y copiando unos de otros, el mundo occidental escribe hoy con letras inspiradas en aquel primer sistema moderno. Los veintidós signos fenicios se escribieron de derecha a izquierda, y esa misma dirección eligió, en su adaptación, el arameo, hebreo y árabe. El griego, que también lo copió, tuvo la audacia de cambiar el sentido, más práctico para los diestro. A diferencia de los complejísimos sistemas de escritura inventados por los egipcios o los chinos, que necesitaban un larguísimo proceso de estudio para su manejo, el sistema de los fenicios, simple y razonado, era fácil de aprender y, ajeno a las miradas de dioses o druidas, se mostró tan práctico como su destino: el de tomar nota de ventas, compras y trueques, que para ellos las cuentas habían de ser claras.

Como no sintieron la necesidad de representar las vocales, escribían un signo por sílaba. Restos de frases que dejan suponer la pronunciación del antiguo fenicio se encuentran en las glosas de los textos acadios cuneiformes. Floreció también en las colonias mediterráneas, entre otras las del país que ellos llamaron de los conejos, y sirvió para la invención de la escritura íbera, de la que también se sirvieron los celtas. Y como todas las lenguas se topan, antes o después con la muerte, el fenicio sin poder político que lo defendiera, desapareció sin descendencia hacia el siglo III de nuestra era.

8

El largo camino de la lengua griega

A finales del siglo IX a.C. el alfabeto griego, copiado del fenicio, ya existía. No sabemos quiénes ni cómo lo idearon, pero sí que fue una inteligente adaptación del fenicio que no pretendía, en sus primeros pasos, sino satisfacer las necesidades comerciales. Aunque hoy nos parece elemental, supuso un avance gigantesco gracias a un gesto minúsculo: introducir las vocales. Y como en griego no existían esos sonidos articulados en la laringe de las consonantes semíticas que tenía el fenicio, los signos que las representaban fueron aprovechados para recibir ese valor, el vocálico. Lo más importante del cambio fue que ya no hacían falta largos años de aprendizaje. Cualquier interesado se atrevía, en poco tiempo, muchísimo más corto que el que necesitaban los escribas egipcios, a deslizar su pensamiento en palabras, y las palabras en sencillas imágenes gráficas tan fáciles de memorizar que al dibujar una, y sólo había veinticuatro, aquellos mismos principios servían para las demás. Desde entonces hasta hoy el esquema no ha dejado de estar vivo en alfabetos más o menos inspirados en el griego. Longevidad tan admirable sólo la comparte el chino, aunque no por las mismas razones. Influencia tan duradera en el tiempo y tan extendida en los espacios no es comparable a la de ninguna otra lengua. Deberíamos citar, antes de seguir adelante, que no era la primera vez que un alfabeto prescindía de ideogramas y de signos-sílaba. Lo había hecho la escritura cuneiforme de Ugarit en el siglo XIV a.C., pero con tan breve uso y escasa difusión que ni tuvo descendencia, ni trascendencia.

El hecho es que el griego sirvió para escribir las primeras grandes obras de la cultura occidental, y también inspiró otros alfabetos, como el latino en estructura, y el cirílico en formas. Todo es distinto en la escritura de las lenguas desde entonces. Más o menos modificado el alfabeto griego fue usado por el tracio, lidio, licio, cario y otras muchas lenguas.

Αα	alfa	a
Ββ	beta	b
Γγ	gamma	g
Δδ	delta	d
Εε	épsilon	e
Ζζ	zeta	z
Ηη	eta	e
Θθ	theta	c
Ιι	iota	i
Κκ	kappa	k
Λλ	lambda	l
Μμ	mu	m
Νν	ni	n
Ξξ	xi	ks
Οο	ómicron	o
Ππ	pi	p
Ρρ	rho	r
Σσ	sigma	s
Ττ	tau	t
Υυ	ypsilon	u
Φφ	phi	f
Χχ	chi	k
Ψψ	psi	ps
Ωω	omega	o

En la península Ibérica, griego y fenicio fueron pedestal para el íbero, tartesio y celtíbero. En Oriente para el gótico y las lenguas eslavas. El orden de las letras de los alfabetos europeos coincide con el griego, con alguna excepción, que es a su vez el mismo que el fenicio. Nada ha superado todavía a ese sistema que acabó con jeroglíficos, incisiones y silabarios anteriores. Su estructura permanece viva en la mayoría de las lenguas de la humanidad.

El periodo del griego clásico, ya con la escritura a su servicio, se inicia en el siglo VIII a.C. Por entonces Homero redacta la *Ilíada* y la *Odisea*. La época de ostentación cultural, el periodo en el que se escribe la historia, el teatro, la filosofía y la poesía se extendió hasta el siglo IV a.C. Con la unificación natural de los distintos dialectos (*eólico, jónico, micénico, dórico, arcado-chipriota*), sin que nadie lo exigiera, se formó una lengua común o *koiné* basada en una forma del jónico conocida como *ático*, que no era sino la variedad de Atenas y que sirvió de cuna para un periodo de pensamiento y creatividad literaria que no tiene equivalente en ningún otro momento de la historia de la humanidad: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Safo, Platón, Aristóteles, Demóstenes, Herodoto, Tucídides y Jenofonte, entre otros, dan prueba de ello.

Los griegos exploraron el Mediterráneo con intenciones comerciales. Y como la parte continental y las islas griegas contaban con más monte árido que extensiones fértiles, sus habitantes se echaron al mar en busca de tierras generosas. Y se interesaron, como cabía esperar, por el Mediterráneo occidental. A lo largo de un milenio irradiaron su influencia por Asia Menor (actual Turquía), por la llamada Magna Grecia (sur de Italia), por Sicilia, por la costa mediterránea de las Galias, también por el norte peninsular y las regiones sureñas, donde recogieron valiosos cargamentos de metales, especialmente estaño. Entre los siglos VIII y VI a.C. fundaron colonias allí donde los otros dueños del mar, que por entonces eran los fenicios, se lo permitían. Aquellos asentamientos fueron enclaves de trueque o escalas de rutas, y no territorios coloniales pues por entonces los griegos no tenían inquietudes expansionistas.

Los primeros interesados por las bondades ibéricas fueron comerciantes de Focea, una ciudad griega de Asia Menor que ya habían fundado el enclave de Massilia, hoy Marsella. Y hacia el año 575 a.C., sólo navegando un poco más al sur, se instalaron en Ampurias, nombre que procede de la palabra griega *emporio*, que significa *mercado*. Los enclaves coloniales actuaban, aunque los lazos fueran estrechos, sin dependencia de la metrópolis.

La influencia de la lengua griega en el territorio peninsular no se debe precisamente a aquella voluntad comercial, sino a la difusión cultural de una de las lenguas más influyentes de la humanidad. A los griegos les debemos el habernos dejado una lengua habilitada para el pensamiento, un léxico copioso a modo de despensa para quien lo necesite y un método de escritura que revolucionó los sistemas.

El gran cambio de escenario de la lengua griega tuvo lugar hacia el 330 a.C. cuando el líder militar Alejandro Magno preparó un ejército y se arrojó a la conquista y expansión. Alejandro lleva el griego en las alforjas de sus soldados y lo reparte por el Asia y Oriente Medio primero en boca de la clase dirigente, pronto llega a la administración y de ahí al pueblo. En una docena de años había vencido a todos los reinos de su entorno: Persia, Fenicia, Egipto… No había cumplido los treinta y tres años cuando tropezó con su temprana muerte en Babilonia. Su desaparición disgregó el imperio. Corría el año 323 a.C. Se inicia el llamado periodo helenístico o de influencia mediterránea. Desde entonces el griego unificado o *koiné*, apoyado en una sólida tradición oral y escrita, la de la variedad ateniense, se habló durante casi mil años. El modelo pasó de Atenas, cuna de los grandes filósofos, a

Alejandría, ciudad fundada por el militar macedonio, y de allí a Bizancio, donde se mantuvo hasta que, en 1453, cayó en poder de los turcos.

En el año 146 a.C. Grecia es conquistada por los romanos. Pero esta vez la lengua de los conquistadores no sustituyó a la de los vencidos. Los vencedores, reverentes ante un código gigante que ofrecía más posibilidades que la propia, se sirvieron de ella, que es lo que hicieron todas las civilizaciones con sentido común. Por entonces nadie piensa que las lenguas necesiten un especial impulso para mantenerse por encima de todo, sino en la naturalidad que acerca a un individuo al mejor instrumento de uso. Los romanos se impregnan de griego, lo admiran como instrumento para acceder a la cultura helénica y lo añaden con gusto, y sin el menor recelo, a su patrimonio cultural.

La unidad del griego se prolonga propiciada por los mismos romanos, aunque no sea su lengua principal. Y los hablantes de latín, que enriquecen su vocabulario culto con una lengua tan rica en tradición cultural, extienden la suya junto al griego y tienen a bien ser bilingües. La élite romana prefiere el griego, lengua desarrollada y rica en matices. El sabio Cicerón (106-43 a.C.) habló griego con el mismo porte que tantos eruditos actuales hablan inglés. Los grandes maestros de ese periodo procedían del dominio helénico, y los jóvenes de familias acomodadas se desplazaban a Grecia para completar sus estudios con los reputados filósofos. A Atenas fundamentalmente, pero también a las ciudades asiáticas y a las islas.

La ciudad de Bizancio fue colonia griega desde la antigüedad. El emperador romano Constantino, que convirtió el Imperio al cristianismo, la refundó como Nueva Roma, segunda capital, con los mismos privilegios. Más tarde se llamó, en su honor, Constantinopla (actualmente Estambul). Convivieron entonces en el Imperio dos lenguas de administración: griego para la parte oriental, latín para la occidental. A partir del 395, a la muerte del emperador Teodosio I, el Imperio quedó escindido en dos. Constantinopla fue la capital de Oriente; Roma, la de Occidente. En el año 476 desaparece el Imperio occidental y Constantinopla se apropia del legado de Roma.

9

Nacimiento de una lengua en el Lacio

Ocho siglos antes de nuestra era la península Itálica era un confuso panel de lenguas. Perdida entre fronteras sin trazar se desarrollaba en la región del Lacio un habla más de la rama itálica del indoeuropeo. Sin control, desprovista de todo privilegio o impronta, sin que nadie pudiera prever su imperial futuro, nacía el latín. Le daban forma, lo tallaban, un grupo de agricultores que, procedentes del norte, se habían instalado en el valle del Tíber. En la vecindad, el osco y el umbro, versiones tan cercanas como los dialectos griegos entre sí; al sur y al este, en la cercana isla de Sicilia, hablantes de griego. Y al norte, entre el Tíber y el Arno, una lengua no indoeuropea de origen desconocido, la de los etruscos, pueblo de amplio desarrollo a quienes admiran. Más al norte, lenguas celtas.

Con aquel balbuceo incipiente fundaron la ciudad de Roma. Corría el año 753 a.C. Imaginamos casas de adobe construidas a orillas de un río de aguas diáfanas, el Tíber, sin más intención ni principios que procurarse la subsistencia y defenderse de sus enemigos, si es que los tenían. Fue tanto y tan elaborado lo que vino después que dejaron de existir restos que atestiguaran aquella fecha fundacional, pero cada vez más arqueólogos e historiadores creen en ello.

La ciudad de Roma creció bajo el influjo y auspicio de los reyes etruscos que la dominaron durante un siglo. También extendieron sus dominios hasta las colonias griegas situadas al sur hasta que en el año 509 a.C. fue expulsado el último monarca, Tarquino el Soberbio, para dar paso a la República romana. Ya por entonces continuadores de aquellos campesinos que modelaron el latín habían transformado la aldea de Roma en una gran ciudad, y construido la primera gran calzada, la Vía Sacra, y desarrollado el interés por templos y mercados. En la otra vertiente de influencias, la cultura griega: adoptaron los dioses del Olimpo, cultivaron el olivo y elaboraron el aceite, exprimieron y fermentaron la uva para preparar el vino y, lo que más nos

interesa, ajustaron a su lengua el alfabeto a través del uso que de él hicieron sus bienhechores etruscos cuando también con fines comerciales porque eran gran potencia naval, lo necesitaron. Y se inspiraron en la escritura griega utilizada por los moradores coloniales de la bahía de Nápoles.

a	b	k	r, d	e	v,w,u	z, ts	h

c(e,i)	i	k	l	m	n	ti,u,o	p

ch	q, fi	r	s	t	u	ch	fi	ki	f

ALFABETO ETRUSCO

El pueblo etrusco descuidó sus defensas y cuando tuvieron que afrontar las invasiones celtas y las avanzadillas griegas y cartaginesas, se debilitaron. Tampoco mostraban esa necesaria unidad para defenderse porque más que un estado sólido fueron una especie de confederación de ciudades medianas sin sólidos lazos y sin que ninguna de ellas se alzara frente a las otras. Y como no habían previsto la protección suficiente, desapareció su emporio y su lengua. Por entonces los romanos ya habían creado su propio alfabeto, que es también el nuestro, inspirado en el de sus protectores. Y también aprendieron de ellos otra lección, la necesidad de protegerse. Quizá por entonces ya aplicaban aquel famoso proverbio que decía: «*si vis pacen, para bellum*[8]», y se lanzaron sin reparos, para que nadie los molestara en su núcleo fundacional, a la aventura expansionista. Vecinos también latinos, etruscos, samnitas y colonia griega de Tarento fueron prontamente conquistados, aunque no asimilados. Por entonces distinguen entre la región central (*ager romanus*), y el resto (*ager sociorum*) donde las ciudades son colonias, ciudades federadas o ciudades libres. Para los años 300 a.C. ya dominaban dos tercios de la península Itálica. A esa época pertenecen las primeras inscripciones en latín.

Los primeros textos completos son algo anteriores al 200 a.C. Aunque toda la península Itálica es romana, el latín es aún lengua de campesinos y mercaderes. Los instruidos, los eruditos y parte del pueblo ciudadano usan el griego, que es la lengua culta. Por eso cuando los romanos conquistan Grecia, el latín no desplaza a la lengua de los vencidos, de tanta tradición cultural, ya instalada con el peso de un prestigio literario escrito, y también de fineza y elegancia oral.

Los romanos, como tantos otros pueblos, no programaban políticas lingüísticas. Se dejaban llevar por la fuerza autónoma y natural de los hechos, de los hablantes y de las costumbres. Por eso arraigó el griego entre ellos como segunda lengua. Y aquel principio bilingüe fue tan respetado, sin que nadie lo impusiera, que se prolongó y acentuó con la llegada de esclavos helenos a Roma.

Livio Andrónico (270?-200 a.C.) fue el autor de la primera obra dramática en latín, y también traductor de obras griegas, entre ellas la *Odisea* de Homero. En las comedias de Plauto (254-184 a.C.) y Terencio (134?-169 a.C. [8-bis]) los personajes servidores y esclavos emplean términos griegos, que es lo que estaba sucediendo en las ciudades. El griego sigue siendo la lengua culta de los romanos durante los siglos III y II a.C. Por entonces había lenguas en la península Itálica con formas escritas más o menos establecidas y muchas de ellas tenían, ciertamente, más hablantes que el latín. Las inscripciones y otros textos en estas lenguas fueron cada vez menos frecuentes y, según parece, ninguna de ellas volvió a escribirse después del año 100 a.C. Probablemente siguieron siendo utilizadas, pero dejan de estar presentes en la historia. Podrían haber sido los etruscos, o los propios griegos los encargados de la expansión europea, pero fueron ellos, los de Roma. El latín, no lo dudemos, se propagó en las mochilas de las expediciones militares.

10

El latín en los planes imperiales

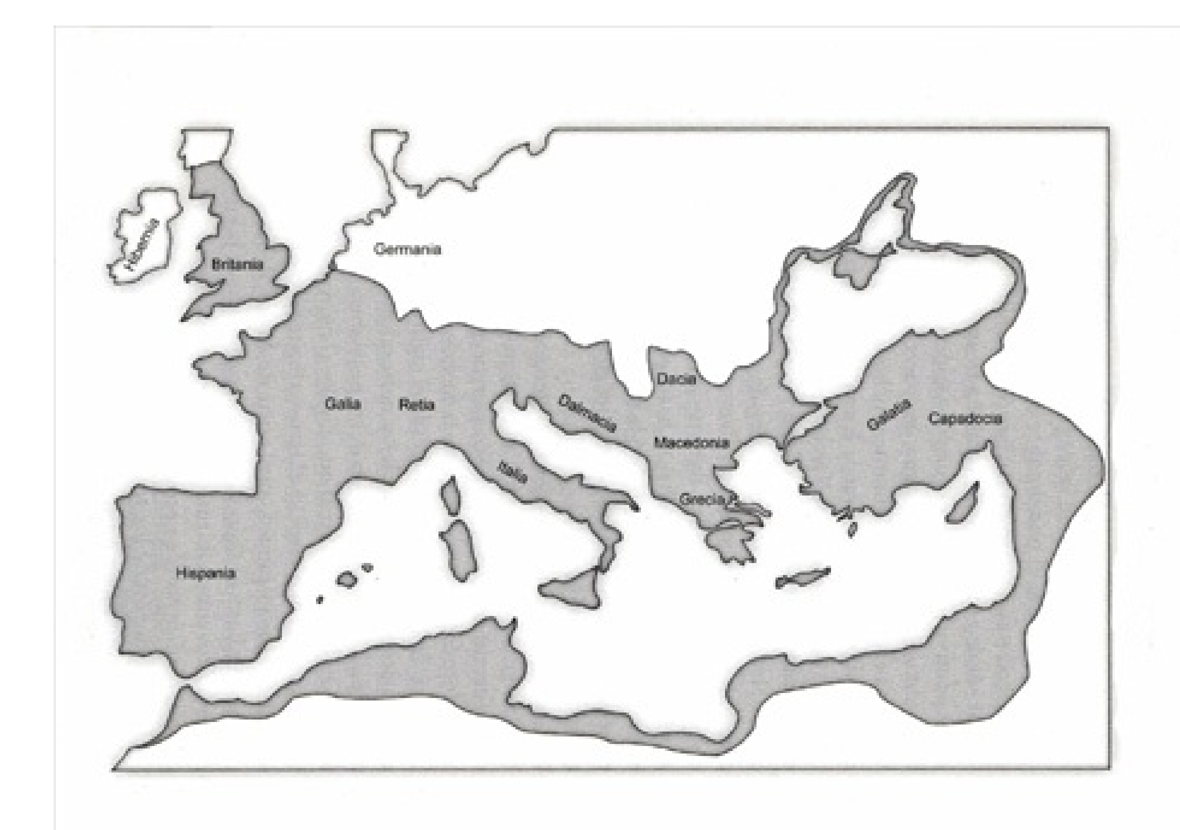
Hasta el año 241 a.C. los romanos no iniciaron sus expediciones marítimas. Pronto incorporaron Sicilia, Cerdeña y Córcega, y a continuación llegaron a Hispania, donde los cartagineses, herederos de los fenicios, disponían de un amenazante ejército. Fueron las llamadas guerras Púnicas. Expandirían después sus dominios por las llanuras del río Po, al norte de la península Itálica, por las costas sureñas del mar Adriático y por Macedonia. Le siguió Grecia, que ha de servirle de fuente cultural para el refinamiento de su propia lengua. Llegaron al norte de África, a Siria, a Asia Menor, a Egipto, a las Galias (Francia) y a Retia (Suiza). Y el Imperio se ampliaba acuciado por esa necesidad de protegerse del enemigo exterior, que cada vez está más lejos. La mejor defensa, así lo ve el Senado de la República, la derrota y luego la asimilación de quien acecha las fronteras imperiales. En el primer siglo de nuestra era se internan en Britania (Inglaterra) y poco después en la Dacia (Rumania). Roma deja de estar en Roma para trasladarse por los rincones del Imperio y difunde y apuesta por una paz social que se alza como factor de desarrollo junto a la paz de las armas. Aquellos principios de convivencia se repiten constantemente. Año tras año, una batalla tras otra en busca de la protección de Roma, la ciudad imperial, llegaron a hacerse dueños del Mediterráneo y de todo lo que entonces podían abarcar. En el siglo II alcanzaron la mayor expansión. La lengua fue compañera en el Imperio e iba a extender sus tentáculos, ufana unas veces, sencilla o humilde otras, a través del mundo y de los tiempos. El Imperio llegó a rodear íntegramente el llamado *Mare Internum* o *Mare Nostrum*, nuestro mar[9].

Al principio el latín arraigó en los núcleos urbanos. Y aunque es difícil seguir los detalles del desarrollo, para muchos se expande por los principios de convivencia que impone la *Lex Romana*, de obligado conocimiento para un ciudadano libre. El verbo latino *legere* (leer) tiene la misma raíz que *legis* (genitivo de *lex*, ley). El latín es la lengua sagrada de la ley, y la ley es

sagrada. El aprendizaje se realiza desde la infancia. Chicos y chicas acuden a la escuela para aprender las doce leyes que garantizan la convivencia. A menudo las memorizan. Los soldados también saben leer y escribir, y se sirven de su conocimiento para escribir grafitis en cualquier piedra imperial, sin respeto alguno, por ejemplo, con las pirámides de Egipto. El pueblo también sabe escribir como se comprueba en los muros de las calles de las ciudades de Pompeya y Herculano. Muchos ciudadanos romanos conocían a los autores, y por tanto sus libros. Nada, sin embargo, fue más motivador que el conocimiento de la ley para el aprendizaje de la lengua.

Por otra parte el poder sobre territorios tan esparcidos necesitaba, y eso contribuyó a su cohesión, una lengua sólida capaz de hacer también frente a las necesidades administrativas y a la organización de la vida pública. Un imperio y una lengua, ésa parece haber sido la exigencia en la historia. Durante mucho tiempo el imperio fue bilingüe. Y mientras la lengua escrita mantenía unificada su expresión, perfectamente codificada y escrupulosamente respetada, el latín vulgar o latín hablado, abierto a las innovaciones, seguía paralelamente su desarrollo y se fragmentaba en diversas hablas. La suerte del latín fue su estabilidad durante los cuatro siglos de su periodo clásico, desde Plauto hasta el final del Imperio. A partir de entonces quebró la unidad, pero se mantuvo un larguísimo periodo como lengua escrita culta, y como lengua religiosa.

Los romanos ni impusieron su lengua ni llevaron a cabo ninguna acción contraria a las lenguas de los vencidos, generalmente ágrafas o poco escritas que fueron debilitándose o desaparecieron ante la fuerza arrolladora de la cultura de los vencedores. Desde el siglo II fue, junto con el griego, lengua vehicular y cultural de todos los países mediterráneos. El íbero quizá permaneció hasta el final del siglo I a.C., al igual que el galo; el osco se perdió tal vez un siglo más tarde, y el etrusco sigue vivo hasta el siglo II. El fenicio-púnico, en el norte de África, debió de permanecer hasta el siglo IV. Cabe suponer que el bilingüismo, situación habitual en numerosos dominios, se prolongó mientras fue necesario.



EXTENSIÓN DEL LATÍN EN EL SIGLO II

La unificación de los territorios en una sola lengua es el resultado de un estilo de gobierno, del interés por establecer una administración eficaz. En cuanto los romanos conquistaban o anexionaban un territorio, junto a generales y soldados aparecían gobernadores, prefectos, funcionarios, jueces, arquitectos, comerciantes, agentes de aduanas y todo un sistema organizativo capaz de proporcionar a los administrados un bienestar que nunca antes habían conocido, además de la ciudadanía que pronto fue la norma en los territorios integrados. Así, los pueblos conquistados no se transformaban en pueblos sometidos, sino en ciudadanos del Imperio con todos los derechos. Quienes desean acomodarse o medrar, quienes sienten el deseo de mejorar sus condiciones, necesitan una nueva lengua que es la que se acomoda a una nueva vida. Así se deja querer el latín. Y quienes avanzaban en sus conocimientos, en su cultura, añadieron también el griego. Algo que hoy nos cuesta entender es el tráfico de esclavos. En el origen, los prisioneros de guerra, y, dando continuidad, sus descendientes. Los esclavos griegos fueron los más valiosos: desempeñaron funciones de médicos, pedagogos, contables y administradores… Sus dueños, familias pudientes, los trataban con amistosa y merecida deferencia por su delicada educación. Otros pertenecían a la administración del Estado o a la local. Estos últimos solían ser poco

cualificados y vivían en peores condiciones, a menudo dedicados a trabajos agotadores o insalubres: obras públicas, labranza, labores difíciles… Sólo en las minas de Cartagena llegó a haber cuarenta mil, y los empleados en latifundios andaluces pudieron, en algún momento, superar los doscientos mil. Casi todos eran extranjeros. Los romanos procuraban deportarlos porque al apartarlos de sus lugares de origen se acomodaban mejor al cautiverio. Esto explica que en las lápidas sepulcrales de esclavos y libertos halladas en España abunden los nombres foráneos, mientras que los hispanos aparecen en regiones lejanas. Cuando el Imperio romano desapareció, qué singular paradoja, no tenían enemigos.

11

Las otras caras del latín: la estética y el pueblo

La lengua literaria más influyente del mundo occidental, hierática y solemne, se vistió de gala entre los años 70 a.C. y 14 d.C. Es la época de César, Cicerón, Tito Livio y Virgilio; también de los poetas Catulo, Lucrecio, Horacio y Ovidio. Todos ellos encumbran la aldeana lengua del Lacio a las más altas cotas de expresión que hasta entonces se había imaginado; y la dotan de una riqueza y flexibilidad tan grande y sutil que su impulso supera las barreras de los siglos. Séneca y Tácito serán sus continuadores. El latín literario se nutre en el habla de Roma. Sus autores, además, casi sin excepción, son romanos de nacimiento o adopción y pertenecen a la alta clase social. Cicerón y César fueron líderes gubernamentales, los historiadores Salustio y Tácito altos oficiales militares, y el filósofo Séneca, guardia e instructor del emperador Nerón. Los poetas Virgilio y Horacio no detentaron poder, pero sí fueron protegidos por el emperador Augusto. Habría que decir también que todos ellos ocuparon aquellos dignos cargos gracias a sus habilidades expresivas, a la elocuencia exigida por el pueblo romano.

Los jóvenes acomodados dedicaban largos periodos al aprendizaje de la dialéctica y de la oratoria. Parece claro que en la época clásica cualquier estudiante deseaba enriquecer sus habilidades expresivas porque el manejo del latín oral y escrito abría las puertas al éxito social. Eso también sucede hoy, pero la oratoria no suele ser asignatura específica. Nuestros actuales oradores, caso de que los tengamos, son autodidactas. Aquella particular atención reclamaba que las normas fueran muy exigentes: articulación que no deja lugar a equívocos, pronunciación sostenida, tonos persuasivos, modos elegantes, selección de palabras que se ajustan a los límites de lo expresado, retórica ajustada y estilo distinguido. Es el poder político y social, como tantas veces ha sucedido, aliado con la lengua.

El latín, por otra parte, no seducía a los pueblos conquistados mediante clases gratuitas, ni promociones en el acceso a cargos públicos, ni exigencia

según el dominio A, B o C de la lengua, ni supresión por decreto de los códigos lingüísticos de los conquistados. El latín cautivaba como el inglés ahora, y embelesaba porque los romanos lo acompañaban con todo un entorno de bienestar suficientemente capaz de impulsar a la población al abandono de sus ágrafas y circunscritas lenguas en un par de generaciones. Era un hablar gracioso en la expresión familiar y coloquial, profuso y elegante en círculos elitistas, privilegiado en el entendimiento entre pueblos, preclaro y distinguido. Le faltaba calar en el pueblo, en todo el pueblo, y lo consiguió con la decisión de un emperador, Constantino. Una decisión de un hombre cambió el curso de la historia y de las lenguas. Y si el sánscrito, el hebreo y el árabe son lenguas religiosas desde que sirvieron para la redacción de los textos vedas, de la Biblia y del Corán, el latín, que no parecía tener ese destino, se convirtió en la lengua sagrada de Occidente desde que así lo decidiera Constantino el Grande en el año 313. El emperador despenalizó la práctica del cristianismo, devolvió las propiedades de la iglesia, puso fin a las persecuciones de los cristianos, permitió y apoyó la construcción de nuevos templos católicos y les concedió a los seguidores de san Pedro el derecho a competir con los paganos. Todo aquello, redactado en la lengua de la elegancia, fue publicado en el edicto de Milán. ¿Por qué tomó aquella decisión? Según la leyenda porque así se lo aconsejó una visión sobrenatural; según los historiadores porque así lo aconsejaba la presión del pueblo protegido con sólida armazón de fe y otros principios profundamente religiosos; según los sociólogos porque convenía la unificación de cultos para apoyar el poder político; según los que buscan motivos más recónditos y arraigados con el temperamento de quien tenía poder para adoptar una decisión que tanto cambió el curso de la historia, detrás del personaje estaba, en sólido apoyo o en inconfesable consejo, una mujer, la madre del emperador.

Elena había nacido en Bitinia, sur de Rusia, junto al mar Negro, en el seno de una familia de hoteleros. Y como debía estar dotada con las bondades de la belleza eslava que, tantos siglos después, siguen sorprendiendo a los latinos, y tal vez por otras lindezas más, se fijó en ella un importante general del ejército romano, cuyo nombre no viene al caso, en campaña por aquellas tierras. Seducido por su hermosura, confundido tal vez también por sus encantos espirituales, la tomó por esposa y tuvieron un hijo, Constantino, que había de ser emperador, pero ningún adivino hubiera sido capaz de predecirlo.

El emperador de entonces, Maximiano, que compartía el poder con Diocleciano, nombró al general casado con la eslava su más cercano

colaborador. Y le pidió que repudiara a la bella Elena para casarse con su propia hija, la de Maximiano. El ambicioso general aceptó, y Elena, incompatible en la nueva pareja, quedó confinada y humillada. Probablemente aquel acto, digámoslo de manera romántica, alteró la historia de las lenguas. Durante catorce años la futura santa practicó una vida de virtud y misticismo refugiada en la fe cristiana. Y una vez muertos quienes la despreciaron, su hijo Constantino fue proclamado emperador y recuperó, con creces, la afrenta. Ningún historiador pone hoy en duda que la influencia de su madre fue concluyente para rubricar el final de las restricciones a los cristianos. Constantino, que la adoraba, la nombró emperatriz, acuñó moneda con el perfil de su cara y le concedió plenos poderes para emplear fondos del gobierno en obras de caridad promulgadas por los católicos. Al otorgarle la libertad a los seguidores de Cristo, puso fin a tres siglos de crueles y sangrientas persecuciones. El emperador del cristianismo fue bautizado en su lecho de muerte. Por entonces quienes así lo hacían tenían garantizada la salvación eterna en el paraíso. La Iglesia bizantina lo elevó a los altares. La Iglesia católica, previsora y astuta, prefirió canonizar a la madre, a santa Elena. Aquella decisión personal, la de Constantino, contribuyó al cambio de rumbo de la historia de las lenguas europeas, hispánicas y de la humanidad. Corría el año 315.

Todavía quedaba un paso de apoyo más que tuvo lugar cuando en el año 380 el emperador Teodosio, nacido en Coca (Segovia), elevó la religión de Constantino a la categoría de oficial del Imperio. Nadie sabe ni puede imaginar la trascendencia de decisiones que como ésta sustituyeron al paganismo hegemónico por un nuevo dios único que desplaza a los demás, que defiende a los menos asistidos, que prioriza con sus símbolos a la mujer, esencial en la educación religiosa de sus hijos, y que promulga la caridad.

Al latín, que ya era lengua familiar, nacional, cultural y vehicular, sólo le faltaba, para alzarse como la de más poder y prestigio de todos los tiempos, convertirse en la que habían de utilizar miles de pueblos distintos a través de sus plegarias espirituales. De esta manera la fe cristiana fue durante muchos siglos la ideología dominante, y la Iglesia su red organizativa. La lengua de la mayor parte de la formación y educación y estudios occidentales durante el milenio que se avecinaba iba a ser el latín. Las autoridades encargadas de la enseñanza generalmente enarbolaron su poder a la hora de elegir una lengua de transmisión cultural. Como expresión privilegiada para propagar la doctrina de la Iglesia el latín salpicó a Occidente en su calidad de lengua

sagrada. Aquel latín escrito, presto para la transmisión cultural, se mantuvo como vínculo entre los cristianos.

El cristianismo llegó a la península desde las provincias romanas de África hacia el siglo II. Primero iluminó espiritualmente la Bética y Levante, y luego, Extremadura y León. Al comenzar el siglo III, el apologista Tertuliano escribía, con entusiasmo quizás exagerado: «La fe de Cristo gana ya en todos los confines de España.» La verdad es que amplias zonas de la península continuaban siendo paganas. Las Vascongadas y Navarra, por ejemplo, no fueron cristianizadas hasta la Edad Media.

Y hubo un momento muy especial cuando, a la caída del Imperio occidental, las monarquías germanas se instalaron en los abandonados dominios. Ya la Iglesia había privilegiado a la mujer, consciente, tal vez, de la importancia de las madres en la educación de sus hijos, y esa continuidad llegó también a las esposas de los reyes godos, que, dicho sea de paso, solían ser romanas y por tanto cristianas. Y como no hay mujer que no vele por el almidonado entorno de sus hijos, quisieron las consortes del monarca que los suyos llegaran tan alto como fuera posible, es decir, también reyes. Pero los bárbaros, como tantas sociedades de la antigüedad, practicaban sin pudor la poligamia en busca de jóvenes compañeras, que es sabido que éstas son más capaces de facilitar la descendencia. La monogamia, defendida y propiciada por el catolicismo, privilegiaba a los hijos de la primera mujer, que a su vez profesaba la religión que mejor los defendía. Y como las tribus bárbaras acataban ciegamente a los dioses propuestos por sus reyes, lejos de marearse con principios teológicos, a los monarcas católicos les seguían sin rechistar las multitudes. El hombre y la mujer, no cabe duda, han tenido desde antiguo una indiscutible voluntad por perpetuar su estirpe. El acatamiento de los principios divinos venía al pelo para crecer y multiplicarse. Los pueblos del Mediterráneo no habían relajado su culto a una diosa femenina, las venus paleolíticas, la Tanit fenicia, la Hera griega, la Juno romana… Aquel culto a las diosas se cristianiza y prolonga en la devoción a María. Los lugares sagrados se perpetúan y muchos santuarios marianos ocuparon el lugar de los antiguos.

12

El latín en Hispania

Los romanos pusieron por primera vez el pie en la península Ibérica el año 218 a.C., en la ciudad de Emporión, que había sido fundada por comerciantes griegos. No venían a comerciar, no, sino a defenderse del anterior ataque del astuto cartaginés Aníbal que los había humillado a las puertas de Roma. Los historiadores llamaron a aquel viaje militar Segunda Guerra Púnica. Y no les salió mal la expedición. Unas cuantas batallas, algunas ciudades sitiadas, unos cuantos castigos ejemplares y terminaron por someter a casi todos aquellos pueblos. Lo hicieron sin prisas. Sólo le pusieron fin doscientos años después, en el 19 a.C., cuando el emperador Augusto, personado en los dominios cántabros y astures del norte, dio por integrada la península. No podemos decir que se mantuviera una guerra permanente durante dos siglos. Los romanos ampliaban sus territorios según fueran sus enemigos, y también en función de la necesidad. La que les acuciaba, por útil, en el norte peninsular, era la fácil extracción de oro.

Llegó el latín en barco, transporte frecuente para las lenguas. En el mismo medio llegaría después a América una de sus herederas. Eran los navíos el medio más llano y tolerable para viajar desde Roma sin peligro de cruzarse con incómodos indígenas o con infranqueables ríos o adversas montañas. A su llegada, las cuestiones lingüísticas se trataron con gran naturalidad. Nadie habló del proceso de abandono de lenguas autóctonas tan arraigadas como el íbero, celtíbero o tartesio a favor del latín. Tuvieron mucho que ver los matrimonios mixtos, claves en el desarrollo de las lenguas, pero también mejoras sociales tan ventajosas como la propiedad privada de la tierra, la fabricación de mercancías, un comercio basado en moneda acuñada, conducciones de agua dotadas de acueductos, sistemas de irrigación, cloacas, letrinas y una red de carreteras, las vías romanas, provistas de puentes, que pusieron en comunicación las zonas más distantes de la península. Sólo entonces se rompió, por primera vez, el aislamiento entre los pueblos. Las

calzadas romanas conectaron el Imperio hasta sus últimos confines para facilitar el transporte de tropas, sí, pero también de viajeros y de mercancías. Aquellas grandes construcciones públicas modificaban el paisaje y las costumbres. La lengua que soporta el cambio, que facilita el avance, que desarrolla las mejoras era el latín. Íberos, celtíberos y celtas pronto ambicionaron una casa romana, tan lejos de las rústicas viviendas anteriores, y algunas dotadas de ingeniosos sistemas de calefacción. Los indígenas no debieron hacerle asco alguno a las costumbres y modos de vida de los nuevos dueños.

Por los primeros siglos de nuestra era, y hasta la llegada de los árabes, y durante muchos siglos más, ni gobernantes ni gobernados discutieron la política lingüística. Los usuarios elegían, por no perder la costumbre, el instrumento de comunicación que más y mejor contribuye a entenderse con el vecino. Y no parece que se preguntaran por muchos más asuntos. Y ese instrumento, indiscutible durante muchos siglos, fue el latín. Fue la lengua más importante de la península Ibérica. No el latín que hablaba Roma y el senado, sino el que, en boca de soldados y colonizadores, más coloquial que culto, se extendió por el Imperio y desplazó en Italia al osco, al umbro, al etrusco y otras lenguas celtas, en Francia al galo y también redujo el dominio del aquitano y del vasco, y en Hispania al íbero, al celtíbero, al tartesio e incluso al fenicio y al griego.

Y no debió de ser difícil aceptar el modo de vida romano: un orden social con funcionarios que garantizan la convivencia, legionarios emparejados con íberas y celtíberas, trabajo en el ejército para quien desee alistarse, horizontes abiertos, mejora en la alimentación, trazado racional de las ciudades y espacios públicos y centros comerciales como tiendas, almacenes, culturales como bibliotecas, religiosos como templos, y también anfiteatros, posadas y muchos más cambios favorables al bienestar. Y no es que la cultura fuera el recurso del Imperio con profesores, artistas, músicos, alfareros, herreros y carpinteros, también proliferaron tabernas y prostíbulos, médicos y boticarios, jueces y abogados y muchas otras nuevas profesiones. Una nueva civilización, un nuevo mundo que tiene como vehículo de difusión al latín. El elemento civilizador, la ciudad, núcleo urbano independiente sujeto a leyes precisas, autónomas en recursos, con ordenadas propiedades y marco jurídico para todos los ciudadanos. Hasta entonces sólo las ciudades fenicias, todas ellas en las costas mediterráneas, habían proporcionado un marco parecido, pero todavía muy distante de las que desarrollaban los romanos. Las nuevas crecían con colonos, generalmente soldados veteranos recompensados con

lotes de tierras, mientras otras localidades quedaban, con menos orden, a merced de los indígenas.

La lengua de los poderosos llega a un territorio donde es desconocida, pero gana espacios, se tiñe de prestigio y entra en contacto con hablantes de íbero o de celtíbero que pronto desean o necesitan ser bilingües. Luego olvidan la lengua de sus antepasados y latinizan definitivamente su expresión de la misma manera que ya habían modificado sus costumbres. No se trata de una situación excepcional, sino de lo que también sucedió, siglos después, con la llegada de las lenguas germánicas a Gran Bretaña y el desplazamiento de las celtas. Y la decisión de los hablantes también se parece mucho a lo que ahora realizan los jóvenes que tienen al catalán o al vasco como lengua primera en los dominios lingüísticos de estas lenguas en el país vecino: ni se interesan por la lengua familiar heredada, ni sienten la necesidad de transmitirla. Por eso los lingüistas incluyen al catalán rosellonés, y también al vasco labortano, bajo-navarro y suletino, variedades en dominios políticamente franceses, como lenguas que se desvanecen, que malviven abandonadas, que languidecen desdeñadas porque sus hablantes las consideran poco útiles y ni siquiera sienten la necesidad de reivindicar protección desde un nacionalismo conservador.

El latín se dejaba querer. Tenía atractivo, peso, autoridad y hasta señorío tanto en boca de legionarios como en la elocuencia de los senadores, y también en los gritos de las bulliciosas calles de Roma, en los anfiteatros, en el circo, en las termas, en las comidillas, en los conciliábulos y en las actividades que los romanos tenían costumbre de organizar, que eran muchas y variadas. Por eso, por su atractivo, alimentó contactos y aceptó mezcolanzas con las lenguas germánicas, que eran las de los bárbaros luego civilizados; y también con las celtas, la mayoría de ellas borradas desde la guerra de las Galias; y con las eslavas, cuyos hablantes fueron con frecuencia esclavos de Roma; y con las semíticas, fundamentalmente el fenicio, a cuyos herederos, los cartagineses, derrotaron; también con el arameo, lengua de Jesucristo; y con las norteafricanas, que por entonces nada tenían que ver con el árabe. Y todos los pueblos que asimilaba el Imperio se interesaban por aprender latín, al igual que sucede ahora con el inglés, y lo conseguían con mayor o menor éxito, que es lo que también sucede ahora. Latinos de Roma o del Imperio, como ingleses y norteamericanos de ahora, nacían con la suerte de recibir al latín en el legado, por eso ya no tenían que perder tiempo y esfuerzos estudiándolo. Las siguientes generaciones, sin embargo, lo manejaron con mayor destreza hasta relegar, y luego olvidar, sus lenguas vernáculas.

Se puede hablar de una romanización casi total hacia el siglo III, y no olvidemos que hasta el V la península seguirá siendo romana. Hispania dará a Roma filósofos y literatos (Séneca, Luciano, Marcial, Quintiliano) y emperadores (Trajano, Adriano, Teodosio) como parte integrante del Imperio. Adriano (76-138), que tenía el deje de Hispalis (Sevilla), su ciudad natal, recién llegado a Roma se dirigió en latín a los senadores y provocó en ellos graciosas carcajadas. Supo muy bien mejorar y superar su tinte hispano, y llegó a ser un orador considerado y admirado. Cicerón definía a aquel latín provinciano como «pingüe ataque peregrino», y añadía: «gangoso y chocante». Aquella forma hablada, y no otra, había de dar lugar a las lenguas latinas peninsulares. La romanización de la península Ibérica fue completa, lo cual no sólo se muestra en la floración de autores latinos y en la existencia de grandes focos de latinidad (Hispalis, Corduba, Emerita, Tarraco), sino muy especialmente en el hecho de ser el latín la única lengua empleada hasta en los escritos más humildes.

Fuera de la península Itálica tal vez sea España el país donde más profundamente enraizó el latín. La situación, sin embargo, no fue uniforme. En las regiones del este la latinización fue completa. En las aldeas y en los campos de la Celtiberia, así como en Lusitania y el noroeste, las lenguas de la población subsistieron mucho más tiempo. El proceso no esconde violencia ni imposición. La latinización es el resultado natural de la romanización, y la romanización la progresiva integración de la cultura romana, que es amplia, sólida y admirable: respeto a las leyes, estructuras políticas, fuerza y arraigo cultural, mejoras sociales y bienes estructurales. El acato incondicional y la imitación y fascinación por lo romano se extiende sin interrupción durante siglos, y no sólo se perpetúa en las numerosas lenguas latinas herederas, sino también en la influencia en las demás lenguas europeas.

Corría el año 70, apenas un siglo después de dar por conquistada Hispania, cuando el emperador Vespasiano concedió la ciudadanía latina a todos los hombres y mujeres libres. El privilegio contribuyó a olvidar el ancestral indigenismo y facilitó la adopción de las costumbres de los nuevos dirigentes. ¿Cómo no olvidar las lenguas que carecían de aquel acomodo en la nueva vida? Hispania habló latín y olvidó sus lenguas, salvo quienes más aislados y reacios a la modernidad, o más aferrados a sus costumbres, las mantuvieron. El latín no se aprendió en un colegio. En los colegios no se enseña a comunicar. A veces, no muchas, se transmiten ciertos conocimientos que resultan poco útiles para la comunicación. Falta el principal estímulo: la necesidad y, sobre todo, la utilidad.

13

El imperio se desmorona, el latín se afianza

Grandes siglos fueron para el Imperio el I y el II de nuestra era. Luego relajaron sus esfuerzos, frenaron sus conquistas, disminuyeron sus ejércitos y debilitaron la protección de sus fronteras. El entramado político se fue desmoronando y en la caída arrastró al poder. Y los pueblos germanos, que presionaban en las fronteras del Danubio y el Rin, se hicieron cargo de aquel pingüe, aunque menguado, Imperio occidental en cuanto vieron las puertas abiertas. La lengua latina, que ya había echado raíces, no tuvo inconveniente en permanecer. Y se ajustó y aclimató sin que nadie lo pidiera, ni lo notara, sin imposiciones ni propagandas. Con exiguo esfuerzo los germanos se hicieron cargo del suculento despojo y de la lengua. No reivindicaron, ni defendieron, ni promocionaron sus hablas vernáculas porque el latín ofrecía más posibilidades. Sus lenguas, además, si no eran ágrafas apenas se habían escrito y con tan endeble tradición cultural las posibilidades de sustituir a la lengua imperial eran muy escasas. Y no nos referimos únicamente a la conversación cotidiana, no, sino también, y sobre todo, a cuestiones relacionadas con el derecho, la construcción de un puente, la redacción de un tratado de historia o la liturgia del arraigado catolicismo. Los francos se instalaron en las Galias, los burgundios en Borgoña, los ostrogodos en Italia, los vándalos en el norte de África y los anglosajones en las islas Británicas. ¿Quién iba a decir por entonces que iba a ser precisamente una de aquellas lenguas, la que visita Britania, en boca de la pequeña tribu de los anglos, la que había de ser la más ambicionada en el siglo XXI? Pues sí, escéptico lector, el inglés también llegó en barco a las islas.

Unos años después, en el 409, los germanos penetraron en la península Ibérica por la calzada romana que atravesaba los Pirineos por Roncesvalles. Los viajeros, pelo rubio cobrizo, tropa sin enemigos, pertenecían a dos pueblos: suevos y vándalos. Detrás venían otros de pelo negro y lacio, los alanos. Aunque los suevos procedían del norte de Alemania, el viaje lo hacían

desde el sur, desde los territorios que ahora ocupa Nuremberg. Tiempo atrás habían cruzado el Elba y estaban ya preparados. Los vándalos se desplazaban desde el norte de la actual Polonia, y también habían ido descendiendo en busca de mejores aposentos hasta situarse cerca del Danubio. Los alanos habían partido del este de la actual Ucrania, junto a las costas septentrionales del mar Negro. Después de tanto tiempo en la vecindad del Imperio, observando el quehacer de los poderosos y admirando su lengua y sus costumbres, los vecinos extranjeros se habían apropiado, a su manera, de la civilización romana, y no tenían interés alguno en renunciar a ella. Aquel latín teñido de germánico dejó algunos roces, no muchos, en el latín peninsular.

Hoy no podemos afirmar, faltos de fuentes más amplias, que por entonces la península Ibérica gozara, y por primera vez y tal vez única, de unidad lingüística. Es mucho más fácil afirmar que quienes por entonces no hablaban latín habrían tenido un enorme placer en hacerlo. Imaginemos algún poblado íbero o celta perdido. Si sus hablantes no eran ambilingües, es decir, capaces de dominar con habilidad dos lenguas, bien podrían ser bilingües o al menos aspirantes a hablar latín, lengua general y vehicular para las tierras europeas, asiáticas y africanas lindantes con el Mediterráneo. Los germanos, además, se limitaron, como en tantas otras cosas, a reproducir los modelos romanos que encontraron en las tierras que se adjudicaban, que es lo que han hecho siempre los pueblos de menor desarrollo, imitar a los superiores. Así hicieron los acadios con la lengua sumeria, y los propios romanos con el griego. No parece por tanto difícil afirmar que, a la caída del Imperio, el latín era, sin discusión, la lengua de todos. Hablar latín fue un lujo. Disponer de una lengua materna distinta exigía conocer el latín. El bilingüismo fue entonces una transición hacia lo útil. Ser monolingüe de una lengua no latina significaba aislamiento. Toda la península habló latín, y cada vez más. Y debió de ser lengua única, usual y ampliamente extendida hasta que los árabes se presentaron con la decidida intención de cambiar el destino de la historia.

Los ciudadanos romanos desamparados tenían al latín por lengua y no la perdieron. Los dueños germanos, que probablemente no eran muy numerosos, formaron el grupo de élite, el de dirigentes, pero eso ni alteraba a la lengua ni estaban ellos interesados en que sucediera. Es verdad que el gótico había servido para la traducción de la Biblia, del que se conserva un manuscrito del siglo XV, pero como lengua hablada se esfumó con los mismos modos que las otras. Suerte distinta corrieron las que desde antiguo ocupaban el primitivo territorio germánico.

Pero los nuevos dueños difícilmente podían ser comparados con los administradores romanos. Los germanos sabían guerrear, tal vez, pero tenían poco claro cómo administrar los bienes, recolectar impuestos, establecer redes comerciales, mantener y ampliar las vías de comunicación o señalar demarcaciones religiosas. Ni entendían de eso, ni pusieron empeño en aprenderlo. En cuestiones civiles siguieron, según parece, tan incivilizados como antes. El latín y la cultura romana ensombrecían a los improvisados ocupantes, empequeñecían su ligero equipaje cultural tanto en los reinos como en los pequeños principados y ducados.

14

Evolución del latín oral, estatismo del escrito

Y se hundió, desapareció por falta de cuidados, como cabía esperar, la línea comercial y de comunicaciones del Imperio romano. Las regiones quedaron aisladas, desconectadas de la red de cambios, particularmente lingüísticos, que tanto había contribuido a la cohesión cultural del imperio. Es el regreso al pasado, la recuperación del estado previo a la llegada de Roma. La cohesión se desmorona. El modelo económico se refugia en la subsistencia, y la entidad política dirigente careció de capacidad para tutelar o ayudar a sus administrados.

En el siglo VII los pueblos germanos ya habían perdido toda organización política consistente. Sin ese orden, la cultura se había desbaratado. La enseñanza, el saber, el cultivo de las letras sobrevivió casi exclusivamente en el interior de los monasterios donde se mantuvo un particular respeto y culto al código capaz de transmitirla, el latín en su dimensión escrita. La oral, sin embargo, parecía abocada a quebrar, a parcelar a la lengua imperial en distintas hablas. Y fue lo que sucedió. Nacieron las lenguas romances, incipientes códigos neolatinos. La fragmentación imitaba el episodio de la Torre de Babel descrito en la Biblia. Desasistida del desvanecido poder de Roma, sin poder unificador, sin escuelas, sin comerciantes, sin soldados, sin ideas, sin las expresiones de la vida diaria que corrían de una a otra parte del Imperio, cada rincón se nutrió de sus propios cambios, de sus rasgos, de sus espontáneas propuestas, y los contactos externos se redujeron a poco o nada. Y aunque el latín escrito sigue siendo aprendido sin variaciones dialectales, multitud de hablas se van distanciando del tronco común, que es lo que suele suceder con cualquier lengua abandonada. Ninguno de aquellos modelos locales se traslada a la escritura.

Durante el siglo VI hubo una relativamente amplia producción escrita, pero los autores ni eligieron una lengua germánica ni el alfabeto rúnico, propio de los pueblos bárbaros, sino el latín en su estilo clásico. En los siglos

posteriores desciende la producción. Quienes escriben, casi únicamente clérigos durante los siglos VII y VIII, lo hacen, con mayor o menor acierto, en un latín muy alejado de lo que ya debían de ser las variaciones dialectales. Con el paso de las generaciones la cada vez más escasa formación de los escritores convirtió en imposible el deseo de escribir en latín. Y quienes a pesar de todo lo intentaron, consiguieron textos tan rizados y complejos que no había manera de comprender sus intenciones comunicativas.

A principios del siglo IX la situación cambia. Mejoran y se extienden las condiciones de enseñanza y cada vez más la cultura latina llega al pueblo. Alrededor del XII el latín se utiliza prácticamente en toda Europa, e incluso fuera de Europa en territorios que nunca habían pertenecido al Imperio romano: Alemania, Polonia, Dinamarca… Era, prácticamente y sin competidoras, la lengua escrita dominante. A falta de la supremacía de alguna de aquellas variaciones orales, el latín, en su modelo clásico, seguía siendo lengua hablada particularmente en el seno de la Iglesia. Se aprendía en colegios y universidades, y durante muchos siglos fue la lengua culta común europea.

El tránsito del latín a las primitivas hablas peninsulares, llamadas romances, se realizó de manera imperceptible. Si atendemos a los documentos conservados puede hablarse todavía de latín hasta el siglo VII. Desde entonces se inician las vacilaciones, todavía poco perceptibles, y hacia el IX ya pueden identificarse los cambios en algunos dialectos. Los dominios más alejados del Imperio se mostraron más reacios a los cambios, más conservadores con respecto al latín de la metrópoli, que era Roma. Nada de extraño tienen por tanto las coincidencias entre el español y el rumano: la palabra latina *formosus*, más popular, subsistió en el castellano, *hermoso*, y en portugués, *hermoso*, e igualmente en rumano, *frumos*. En el centro de la Romania, triunfó la forma vulgar y más reciente, que era *bellus*. Así en francés, *beau*, y en italiano *bello*. Esta forma también se conserva en castellano, pero a modo de cultismo, *bello*, término introducido posteriormente y reservado a la literatura de donde luego pasa a las hablas diarias. El verbo latino *comedere* sirve para español y portugués, mientras *manducare* palabra posterior, pasa al resto de la Romania: *manger* en francés, *mangare* en italiano.

Las tendencias orales de los distintos rincones del imperio se alejan unas de otras incentivadas por las variaciones de las fronteras. Los cambios afectan a la pronunciación, a la elección de las palabras y a la creación de nuevas que no siempre coinciden, y también a las libertades sintácticas, cada vez más alejadas del modelo clásico. Los cambios se iniciaron ciertamente mucho

antes de la caída del Imperio. En la vida de las lenguas el estatismo significa la muerte, y las innovaciones, la vida. Algunas de aquellas incipientes lenguas desaparecieron en la infancia o apenas nacidas eclipsadas o absorbidas por el poder, generalmente político, de las vecinas. Otras lo hicieron más tarde, como el dálmata, que murió, con su último hablante, al final del siglo XIX. Y las menos se mantuvieron mucho más, e incluso perduran en el uso oral, y a veces incluso escrito, aunque sus hablantes utilizan como lengua cultural otra románica vecina. En esta situación están los hablantes de asturiano con respecto al español, o las numerosas hablas regionales de la península Itálica con respecto al italiano, o las hablas o *patois* del sur de Francia con respecto al francés. Algunos de aquellos dialectos del latín fueron más afortunados y destacaron, influyeron y a veces eclipsaron a otros. El primero de ellos fue el provenzal (siglo XI), que desarrolló una literatura imitada por los poetas de lenguas vecinas. Después el gallego (siglos XII y XIII) y luego el italiano y el catalán (siglos XIV y XV). La expansión y universalización del español corresponde a los siglos XVI y XVII, y posteriormente, en los siglos XVIII y XIX, dio el relevo al francés.

Pasó mucho tiempo antes de que las lenguas romances empezaran a competir con el latín. Incluso cuando empezaron a escribirse de manera habitual, el latín continuó como único en situaciones que así lo exigían. En la religión no empezó a perder terreno hasta que a principios del XVI la reforma protestante introdujo en sus iglesias sus lenguas vernáculas.

Una muestra de su influencia es el hecho de que mucho después de su transformación en lenguas romances autores como el toscano Dante Alighieri (1265-1321), pensadores como el holandés Erasmo de Rotterdam (1467-1321), científicos como el polaco Nicolás Copérnico (1473-1543) o el inglés Isaac Newton (1643-1727), filósofos como el también inglés Francis Bacon (1561-1626) o el francés René Descartes (1596-1650) escribieron su obra en latín, aunque lo hicieran también en sus lenguas vernáculas. Ninguno de sus conciudadanos despreció a sus eruditos por la elección. Para muchos fue Montaigne (1533-1592) el último hablante de latín como primera lengua, aunque no como lengua materna. Se dice que su padre exigía que los sirvientes se dirigieran a él en la lengua del Imperio, aunque no sabemos con qué resultados.

Hasta mediado el siglo XIV el latín fue la lengua oficial en los documentos escritos del Sacro Imperio Romano Germánico, que ocupaba la mayor parte de las actuales zonas de la Europa germanohablante. En el reinado del emperador Luis IV (1314-1347) el alemán se adoptó como la lengua de los

documentos de la corte y hacia finales del siglo XV se introdujo como lengua oficial en muchos ayuntamientos, universidades y ambientes cultos. A principios del XVI empieza a extenderse el uso escrito incentivado por la traducción de la Biblia de Martín Lutero, pero la forma actual no se consolida hasta mediados del siglo XVIII. El gran filósofo y pensador alemán Gottfried Leibniz (1646-1716) escribió buena parte de su obra en latín, lengua que a los doce años, según cuentan las crónicas, ya había aprendido de manera autodidacta. La otra parte la redactó en francés sin que su chovinismo alemán se resintiera.

A finales del siglo XVII el latín pierde su condición de lengua internacional a pesar de que se conserve para estudios clásicos, tratados y documentos de la Iglesia católica. En 1962-1965 el Concilio Vaticano II lo despoja de su ancestral privilegio a favor de las lenguas vernáculas. Hasta entonces había impregnado tantos cuantos enclaves católicos romanos existían en el mundo entero. Y sólo entonces, unos veintisiete siglos después de su nacimiento, y unos diecisiete desde la conversión de Constantino, dejó de ser oficial. Como legado histórico el latín se puso al servicio de la redacción de las actas del rebelde concilio. Un minúsculo enclave, sin embargo, sigue rindiéndole honores orales y escritos en mayor o menor grado de destreza y habilidad para los neologismos: la propia ciudadela vaticana, muy cerca de donde nació. Allí se instaló, iniciado el siglo XXI, el primer cajero automático en latín: «*Inserito scidulam quaeso ut faciundam cognoscas rationem*…»[10] se puede leer en la pantalla. Las lenguas, no cabe duda, incluso las que se dan por muertas, se pueden adaptar a los tiempos.

15

Llega otra lengua semítica: el árabe

Si exceptuamos al sumerio, huérfano y antiquísimo idioma que se cuenta entre los primeros que desarrolló la escritura, semíticas fueron las lenguas que acompañaron a las grandes civilizaciones de la antigüedad: el acadio adoptó la escritura sumeria cuneiforme y se alzó como lengua de civilización en Mesopotamia y fue continuado por sus herederas, el asirio y el babilonio; el arameo fue la lengua vehicular de Oriente Medio durante siglos; el hebreo acompañó y acompaña a quienes profesan la religión judía; y el fenicio, del que ya hemos hablado, debió de ser en el Mediterráneo lo que ahora el inglés en el Atlántico.

En esa línea de desarrollo de la gran familia semítica la historia de las lenguas de la humanidad iba a cambiar a partir del siglo VII por inspiración, pensamiento, predicación y práctica de un solo hombre. Sucedió en La Meca, al oeste de la península Arábiga. Allí nació, hacia 570, Mahoma, último de una serie de mensajeros enviados por Dios para actualizar su mensaje, según el islam. Por entonces la vida religiosa se concentraba alrededor de la Kaaba, santuario politeísta. El profeta debió de conocer, no sabemos con qué rigor, las dos grandes religiones monoteístas de su época, judaísmo y cristianismo, y se atrevió y logró crear y difundir una nueva corriente que había de servir de base para toda una cultura de difusión universal, la que cuenta actualmente con más seguidores. Sus protectores, el dios Alá y el arcángel Gabriel. Primero se sintió continuador del profeta Abraham, de Moisés y de Jesucristo, luego le siguieron multitudes. A su muerte en 632 ya se había extendido el islamismo a toda la península Arábiga, y también a parte de Siria y Palestina.

La lengua compañera del impulso místico es el árabe. Antes de Mahoma había sido un habla ágrafa confinada en boca de tribus nómadas en el centro y noreste de la península Arábica, pero en cuanto se puso al servicio de la causa islámica, se tiñó de sagrado respeto. Un largo viaje lingüístico en las alforjas de las huestes islámicas esparce e irradia a la lengua del Corán por el mundo

conocido. Acompañante fiel, fuerte y poderosa de aquella rapidísima evolución fue la guerra santa. La expansión hacia el norte se ve facilitada por la decadencia del Imperio bizantino. La expansión hacia el oeste, también en nombre de la yihad, ocupa Egipto, donde desplaza a los restos del latín y el griego, y se instala de manera indefinida en el norte de África. Encuentra en el Magreb la oposición de los bereberes y sus lenguas, pero la supera y se instala con la misma bondadosa suerte. Cruza el estrecho de Gibraltar y se difunde, sin gran resistencia, por el reino hispano-visigodo. Atraviesa también los Pirineos y se detiene, al topar con la fuerza de los francos, en Poitiers. Corría el año 732. Y si la lengua del Mediterráneo había sido el fenicio, y luego el griego, y después el latín, la nueva, la que había de prolongarse durante la Edad Media y perdurar hasta nuestros días, iba a ser el árabe. Aquel gran impulso modificó las fronteras. Muchas son hoy las mismas de entonces. Sólo una parte de aquel imperio, tan rápidamente integrado, escapa de su influencia, el territorio de la península Ibérica. Allí se inició una larga y discontinua guerra empecinada en recobrar las primitivas fronteras y que no llegaría a su fin hasta el año 1492. Un ejército trajo el árabe a España, otro lo desalojó.

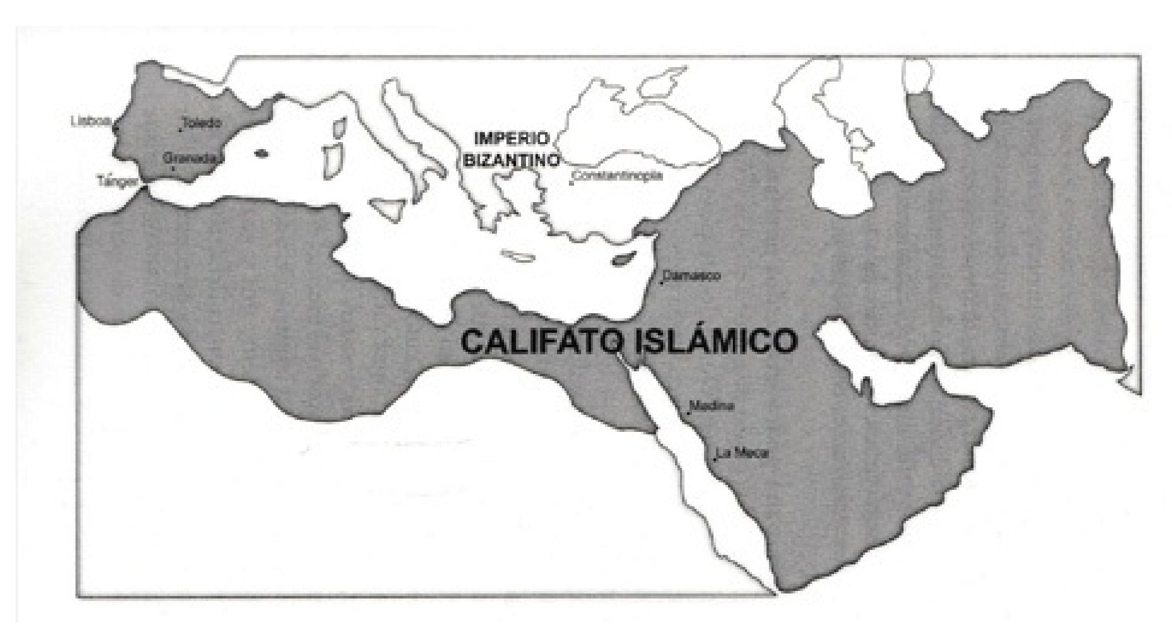
Las lenguas neolatinas formadas durante aquel periodo de presencia musulmana quedaron impregnadas de términos árabes, muchos de ellos dedicados a dar nombre a objetos de la vida diaria o a lugares. Los primeros desaparecieron con las realidades que designaban, los topónimos permanecen con mayor arraigo.

Cuando los españoles imitamos a la lengua árabe, la vocal *a* predomina en nuestras parodias. No sólo es una impresión, sino una incuestionable tendencia. Sin embargo, abundan las consonantes, la mayoría de ellas articuladas cerca de la glotis, casi en la garganta, y otras con una expiración enfática, algo así como nuestra hache aspirada. Sus bases de significado, sus raíces, lo que otros llamarían sus palabras, están formadas por tres consonantes, con la condición de que dos idénticas no aparezcan en la primera y segunda posición. Esos tres fonemas se combinan con determinados patrones vocálicos para formar nombres simples y verbos. Las raíces árabes, es decir, las que soportan la carga semántica de las palabras, son únicamente consonánticas. Los diccionarios lo son de raíces, y a ellas ha de remitirse el lector para buscar el campo léxico, la familia. En español, las palabras *puerta, parte* y *pirata* ocupan su lugar alfabético, y además no comparten una relación semántica. Pertenecerían a la raíz *prt*. Si nos encontramos en árabe *ktb* (que en el orden de derecha a izquierda sería *btk*) puede leerse *kataba* (él

escribió), *kutiba* (fue escrito) o *kutub* (libros). ¿Con cuál nos quedaríamos si las vocales no se escriben? Sólo el resto de la frase podría ayudarnos a leer, y por tanto a interpretar el sentido. Pues bien, de la misma manera, la raíz árabe *ktb* forma *kitab* (libro), *kateb* (escritor), *kitaba* (escritura), e incluso *maktaba* (biblioteca), palabra que sólo podría derivar del sentido general de escribir. La noción de raíz está mucho más arraigada en las lenguas semíticas que en las indoeuropeas. La combinación *kt* en inglés ofrece palabras tan distintas como *cut* (cortar), *cat* (gato), *cute* (amable), *acute* (agudo), *kit* (cubo) o *kite* (cometa).

¿Y cómo acepta los neologismos? En el préstamo *bank* recoge como raíz el grupo consonántico *b-n-k*; y otro tanto ocurre para el neologismo *film*, que se forma con la raíz *f-l-m*. Luego se encargan de añadir sus propios sufijos vocálicos. Los hablantes de lenguas semíticas que balbucean alguna románica tenderán, en sus primeros pasos, a confundir las vocales de articulación cercana.

Las exigencias de la gramática sorprende al estudiante que ya conoce otra lengua: saber leer no significa saber pronunciar, exige un conocimiento mayor de la morfología. La articulación de los fonemas pronunciados en la úvula, en la faringe y en la glotis distancia a la lengua árabe de nuestros hábitos. Las vocales no se escriben. La morfología aparece rociada de excepciones. El léxico es particularmente extenso. El artículo es invariable, [*al*-], y se asimila a la palabra que precede siempre que ésta se inicie con una consonante dental o enfática. Dispone de tres números (singular, dual, plural), y tres casos (nominativo, genitivo y acusativo).



EXTENSIÓN DE LA LENGUA ÁRABE EN EL SIGLO VIII

El árabe prestó terminología técnica a los pueblos conquistados, como ocurrió en España durante la Edad Media, así tienen ese origen: *cero, álgebra, noria, quilate, acequia, arroz, atalaya, albufera, alcázar, jaque, alquimia*, y muchas de las palabras que empiezan por [*al*-] y [*alh*-], como *alcaloide* y *alhambra*, y nombres de estrellas como *Altair*. Muchas palabras árabes de lenguas europeas pertenecen a esa época, como la sustancial palabra *cero*, del árabe *sfr* que dio la palabra *cifra*, pero que significa *cero*, y al latinizarla en *zephirum* se convirtió en *zefiro, zefro* y posteriormente *cero*, y de ahí pasó al francés y al español.

Los hispano-godos latinizados poseían, a pesar de todo, un mayor grado de cultura que los visitantes árabes, sirios y bereberes. Dos siglos después las cosas habían cambiado por la decadencia del occidente cristiano y el enriquecimiento del mundo islámico con las aportaciones de Persia y Bizancio. Por entonces Bagdad era el prestigioso centro cultural del islam, centro de estudios que irradiaba cultura y civilización, la Roma del mundo islámico que competía en esplendor con Bizancio. En Hispania, Córdoba, la capital de Al Ándalus, crecía y se embellecía como una Bagdad de occidente: lujosas mansiones, frondosas huertas, cuidados jardines, baños públicos, centros de salud, mezquitas, palacios, bellos edificios, fuentes públicas y zocos que exhibían exóticos productos llegados de todo el mundo. Pero una vez más la fuerza de las armas no impusieron una lengua frente a otra que era particularmente útil y gozaba de amplio desarrollo escrito. La presencia del árabe tiñó a las lenguas peninsulares de palabras y estructuras. Si la reconquista duró ocho siglos fue precisamente porque hubo más periodos de

tolerancia que de enfrentamientos. Y, sin embargo, el periodo parece estar marcado por la intolerancia: desaparición de la lengua mozárabe, expulsión de los judíos, que al fin y al cabo vivían en una tierra tan suya como de los otros, y expulsión de los moriscos entre otras muchas convulsiones que afectaron a los cambios de las lenguas.

Para ver el aprecio que la cultura del sur despertó en el norte no es necesario fijarse en Sevilla, Granada o Córdoba, ni siquiera en Toledo: llenas están Aragón y Castilla, hasta León, de esas iglesias mudéjares, más pobres materialmente, pero no menos elegantes que sus modelos andaluces.

16

Lenguas romances en los reinos cristianos

Y una vez ocupada la península, y desaparecida la monarquía goda, nacieron, en minúsculos núcleos, los reinos cristianos. El rechazo a los invasores se inició en Asturias. Allí los primeros reyes, conscientes de su debilidad, sólo se decidieron a ampliar su dominio cuando se mostró seguro el fácil avance. En cuanto los invasores se retiraron a tierras menos húmedas y más fértiles, en cuanto los defensores del islam se enzarzaron en una guerra civil, en cuanto observaron un descuido en las defensas, ocuparon Galicia y las despobladas tierras del norte del Duero. Y como vivían en permanente desasosiego a la espera de inopinados enfrentamientos, fortificaron con torres de defensa los puntos estratégicos. Aquel territorio se llamó Castilla, y fue cuna del castellano.

Habrá que esperar al reinado de García I (911-914) para que se produzca un avance significativo de los reinos cristianos. Cuando las fronteras avanzan hacia el sur, la corte se traslada desde Oviedo a León. En el año 938 el ejército musulmán es derrotado en Simancas. Se ensanchan los territorios recuperados. Sólo entonces se descubre con evidencia la intención de los reinos del norte, la de expulsar a los invasores. Ya han pasado dos siglos de vecindad, convivencias y sobresaltos. ¿No habían conseguido los romanos latinizar la península incluso en un periodo más breve?

Los reyes de León, animados por los avances territoriales, se consideraron legítimos herederos de la monarquía visigoda. Y lo hicieron sin contar con los vecinos navarros que, deseosos de organizar su parcela, fundaron reino y cruzada y emprendieron también su reconquista. La iniciaron con Sancho I (905-925). Un poco más allá Borrell II (947-992), conde de Barcelona, aprovechando un descuido del imperio franco, se proclamó independiente y, tomadas las riendas, amplió sus dominios a otros condados. Los pasos se parecían mucho a los de Castilla y fueron germen de la futura Cataluña. En el año 988 fundó igualmente su propia cruzada.

El castellano, y sus vecinas el asturiano y el navarro, hermanas gemelas, nacieron sin testigos. Los partos lingüísticos, silenciosos e inadvertidos, carecen de ceremonia. Diríamos que las primeras transformaciones del latín, siglos atrás, que habían de dar lugar al castellano se produjeron en boca de hablantes de vasco, o tal vez de íbero. Su especificidad, la reducción a cinco vocales y la pérdida de la *f-* inicial latina, que hoy recordamos con una *h* en la ortografía: *hacer, harina, hormiga*, que en latín fueron *facere, farinam* y *formicam*; en catalán se conserva: *fer, farina, formiga*; y en gallego también: *facer, fariña* y *formiga*. El nacimiento del castellano se debe, por tanto, a la especial vestimenta con que se disfrazó el latín en aquellos territorios de lenguas prerrománicas. Otros dirían, con menos encanto, el latín degenerado. Mejor entender que las lenguas no se pervierten, sencillamente evolucionan, cambian, se acomodan, se ajustan a las demandas de sus hablantes, sean del tipo que fueren. Los atuendos lingüísticos de otros territorios dieron lugar al catalán, al gallego, al provenzal, al francés, al rumano y a otras muchas, Algunas de ellas antes o después frustraron su andadura y hoy se recuerdan, con distintas opiniones según quienes hablen de ellas, como asturiano, leonés, navarro, gascón, lemosín o, sencillamente, *patois*, que es como se llaman en Francia las hablas neolatinas sureñas que no llegaron a cuajar. Muchas de ellas desarrollaron un estilo literario oral, pero no necesitaron reflejarse, al menos de manera suficiente, en la escritura. Y, sin tiempo para advertirlo, se vieron eclipsadas por otras de su vecindad que, incentivadas por el poder político, lograron alzarse como nacionales.

Y si Castilla acunó al castellano, Navarra dio cobijo al dialecto del latín que en su extensión hacia el sur se llamó navarroaragonés, de la misma manera que el latín de Asturias pasó a llamarse leonés. La evolución de la lengua de los romanos en Cataluña se llamó primero catalán, y más al sur, valenciano. La de Galicia, portugués. Pronto el asturleonés fue engullido, aunque no del todo, por el castellano.



SITUACIÓN DE LAS LENGUAS HISPÁNICAS EN EL SIGLO X

¿Qué suerte corría el latín, mientras tanto, en otros antiguos dominios imperiales? En el territorio de las islas británicas desapareció desplazado por la lengua de los anglos, sí, pero también por algunas razones más que aún no parecen claras. En los territorios de Oriente Medio y también en el norte de África, desde Alejandría hasta la Cartago, se perdió devorado por el árabe. En los dominios de los Balcanes cedió terreno desalojado por las lenguas eslavas. Se mantuvo firme en la península Itálica, en las Galias y en Hispania. Pero del mosaico de lenguas en que quedó dividido en estos dominios, sólo cuatro, el italiano, el francés, el español y el portugués son hoy lenguas de hablantes monolingües. Los hablantes de todas las demás, llámese occitano, gascón, veneciano, siciliano, gallego o valenciano, se ven condicionados por el bilingüismo. ¿Cómo consiguieron estas lenguas principales eclipsar a las vecinas? La mayoría de las veces las lenguas avanzan con un ejército cruel o amenazante. Alejandro Magno llevó el griego por Asia, por el Mediano Oriente y por Egipto y hoy, lejos de ser estigmatizado por su cruel arrogancia, la historia adora al joven macedonio como ejemplo patriótico y militar. Otros ejércitos llevaron al español, portugués y francés a América. El italiano, primitivo toscano, se extendió por su territorio y el de los vecinos itálicos, y

llegó donde pudo, porque a veces otros ejércitos le frenaron el paso. Los invasores catalanes, por ejemplo, procedentes de Barcelona, que repoblaron la ciudad del Alguer en Cerdeña, desplazaron o engulleron a su población hablante de sardo en el año 1372.

La evolución de los dialectos del latín de la península Ibérica estuvo condicionada por los triunfos políticos de Castilla frente a los más moderados de otros reinos peninsulares. Influyó el castellano en la debilidad del asturleonés y del navarroaragonés, y en gran medida del mozárabe. Si hablantes de otras lenguas se apropiaron del castellano no fue esencialmente, aunque tal vez también, por la belleza de su gramática, ni por la riqueza de su léxico, ni por la nobleza de su expresión, que todo eso vendría después impulsado por quienes lo usaron. De momento sólo necesitamos señalar que había de correr la misma aventura que el antiguo franciano en el país vecino nominado lengua de los franceses, o que el toscano, latín de la Toscana primero y luego italiano, lengua generalizada de la península Itálica. Con el mismo procedimiento llegaron el chino, el ruso, el hindi y muchas otras a convertirse en lenguas modernas. El latín de Castilla, transformado en español, el de Galicia, con el nombre de portugués, así como la *langue d’oeil* de la Isla de Francia, tornada en francés, hicieron un largo y fructífero viaje, llenándose aún de más vida, al continente americano y por el mundo, pero eso pertenece a otro capítulo.

Del español tenemos datos muy precisos: lugar de nacimiento, fecha aproximada de alumbramiento, razones para la aceptación de sus hablantes, inteligentísimo ajuste al uso escrito logrado por el rey castellano Alfonso X el Sabio, acierto excepcional, y casi inimaginable del uso que de aquella lengua hizo Fernando de Rojas en *La Celestina*, y una serie de coincidencias, de momentos claves de su historia, que la elevaron a esa categoría de grandes lenguas de la humanidad que también ocupa, en orden cronológico, el sumerio, el chino, el griego, el latín, el árabe, el italiano, el francés y el inglés.

¿Y cuáles fueron esos momentos mágicos de la historia del español que hizo que un habla de los rudos pastores cántabros refugiados en las montañas se convirtiera en una de las más apreciadas por la humanidad? Señalaremos en los próximos capítulos, más a modo principal que riguroso, más de manera cáustica que fotográfica, más en disposición divulgativa que estrechamente científica, algunos momentos en los que se concentra la grandeza de los aparentes e insignificantes hechos. Y es que casi todas las situaciones clave en la biografía del español, que de joven se llamó castellano, y de niño *lengua romance*, estuvieron inspirados en la melancolía, pero también en la rebeldía,

en la desobediencia al orden establecido, en decisiones taciturnas, en talantes románticos, en coincidencias afortunadas, en regalos de las ciegas fuerzas de la naturaleza.

Las lenguas llegan a distanciarse unas de otras como resultado, como decíamos, de la casualidad, de la contingencia, de ese toque mágico que las trueca en privilegiadas frente a las vecinas. No depende de su estructura interna, no, ni de riqueza léxica, ni siquiera de facilidad gramatical, tampoco, en eso no piensa la historia, depende de situaciones tan ajenas a los propios hablantes que merece la pena detenerse sentimentalmente en los pintorescos incidentes que hicieron del español una lengua privilegiada frente a las de su vecindad.

17

La difícil trayectoria del asturleonés

Para la primitiva historia de lo que hoy llamamos asturiano o bable debemos volver hacia atrás y remontarnos a finales del siglo I a.C. Por entonces los romanos se procuraban, en vano, un libre acceso a las regiones de los astures y los cántabros, donde era sabido que su subsuelo contenía importantes yacimientos de oro. Y como el joven emperador Augusto todavía no había participado en una importante campaña militar que lo prestigiara, se propuso dar fin a la conquista peninsular sometiendo el territorio de los astures, seguro de que la victoria había de glorificar su posición. Pero el hecho es que incluso una vez que la consideró sometida, los romanos tuvieron que enfrentarse con inesperadas rebeliones. Ni los astures ni los cántabros deseaban agachar la cabeza graciosamente ante los romanos. Aquel espíritu rebelde fue heredado una generación tras otra. Luego corrió una idea bastante real: Hispania fue el primer gran territorio en la conquista y el último en pacificarse.

Tras la caída del Imperio se presentaron por allí los visigodos, que fueron también rechazados. Preservaban así su identidad, sus ritos y sus costumbres con mayor consistencia que otros pueblos. Cuando los invasores islámicos llegaron a Toledo, capital visigoda, los cristianos huyeron para refugiarse en Asturias, que no sufrió arabización. Se vieron obligados a defenderse de algunas avanzadillas moras, eso sí, pero tan moderadamente intensas que apenas dejaron huella.

En el año 718, sin embargo, se produjo la primera fracasada revuelta contra el poder musulmán. A la cabeza, don Pelayo. De aquello no se quiso hablar, pero sí de la primera mítica victoria, la conseguida en el año 722 y pomposamente llamada batalla de Covadonga, aunque tal vez sólo fuera una especie de guerrilla que le sirvió al citado jefe para proclamarse rey de Cangas de Onís y fundar el Reino de Asturias. La capitalidad pasó, a medida que se engrandecía el dominio, a Oviedo, y luego a León. De esa manera,

Asturias quedó como región apartada y de difícil acceso, aunque siguió siendo vía de peregrinos compostelanos que se desviaban para ver las reliquias de la catedral de Oviedo.

Cuando en 1230 se unificaron los reinos de Castilla y León, quedaron incluidas bajo una misma entidad política las comunidades hablantes de una serie de modalidades románicas que podríamos agrupar en tres lenguas: gallegoportugués, asturleonés y castellano. Las tres habían seguido hasta entonces una evolución diferenciada, pero sólo el castellano había de alcanzar una rápida primacía sobre las demás. Las razones son meramente coyunturales: su consideración de lengua administrativa por la nueva monarquía. Luego le tocaría iniciar su esplendor literario, porque siempre alguien tiene que hacer estas cosas, bajo el reinado de Alfonso X el Sabio. El gallegoportugués, por su parte, no sólo será amparado por la administración del vecino reino de Portugal o por la poderosa Iglesia compostelana, sino que también conocerá en la corte castellana un gran prestigio como lengua poética. En cambio, la lengua asturiano-leonesa, desposeída del amparo político que pudiera ofrecerle el antiguo reino independiente, quedará arrinconada en un territorio periférico cuyos centros neurálgicos (León, Oviedo o Astorga) languidecen ante el definitivo desplazamiento hacia el sur peninsular del escenario político, económico y cultural del momento. Por eso aquellas hablas se verán expuestas a una mayor inestabilidad e incertidumbre, agravada por la progresiva penetración del castellano en su propio territorio histórico. Las élites económicas y culturales y también la administración prefieren asimilar su formación al castellano.

Fue aquella situación política semillero para una efectiva dialectalización del asturleonés. Primero porque había perdido capacidad y posibilidades, frente al prestigioso castellano, de fijar una referencia normativa propia capaz de cohesionar en una a las distintas variedades. Por eso frustró su recorrido, porque las distintas hablas asturianas y leonesas tuvieron como modelo al castellano, que es lo que sucedió también en otros lugares de los antiguos territorios del Imperio.

¿Por qué, sin embargo, permanecen hasta hoy en Asturias unas formas lingüísticas autóctonas propias que muchos llaman lengua asturiana o bable? La ventaja alcanzada por el castellano en el siglo XIII, inspirada en extensión territorial, habría marcado el final del desarrollo del asturiano, una lengua en ciernes que habría quedado relegada al mero uso oral. Pero eso no explicaría todo. Desde mediados del siglo XIII miles de documentos notariales, administrativos y jurídicos dan muestra no sólo de una necesidad práctica,

sino también de una voluntad de normalización de la lengua, un proceso de selección estilística entre variantes. Cabe hablar para esa época de un asturiano-leonés general bien consolidado, refractario a las influencias castellanas. Es indudable que por entonces existe una sólida conciencia lingüística.

A mediados del siglo XIV las variantes morfosintácticas y léxicas del castellano salpican los textos locales. Por entonces la alta clase social asturiana se implica en la vida cortesana de Castilla. El componente lingüístico autóctono inicia su decadencia. Y si la aristocracia se castellaniza, la influencia se extiende al clero urbano más que al rural, al funcionariado más que al autónomo, y de ahí al conjunto de la comunidad. Las necesidades de escritura pasan con facilidad al castellano. Ya sí cabe hablar de un retroceso real. Algunos textos híbridos siguen dejando constancia de la lengua oral. El asturiano, aún sin dimensión escrita, lejos de desaparecer y asimilarse totalmente al castellano, reelabora sus normas y construye su identidad. Corresponde ese periodo a los siglos XV al XVII. Por entonces y desde entonces sus hablantes tienen conciencia de hablar una lengua distinta a la de los vecinos y discreta y orgullosamente diferenciada, aunque no todos los hablantes compartan esta última propuesta.

18

Fernán González, Fernando III y Alfonso X

El nacimiento del castellano se cobijó en la rebeldía de un hombre llamado Fernán González. Tuvo el caballero temple rebelde, sedicioso y aguerrido, y fue conde y señor de Castilla, territorio del reino de León. Del primer contribuyente para la historia de nuestra lengua sabemos que murió en el año 970, y también que, después de mostrar su intrepidez y arrojo en defensa del monarca leonés, Ramiro II, desveló sus deseos de independencia para su condado. Y para evitarlo, Ramiro II lo encarceló. A la muerte del rey, en 951, y aprovechando la crisis interna del reino leonés, Fernán González consolidó su poder y consiguió vincular Castilla a su familia, una decisión tan patriótica para los castellanos como insubordinada para los leoneses. Por entonces ambas lenguas apenas se diferenciaban, y sus hablantes, habituados a la variedad y libre interpretación, no apreciaban o apreciaban poco los contrastes.

A la muerte de Fernán González el condado castellano pasó a su hijo García I Fernández. Luego avanzó hacia el sur al ritmo de la ocupación de territorios árabes. Nadie le dio importancia, ni le adjudicó identidad, ni le atribuyó gloria alguna. Nadie experimentó la menor inquietud o aprecio por aquel dialecto campesino y aldeano frente al refinado latín porque nadie podía sospechar que había de convertirse en una lengua hablada y estudiada, diez siglos después, en los cinco continentes.

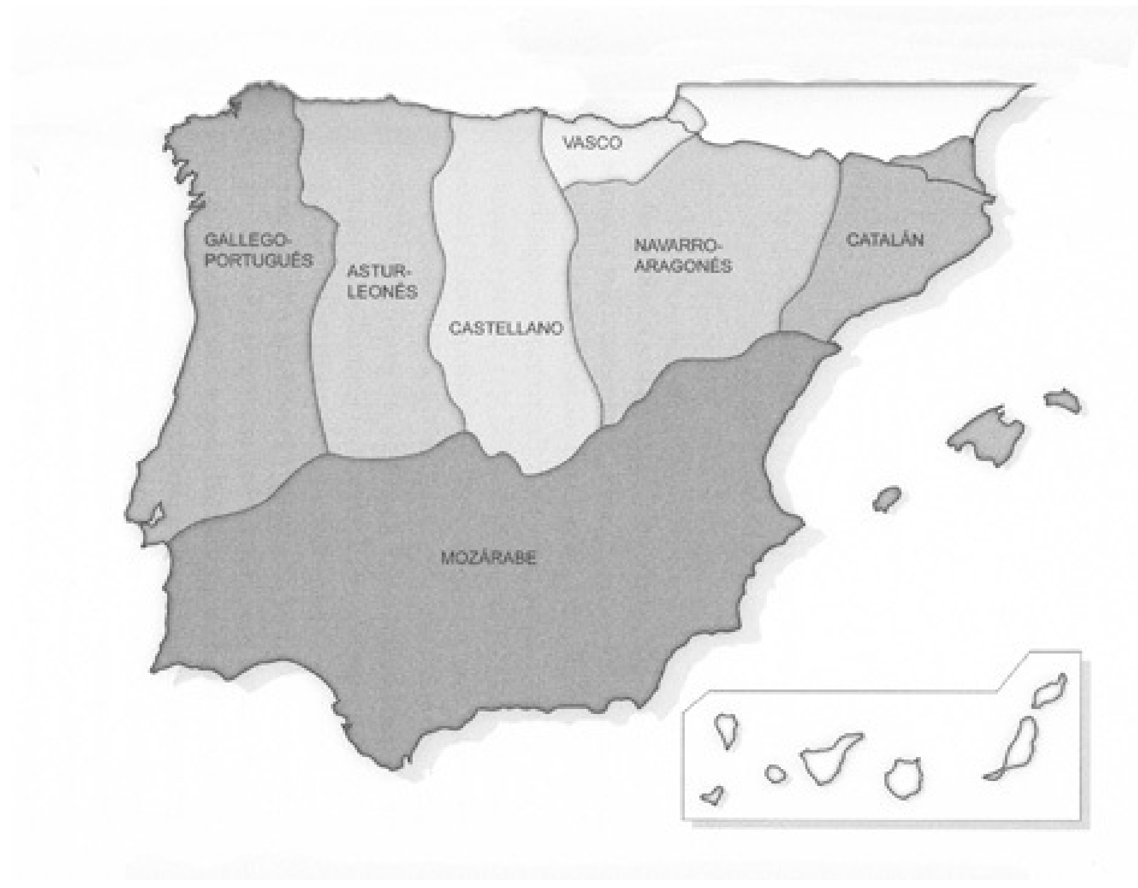
La primera muestra escrita del romance son palabras aisladas añadidas al margen de un texto latino. La frase más larga, una oración que podemos leer como latín tardío, pero si cedemos a la opinión de quienes la han estudiado habrá que considerarla castellano recién nacido: «Conoajutorio de nuestro dueno, dueno Christo, dueno Salbatore, qual dueno get ena honore, equal duenno tienet ela mandatjone cono Patre, cono Spiritu Sancto, enos sieculos delosieculos. Facanos Deus ompipotes tal sebitjo fere ke denante ela sua face gaudioso segamus. Amem.»[11]

En su recorrido por ocho siglos de Reconquista el castellano había de abrirse camino, cada vez más amplio, hacia el sur. Y fue limando la extensión de los otros romances peninsulares, y consiguió destacar, porque los hablantes así lo consideraron, como la más práctica. Podría haber sido otra, y yo, autor de este libro, heredero de aquel legado, experimentaría, por ser también mi lengua, el mismo placer que ahora percibo con el castellano.

Debemos referirnos, antes de seguir, a quien es probablemente el mejor gobernante que ha tenido la historia de España, a Fernando III (1217-1252), un hombre, inteligente, prudente y oportuno, hijo del rey de León, Alfonso IX, de la dinastía asturiano-leonesa, y de una princesa castellana, doña Berenguela. El matrimonio entre reinos anticipaba lo que vendría más tarde. De momento Fernando III une para siempre Castilla y León, a lo que añadió, en conquistas a expensas del sarraceno y a favor del cristianismo, un territorio similar al de todo el reino heredado. Veinticinco años dedicó a laboriosas campañas, y hubiera conquistado el Magreb si la muerte no lo sorprende a la edad de cincuenta años. Dejaba los pilares de los dominios territoriales de la que había de ser la primera lengua de España. Corría el año 1252. En su lecho de muerte llamó a su hijo Alfonso para encomendarle como continuador el mantenimiento y extensión de su campaña.

Tomó el nombre de Alfonso X (1252-1284), pero no fue batallador, que siempre han sido rebeldes los hijos con las consignas de los padres, sino sabio, para dar fehaciente testimonio de la indisciplina castellana. Y en vez de emprender la conquista de Granada, hizo como si tal cosa y se concentró, mirando hacia el lado contrario, que era Europa, en el objetivo de solicitar para sí, en tan pingüe heredad, el título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Y de espaldas a los moros, sin gran inquietud por las fronteras, contribuyó a dar un importantísimo paso en la vida de aquel rústico hablar, que ya no lo era tanto. Y tomó la decisión, también rebelde y cuestionada, de huir del latín para la redacción de las leyes y otros asuntos, y utilizar una lengua sin prestigio cuyo único pedigrí era el de haber estado en boca de gentes humildes. Para ello tuvo que someterlo a la primera normalización ortográfica. El mismo rey dirigió una intensa actividad científica y literaria. Aquella producción en prosa favoreció la propagación del castellano por todo el reino y lo elevó al rango de lengua oficial escrita en detrimento del latín. Es época de gloria y brillo de una lengua romance que se interna con prestancia y humildad en la redacción de los documentos públicos. Para ello debe crear la norma ortográfica, y utiliza, aconsejado por la lógica y por sus colaboradores, una grafía de tipo fonológico. Aquellos

principios, aquella normativa se mantiene básicamente hasta el siglo XVIII, con la excepción de la *f-* inicial latina, sustituida definitivamente por *h-* a principios del siglo XVI en los casos de aspiración y pérdida. El rey interviene directamente en la corrección de su ingente obra y ofrece, junto con sus colaboradores, una buena muestra de una de las características fundamentales de las modernizaciones del español: la persistencia de sus estructuras fundamentales y el empleo de sabios e inteligentes recursos para el enriquecimiento del léxico. Y se sirve de préstamos de lenguas vecinas e influyentes como el árabe, pero también del francés y el provenzal, y sobre todo del latín. Por entonces el equipo de gramáticos toledanos almacena en fornidas despensas cultismos latinos y griegos al alcance de las lengua de Castilla, revitaliza las construcciones, afina el estilo, desenreda las expresiones orales y siembra los giros que han de servir a los poetas del Mester de Clerecía, a los prosistas del siglo XV y las futuras generaciones.



SITUACIÓN DE LAS LENGUAS HISPÁNICAS EN EL SIGLO XIII

Los colaboradores del rey-poeta, puestos por él mismo al servicio de la lengua, fueron capaces de descubrir la dignidad en las expresiones, el acomodo a la sintaxis y un léxico selecto que nos sorprende y enternece.

Aquel modo de redactar sólo podía ser resultado de un clarividente y plácido sentimiento de respeto y consideración hacia una lengua, el castellano, que acaba de entrar en la mocedad.

19

Los romances de Navarra y Aragón y su evanescencia

Aragoneses, catalanes y valencianos, cada cual con su humor y sus costumbres, pertenecieron, todos al tiempo, a la corona de Aragón, que llegó a ser amplia y viajera, plurilingüe y muy cabal. Y vivieron su periodo de gloria y aparato con el rey Jaime II el Justo (1291-1327), que quiso y logró la unidad. Otros reyes aragoneses estuvieron supeditados a sus magnates y a sus ciudades, y ese condicionamiento los dejaba en inferioridad frente a sus vecinos castellanos o franceses. Los catalanes, por ejemplo, dispusieron de una potente marina mercante que competía con genoveses y pisanos. Aquellos barcos lucían la enseña aragonesa de barras rojas y amarillas.

A la muerte sin sucesor de Martín I el Humano en 1410, los nobles aragoneses, catalanes y valencianos buscaron rey. Y lo encontraron, dos años más tarde, en el hermano del monarca de Castilla Fernando de Antequera. La cesión se firmó en el Compromiso de Caspe. El pacto lo refrendaron representantes de los reinos de Aragón, Valencia y los condados catalanes. Se instaló así la dinastía castellana de los Trastámara en la Corona de Aragón.

Sólo cuatro años después Alfonso V el Magnánimo fue nombrado sucesor. En 1442 conquistó Nápoles. La gesta agigantó su poder. Y como en Aragón se veía obligado a pedir constantemente autorización a las puntillosas y exigentes cortes para desarrollar su oficio de monarca, se dedicó, con más libertad que soltura, a gobernar los nuevos territorios. Entonces los vecinos franceses, astutos como ardillas, aprovecharon la debilidad para ocupar las comarcas catalanas del Rosellón y la Cerdeña.

El heredero de Alfonso V, su hermano Juan II, fue padre del rey que había de dar, sin especiales previsiones, el vuelco más importante a la historia de las lenguas peninsulares: Fernando II el Católico, también rey de Castilla por una nueva alianza.

¿Y cómo habían evolucionado las hablas en aquellas tierras? El latín hablado en el valle del Ebro, probablemente en boca de quienes tenían al

vasco o tal vez al íbero como lengua materna en la zona comprendida entre la Rioja Alta y Ribagorza, y en Huesca, había dado lugar a la lengua de los navarros, y luego, la expansión del Reino de Navarra sobre tierras musulmanas y cristianas contribuyó, al mismo tiempo, a la ampliación territorial y social de aquel dialecto. Y como las tierras eran repobladas con cristianos navarros que propagaban su lengua por Aragón, y como la anexión de los condados aragoneses contribuyó también al desarrollo, ya para entonces, por su extensión, hoy la recordamos como navarroaragonés.

Conquista y repoblación llevaron aquella frágil pero decidida lengua al este de Soria, a casi toda la provincia de Zaragoza y de Teruel, a las comarcas de Alto Palancia y Mijares en Castellón y a zonas del interior de Valencia repoblada por navarros. En aquellas costas levantinas, sin embargo, fue la lengua de los catalanes la que se extendió en boca de repobladores venidos del norte, e incluso llegó al Reino de Murcia. En su recorrido entraba en contacto con otra lengua neolatina, el mozárabe.

No falta quien sostiene que los primeros textos escritos en navarroaragonés los encontramos en las Glosas emilianenses, en el Monasterio de San Millán de la Cogolla. La teoría es contraria a quienes piensan que aquellas palabras son castellano. ¡Estaban aún tan cerca ambos dialectos y están tan lejos de nuestra mirada actual…!

Quienes argumentan esta teoría arguyen que la Rioja no formó parte del reino de Castilla durante el siglo X, época en que se escribieron. Y no fue incorporada hasta el XI. Pero como las fronteras políticas no coinciden con las lingüísticas, la teoría parece no ser muy sólida. Las Glosas emilianenses, ciertamente, muestran evoluciones fonéticas navarroaragonesas como *lueco* (luego), y la forma aragonesa actual del verbo ser, *ye* (por entonces *get*). En el sur y este de Navarra se hablaron, sin embargo, durante la Edad Media, el dialecto latino local y el occitano llegado del otro lado del Pirineo.

El siglo XV marca el inicio del declive del navarroaragonés. Su rival, código más útil por razones histórico-políticas, el castellano. Y pierde espacios en Aragón, Navarra y Castellón. Primero se castellaniza la corte, le siguen las clases urbanas acomodadas, que a su vez son imitadas por las clases populares. La historia no le concederá ninguna posibilidad más de recuperación. Era el inicio de una evanescencia que, digámoslo con rigor, aún no se ha consumado.

20

Cuna y andanzas del gallegoportugués

El latín, soberbio y arrogante, también había desplazado a las frágiles hablas celtas de la región de Galicia. En el siglo III ya existía una provincia romana, la Gaélica, con sus fronteras propias marcadas al norte por el litoral, y al sur por el río Duero. La evolución estuvo condicionada por el aislamiento, por la dificultad para recibir las influencias de Roma. Así que pronto desarrollaron sus propios principios evolutivos.

En el año 411 los suevos se instalaron en la antigua provincia romana y organizaron un estado alrededor de Bracara[12] como capital y Portucale[13] como plaza fuerte.

Los visigodos sucedieron a los suevos en 585 y ejercieron su dominio hasta la llegada de los árabes a principios del siglo VIII.

Las luchas y escaramuzas de la Reconquista contribuyeron a la formación de varios reinos, uno de ellos en el oeste peninsular, Galicia, más estrecho que el primitivo y fronterizo con Asturias. Ambos territorios pronto se acoplaron al reino de León. A finales del siglo VIII ya puede hablarse de dos códigos de comunicación distintos: el latín como lengua alta, y el romance gallego como habla baja.

En su lucha contra los musulmanes, Alfonso VI (1065-1109), rey de León y de Castilla, pidió ayuda al Ducado de Borgoña, importante estado de la Europa medieval con capital en Dijon que fue independiente entre el año 880 y 1482. Y Roberto I, el duque, le envió a su propio hijo, que fue conocido como Enrique de Borgoña, valeroso guerrero en sus luchas contra los musulmanes. Y como prestó gran servicio a la Reconquista, el rey leonés, en agradecimiento y recompensa, le concedió el Condado Portucalense, que se extendía entre los ríos Miño y Mondego y que se había formado hacia 1095. El borgoñés, tan bien avenido con el monarca, contrajo matrimonio con una hija natural del propio Alfonso VI, Teresa de León. Su otra hija, ésta legítima, doña Urraca, sucedería a su padre como reina castellanoleonesa.

El hijo de Enrique de Borgoña y Teresa de León, Alfonso Enríquez, dedicado también, como su padre, a la lucha contra los invasores, y esta vez fiel continuador, salió victorioso en una gloriosa batalla, la de Ourique, contra un potente ejército del Imperio almorávide. Sus tropas, entusiasmadas, lo aclamaron rey de Portugal. Corría el año 1139. El reconocimiento llegó más tarde, en 1143, cuando el rey castellanoleonés Alfonso VII necesitó, para proclamarse emperador, tener otros reyes como vasallos. El valiente guerrero hijo de borgoñés y leonesa fue ungido rey de Portugal por el arzobispo de Braga con el nombre de Alfonso I. Y como a lo largo de cuarenta años de batallas contra los infieles duplicó la herencia territorial, se ganó merecidamente la monarquía y pasó a la historia como El Conquistador. La corte se trasladó hacia el sur: Coimbra, Santarem, y finalmente Lisboa, porque los portugueses dieron fin al trazado de su nación con su llegada a los límites marinos mucho antes que los castellanos. En 1249 el quinto rey de Portugal, Alfonso III de Borgoña, tomó la ciudad de Faro dos siglos antes de la caída de Granada. Por entonces gallego y portugués aún son la misma lengua y gozan de literatura floreciente. Y sus suertes y funciones literarias han de correr paralelos hasta finales del siglo XV.

Desde el establecimiento del reino de Portugal las relaciones con los hermanos del norte quedan prácticamente rotas porque Galicia corre la suerte política castellano-leonesa. La lengua gallega en boca de los portugueses entra en contacto con las poblaciones mozárabes que va sometiendo y evoluciona de manera distinta. En su trayectoria independiente, audaz y viajera, el portugués ha de convertirse en lengua internacional; el gallego, sin embargo, ha de recluirse en una más modesta fortuna condicionado por el castellano. Son los azares locos de la historia.

Los primeros textos escritos en gallego datan del año 1227. En poco tiempo, tras un proceso de generalización en la vida diaria y consecuentemente en la administración, se convierte el romance de Galicia en lengua normal de comunicación en todas las capas sociales, y muy pronto en lengua de cultura. Martín Codax, poeta de Vigo, Arias Nunes, clérigo y trovador, y el coruñés Alfonso Eanes escriben en gallego poemas o cantigas, dedicadas al amor, a la amistad o a la maledicencia. Tan dulce y evolucionada resulta aquella lengua, seductora, sabia y coqueta que consigue que se acerquen a ella los instruidos de toda la península. Hasta el rey de Castilla Alfonso X el Sabio, instigador y propulsor del castellano, escribió su obra personal en gallego porque por entonces, como casi siempre, los asuntos de las lenguas se trataban sin remilgos. También el rey Don Dionis (1279-1325),

sexto rey de Portugal, escribió en la lengua del norte, en gallego, que vivía su periodo de gloria. Todavía en el siglo XV trovadores que tienen al castellano como lengua principal, pongamos como ejemplo al poeta palentino Gómez Manrique (1412-1490), siguen empleando el gallego como código literario. Podemos decir que era para la península, excepto Cataluña, lo que el provenzal a las cortes francesas e italianas. Aquella poesía gallega medieval, recopilada en cancioneros, es aún estudiada como uno de los grandes logros literarios. Pero pronto sería desplazado por la lengua vecina, el castellano, que se introdujo primero a través de la iglesia, después tocó airosa a las puertas de las altas capas de la sociedad, y luego irá ganando adeptos como lengua de cultura.

¿Y con qué características lingüísticas se vistió el gallego?

En cuanto a las vocales, redujo a siete las diez latinas, al menos en posición tónica. Luego el portugués las amplió a doce, muchas de ellas con una pronunciación nasal. La *e* y *o* breves latinas se mantuvieron abiertas y no diptongaron como en castellano. Así los gallegos dicen *pedra* y no *piedra*, y también *porta* y no *puerta*. También prefieren las vocales cerradas (i, u) y tienden a cerrar las abiertas (a, e, o).

En cuanto a las consonantes, conserva la *f*-, *g*- y *j*- iniciales latinas, que se pierden en castellano. Por eso dicen *folla* y no *hoja*, ambas procedentes del latín *foliam*; y también *xaneiro* y no *enero*, procedentes del latín *januarium*. Dos características muy propias son la pérdida de la -*n*- intervocálica y la palatalización de los grupos consonánticos latinos *pl*, *cl*, *fl*. Sirvan de ejemplos para la primera tendencia la transformación de *luna* en *lua* y *solum* en *so*, en vez del castellano *luna* y *solo*; también el portugués *cor* (color) y *coroa* (corona). Y para la segunda, *chuvia*, del latín *pluvia*, que es *lluvia* en castellano. El sistema articulatorio gallego no desarrolla la *s* sonora sibilante que caracteriza al portugués en palabras como *jamais*, en las que el encadenamiento hablado sonoriza la *s* final de las palabras cuando aparecen en posición intervocálica. Sí tiene el gallego, como el español, la interdental θ (za, ce, ci, zo, zu) y la africada *ch*, que suena como la española en *chulo*. También utiliza la prepalatal fricativa sorda, que se escribe *x*, y que se pronuncia como la *ch* andaluza de *muchacho* o la francesa de *chambre* o la inglesa (*sh*) de *ship*. Cuando vemos escrito en gallego una *nh* se pronuncia *n*, pero retrasada al velo del paladar. No debe confundirse con la *nh* o *lh* portuguesa, que se corresponde con la *ñ* y *ll* castellanas respectivamente.

Cuando la lengua del norte inició su andadura hacia el sur en boca de los hermanos portugueses, los finales de palabra en -*on* se empiezan a pronunciar

-*ao*, con nasalidad; y la primera persona de los pretéritos fuertes que termina en -*n* la truecan en -e (*hoube/houben*); y la tercera, en -*o*, la mudan a -*e*: (*dixo/disse*).

Tampoco se trasladó al portugués todo el léxico gallego. Mientras el castellano se introdujo en Galicia y sirvió de fuente y despensa a sus hablantes, el portugués, distante y bizarro con sus vecinos, se mostró permeable a los galicismos. Si el parentesco gallegoportugués es muy estrecho, se distancian, sin embargo, en las distintas soluciones a la articulación de algunos sonidos. En este sentido, qué paradoja, el español está más cerca del gallego o de la versión de Brasil, el brasileño o brasilero.

21

La lengua catalana y Raimundo Lulio

Hacia los siglos X y XI la lengua catalana ya estaba formada, dotada de rasgos propios y suficientemente distanciados del latín como para constituir un código independiente. Cuando el Reino de Aragón y el Condado de Cataluña se unen en 1137 el catalán se convierte en lengua de la administración, y lo será en los siglos venideros hasta el XV.

El texto más antiguo por ahora conocido es la traducción de un pequeño fragmento del *Liber iudiciorum*, código de leyes visigótico de la segunda mitad del siglo XII; y el primero conservado, escrito originalmente en catalán, lo encontramos en la literatura religiosa: *Les Homilies d'Organyà*, de finales del siglo XII o tal vez de principios del XIII.

En sus orígenes, la lengua usada en Cataluña para la poesía lírica fue el provenzal, y a nadie le pareció un uso espurio porque eso es lo que suele acaecer, que la libertad inspire la elección sin que nadie se moleste. Otra cosa es que posturas anárquicas y confusas, que siempre han existido espíritus torcidos, pretendan cambiar el curso de la historia con estrafalarias, borrosas y ambiguas ideas contrarias a la naturaleza de las cosas y los hechos. Que hablantes de una lengua escribieran en otra distinta a la materna no ha sido durante la historia la excepción, sino la norma.

Durante el siglo XIII el catalán es la lengua normal y habitual de Cataluña. Se usa en abundante documentación escrita, en textos jurídicos, religiosos e históricos, y también filosóficos y literarios. Por entonces, un grupo de piratas que tenían su refugio en Mallorca saqueaban con tanta facilidad las costas catalanas, y con tan grave perjuicio para los comerciantes, que llegaron a ser una verdadera amenaza para los recursos. Los afectados pidieron ayuda a Jaime I de Aragón para que redujera y anulara a los inhóspitos corsarios. El rey aceptó, organizó un ejército y la isla fue conquistada en 1229. Pronto se encargaron de la repoblación. Mallorca era por entonces punto de encuentro de musulmanes, cristianos y judíos; y el árabe, probablemente lengua

principal, fue desplazado por el catalán, que llegaba a las islas en las mismas condiciones que tantas otras lenguas, es decir, en los estandartes y pendones de los ejércitos.

Repobladores catalanohablantes ocuparon la isla, y en el seno de una de aquellas familias, sin duda acomodada, nació el escritor que había de despertar a las letras catalanas, Ramon Llull (1233-1315), Raimundo Lulio en castellano. Hombre de enormes capacidades, talento universal, filósofo, teólogo, poeta, cabalista, alquimista, divulgador científico, monje y misionero que utiliza su lengua principal en su inmensa obra como instrumento normal de comunicación. Y marcó las pautas, el estilo de una lengua hasta entonces abandonada por el uso cultural. Lulio es considerado como el más importante modelador del catalán literario y uno de los primeros en servirse de una lengua heredera del latín para tratar asuntos filosóficos y científicos. Cuando contaba el sabio unos treinta años se convirtió al cristianismo, vendió su patrimonio y se sintió llamado por Dios para predicar su doctrina. Aprendió árabe sirviéndose de un esclavo moro, se retiró a modo de ermitaño y se refugió después en el monasterio cisterciense de La Real. Allí recibió su formación en latín, gramática y filosofía. Luego se dedicó a viajar, evangelizar y escribir en una vida apasionada y turbulenta, repleta de azares y misterios. Rompió con la tradición lingüística, tan favorable al uso del latín y del provenzal en textos filosóficos o literarios, e impulsó la normalización de la lengua catalana, algo comparable a lo que, por la misma época hacía con el castellano el rey sabio Alfonso X rodeado de un amplio grupo de colaboradores. Se conservan doscientos cuarenta y seis libros auténticos, sobre todo en su lengua materna, el catalán, pero también en latín y en árabe. Para su obra poética también eligió el provenzal, sin que nadie se extrañara, porque era lengua sutil y elegante, la más ajustada a las necesidades de los versos. Lulio en solitario colocó a la evolución del latín en Cataluña a una altura envidiable, y fue una suerte que así lo hiciera y que dejara en ella un sutilísimo buen gusto y una inteligencia excepcional, original y sugestivamente caprichosa. La difusión de sus libros fijó los patrones del catalán literario, el que pronto ha de ser reglamentado por la Cancillería Real.

En el siglo XIV la lengua alcanza su más grande expansión política y geográfica. Su nivel de acercamiento y uso se corresponde con el de una de las lenguas neolatinas más extendidas y difundidas. Por aquella época ensancha sus dominios, en la medida en que engulle al mozárabe, con la conquista de los reinos de Valencia y Murcia, y también, en pugna con otras lenguas italianas neolatinas, en Sicilia, Cerdeña y Nápoles, y llega a Atenas y

al ducado de Neopatria, en Grecia, en la región de Tesalia, pero con mucha menos fuerza. El catalán se instaló, aunque de forma desigual, en cinco estados del Mediterráneo donde gobernaron dinastías catalanas. La prosa de estos siglos se viste de gala con una característica única, su alto grado de uniformidad. Por entonces el barcelonés Bernat Metge (1340?-1413), autor de *Lo somni* (*El sueño*), de estilo tan cabal y recto como elegante y claro, introduce el renacimiento en las letras catalanas.

22

Expansión del catalán: el valenciano

El catalán, que ya ocupa Valencia, se engrandece como vehículo de transmisión cultural y vive su siglo de oro literario a lo largo del XV.

Tres grandes poetas valencianos se atribuyen el despegue: Roís de Corella (1435-1497), también autor de una amplia obra en prosa; Jaume Roig (?-1478) padre de *Espill* (*El espejo*), igualmente conocido como *El Llibre de les dones* (*El libro de las mujeres*), en versos de cuatro sílabas; y el auténtico forjador de la poesía catalano-valenciana, o sólo valenciana como reivindican otros, Ausiàs March, que compone ciento veintiocho bellísimos poemas, unos filosóficos, cultos y concisos, y otros populares de tono desenvuelto.

Y esta época de gloria culmina con uno de los grandes textos de la literatura ya no sólo hispánica, sino universal, *Tirant lo Blanc* (*Tirante el Blanco*), escrita por el valenciano Joanot Martorell y publicada en 1490. Cervantes la elogia en el capítulo VI de la primera parte de *El Quijote* y pone en boca de uno de sus personajes el siguiente comentario: «Dígoos verdad, señor compadre, que, por su estilo, es éste el mejor libro del mundo.» Y parece evidente que Cervantes captó el humor y buen decir del *Tirant* y supo teñir sus páginas de detalles de la vida diaria y otros aspectos prosaicos, no sin maledicencia, inspirado en los esquemas de la novela valenciana. Propio de este libro, e infrecuente en otros, es la dimensión sensual del amor, erótica a veces, y no platónica como era habitual para tantos otros caballeros literarios. Dice textualmente el autor en el prólogo: «… xia me atreuire ecpondre: no solament de lengua anglesa en portoguesa. Mas encara de portoguesa en vulgar valenciana: perço que la nacio don yo so natural sen puga alegrar e molt aiudar per los tants y tan insignes actes…» Y en el «Deo Gracias» de la misma obra, Martí Johan de Galba dice: «… lo qual fo traduit de Angles en lengua portoguesa. E apres en vulgar lengua valenciana, per lo magnifich e virtuos caualler mossen Johanot Martorell.» Pero eso, mirémoslo con calma, es un mal menor. Lo grande es que *Tirante el Blanco* es una

novela de caballerías, la primera del ámbito peninsular, que narra los amores y desamores de Tirante, afamado caballero que participa en competiciones caballerescas en Inglaterra, que vive luego en Francia y que lleva a cabo heroicas acciones para salvar Bizancio de los turcos. Y cuando va a casarse con la princesa Carmelina, heredera del Imperio, una infección respiratoria lo lleva a la tumba.

Francés, provenzal, catalán y castellano forman una continuidad de lenguas latinas con características gramaticales y léxicas muy cercanas. En catalán la *e* y *o* latinas, breves y tónicas que diptongan en castellano, no lo hacen: el latín *petram* evolucionó a *pedra* (piedra), y *mortem* a *mort* (muerte). También distingue la abertura de ambas vocales: *Deu* significa *Dios*, y *déu*, diez. El acento agudo se usa para señalar las cerradas, y el grave para las abiertas. Algunas vocales como la *a* y la *o* tienden a pronunciarse más cerradas, *e* y *u* respectivamente en posiciones átonas. Parte del dominio distingue entre *b* oclusiva y *v* labiodental, y también entre la *s* sorda y sonora cuando es intervocálica, como en francés. La *c* tiene valor de *s* ante *e*, *i*; y la *ç* corresponde a la *s* francesa. Por todos estos rasgos fónicos la lengua catalana, al oído, se parece al provenzal o al francés, tal vez más que al castellano.

Al lingüista le gustaría dar un nombre único a cada una de las lenguas, que son muchas y variadas y difíciles de denominar. En el caso que nos atañe estamos, visto de manera histórica, ante una lengua indoeuropea de la familia románica hablada en las actuales regiones autonómicas de Cataluña, Valencia y Baleares, en el Rosellón (Francia), en Andorra y en la ciudad de Alguer (Italia). Pero, aun conscientes de la unidad, es llamada valenciano también de manera oficial, y habría que añadir que los hablantes de las islas Baleares se muestran a veces interesados en llamar a sus códigos de comunicación mallorquín, menorquín e ibicenco, con la intención de señalar sus peculiaridades. Para la variedad francesa puede usarse rosellonés, y en Italia, alguerés. La cuestión son las fronteras políticas, tan ajenas a la voluntad de los hablantes. Y a ver qué pueblo acepta la denominación lingüística de sus vecinos para dar nombre a su lengua propia y principal. A las lenguas no las bautiza nadie, pero tampoco se resignan a prescindir de nombre. El país o la región que las acoge suele prestárselo, y eso sucedió con el español cuando el castellano fue la lengua de toda la península, y también con el italiano cuando el toscano pasó a ser la lengua de toda Italia. En otros casos, en condiciones más sutiles, los hablantes no tienen esa necesidad. Ni Austria ni Suiza desean llamar austríaco o suizo al alemán que en esos países se habla. Pero son muchas las regiones del mundo en el que las fronteras políticas duplican los

nombres de las lenguas. El hindi es llamado urdu en Pakistán; el serbio, el croata y el bosnio son también la misma lengua; las diferencias entre el portugués y el gallego, en el oeste peninsular, son mucho menores que las que alejan a algunos dialectos del hindi, pero la historia ha separado a las hermanas con un frontera, y unos y otros aceptan con naturalidad la divergencia. Los tres casos, pero especialmente el del oeste peninsular, pueden servir de ejemplo para las fronteras del este. No son sino los condicionamientos de la fuerza de la historia y sus antojadizas costumbres.

23

Una crónica anunciada: el mozárabe

El latín en boca de los hispano-godos que habitaban los dominios ocupados por los árabes, que en los dos siglos que sucedieron a la invasión fue la lengua más hablada, evolucionó y se transformó en mozárabe. La palabra árabe *musta'rib* significa *arabizado*. Si la reconquista no hubiera tenido éxito, o si se detiene a mitad de su recorrido, el mozárabe podría haberse convertido, por qué no, en una lengua moderna. Pero los destinos fueron otros.

Desde la península Arábica, el árabe, armado hasta las cejas en su camino expansionista, llegó primero a Egipto, donde engulló a la mágica y gloriosa lengua de las pirámides, y no tuvo dificultades en borrar, con fuerza tan espiritual como corpórea, toda traza de griego y de latín. Los hablantes de lenguas bereberes del norte de África no perdieron su lengua, pero sí se vieron pronto condicionados por el bilingüismo. Y cuando cruzan el estrecho de Gibraltar se encuentran con el latín tardío, que evoluciona de manera distinta a la de otras lenguas del norte peninsular. Los cambios, las alteraciones, los usos, las formas, la praxis y la vida diaria son situaciones tan dependientes del orden social que las lenguas, hábiles instrumentos, se ponen, sumisas y maleables, al servicio de las veredas y recovecos por donde transcurre la historia. Pero volvamos a lo nuestro. De aquella lengua que hubiera podido ser y no fue, el mozárabe, sabemos muy poco porque no hay documentos escritos. Como tantas otras, se mantuvo ágrafa, aunque muchos de los préstamos árabes que aparecen en español, en portugués o incluso en sefardí, lo son a través del mozárabe: alimentos tan frecuentes como el *arroz* o la *alcachofa*, enclaves territoriales como la *aldea*, y cargos municipales como el de *alcalde*, o militares como el de *almirante* nos llegaron a través del mozárabe. Y podríamos no saber nada más de aquella lengua iletrada si no fuera porque en el año 1851 fueron descubiertas unas pequeñas estrofas insertas en la poesía hebrea desarrollada en España durante la Edad Media.

Utilizaban aquellos versos la escritura hebrea. Un siglo después parecidos procedimientos aparecieron en la poesía árabe, también en forma de estrofas insertadas en poemas más largos llamados moaxajas[14]. Y fueron inmediatamente considerados como los más antiguos textos peninsulares en literatura romance porque la lengua que escondían aquellos caracteres tan impropios para las lenguas latinas no era sino el mozárabe.

Tanto el alfabeto hebreo como el árabe, ambos inspirados en aquella importante lengua vehicular que fue el arameo, se muestran, como hemos dicho, reacios a reflejar por escrito las vocales. Y como el mozárabe disponía de muchas más que las lenguas semíticas, hoy tenemos que reponerlas con sentido intuitivo, no siempre aceptado por quienes lo cotejan, en busca del término que quiso representar. Los criterios de interpretación difieren, pero he aquí la posible lengua mozárabe en una de aquellas estrofas llamadas jarchas:

Mio sîdî Ibrâhîm,
¡yâ tú uemme dolge!
fente mib de nohte.
In non, si non keris,
irey-me tib,
gari-me a ob legar-te[15].

Que los territorios ocupados por los árabes desarrollaran un dialecto distinto a los del norte es algo razonable, y que esas hablas estuvieran más influidas por el árabe, también. Lo tradicional en las civilizaciones no es imponer la lengua, sino dejar libres a los hablantes para su elección. Y los musulmanes, tan exigentes con la imposición religiosa, nunca lo fueron con otras costumbres porque hasta el siglo XX no despertaron las voluntades de lucha en las conciencias lingüísticas.

Mozárabe y árabe, lenguas románica y semítica respectivamente, fueron desapareciendo a medida que avanzaba la reconquista. Bilingües debieron de ser los hablantes de aquellos dominios donde el árabe fue la lengua oral de los dirigentes y la escrita de todos, el mozárabe la oral del pueblo. Lo milagroso es que el reino islámico de Granada, último reducto, lograra perdurar dos siglos y medio respetado por los vecinos del norte. Contribuyeron a la pacífica estabilidad las relaciones comerciales con el resto de Europa. Los dirigentes árabes granadinos, en cualquier caso, fueron capaces de impulsar la industria y la artesanía, y de aprovechar racionalmente los recursos agrícolas, y de activar el comercio con los países mediterráneos, fueran o no musulmanes. La diplomacia granadina, rica en estrategias, tenía la virtud de

mantener el equilibrio y aplacar a los castellanos con buenas palabras y gestos, pero también con un importante tributo en oro procedente de Sudán. Pero cuando los portugueses desviaron la ruta del oro hacia Lisboa, los castellanos, faltos de motivación, se decidieron a dar por finalizada la reconquista, y con ello sellar la muerte del mozárabe. El rey Fernando, hábil político, planeó la ocupación. Primero fomentó las rencillas internas, después apoyó a la parte más débil frente a la poderosa, y luego prendió la chispa que había de encender la hoguera que acabó por reducir a cenizas al mozárabe. Ignoramos durante cuánto tiempo se prolongaría en boca de quienes tuvieran a bien mantenerlo.

Las lenguas mueren cuando desaparece su penúltimo hablante. El solitario último locutor se encuentra de repente sin tener a quien dirigirse. La otra posibilidad es que dejan de ser lo que fueron cuando se escinde en dos, o en más, y unos y otros empiezan a tener dificultades para entenderse. Al mozárabe le tocó la primera muerte mucho después de reconquistada Granada. Por entonces no había derechos constitucionales, ni estados autonómicos, ni institutos de lenguas. Ni siquiera se habían inventado aún las hermanitas de la caridad que tanto bien llegaron a hacer por los desamparados.

Y como en boca de los moriscos o hispanos que habían vivido en territorio árabe la lengua tuvo cierta continuidad hasta avanzado el siglo XVI, buena parte de la toponimia de la provincia de Zaragoza y Teruel se mantuvo mozárabe, incluidos los nombres de las dos ciudades. Quienes se incorporaban a los hábitos y costumbres de los conquistadores intercambiaron el léxico de las instituciones, y también el de los objetos y otros conceptos de la vida diaria de los musulmanes. Parece evidente que las hablas mozárabes, como corresponde a una lengua sin control, fueron diversas y que las diferencias con el portugués, catalán o castellano, que son las que se fueron integrando en los territorios conquistados, no gozaban aún de estabilidad normalizada. Se atribuye a la influencia mozárabe las diferencias entre el valenciano y balear respecto al catalán, y del portugués con el gallego, y del castellano de Murcia o de Andalucía con el de Castilla. Y eso es lo que queda vivo de aquella lengua, algunas marcas y signos que dan fe, al menos, de que existió, que de otras ni siquiera sabemos el nombre.

24

El fin justifica los medios

En el año 1469, en la mañana del 19 de octubre, una princesa castellana que contaba dieciocho años contrajo matrimonio en Valladolid con un joven aragonés, también príncipe, un año menor que ella. Los contrayentes se habían conocido cuatro días antes de la ceremonia. El novio había llegado disfrazado de criado y, para no ser descubierto, servía la cena en las ventas donde pernoctaban a sus fingidos amos que no eran sino su escolta personal. La princesa vulneraba una estricta norma de la casa real según la cual no podía contraer matrimonio sin permiso del rey Enrique IV, su hermano. Tampoco contaban con la necesaria dispensa papal que eximía a los contrayentes de su parentesco, primos segundos dentro de la familia de los Trastámara. Recordaremos que los aragoneses, muerto el rey Martín, habían buscado y obtenido continuidad monárquica en la dinastía castellana. Exhibieron, eso sí, una dispensa papal que autorizaba el enlace, pero tan artificiosa como la falsa moneda.

Isabel se había propuesto reinar y lo consiguió, aunque por delante de ella en el orden sucesorio estuviera su otro medio hermano, Alfonso, que murió oportunamente, y su sobrina Juana, que fue, también a tiempo, declarada ilegítima. El rey Enrique IV nunca despertó grandes simpatías. Cuentan sus biógrafos que se mostraba vehemente y apasionado, y tan capaz con mujeres de honrada reputación como con las menos acreditadas, y también activo, según se insiste, con su escolta mora. Sin embargo, pasó a la historia como el Impotente porque no le importó admitir que su hija Juana había nacido como fruto de las relaciones adúlteras de su real esposa y don Beltrán de la Cueva. Y aunque parece que aquellos turbios romances y pillerías tienen poco que ver en la historia de las lenguas, resultó decisivo que Juana, apodada la Beltraneja, quedara apartada de la línea sucesoria.

Verá así el lector suspicaz y receloso que las fronteras, los gobiernos, las glorias y los fracasos penden de hechos de aparente insignificancia, de

decisiones inconsistentes, de pasos tan azarosos como imprevisibles. ¿Y quién había detrás de aquellas intrigas palaciegas y mundanas? Ni más ni menos que, como siempre, un gran poder oculto: el propio padre del novio, Juan II de Aragón, que necesitaba la alianza con Castilla por los motivos de siempre, para robustecer el poder en su contencioso con los molestos e inoportunos franceses, que ya se habían adueñado de los condados catalanes de Cerdeña y Rosellón, tomado Gerona y, mira por dónde, resultó que estaban particularmente interesados por el atractivo reino de Nápoles, y eso ya no sabía cómo resolverlo. Sería muy fácil decir que la lengua de Castilla invadió el dominio aragonés invitada por los propios aragoneses y catalanes. Parece ahora oportuno recordar que también cuenta la historia que la lengua inglesa llegó a Bretaña invitada por los celtas britones en defensa de la invasión de los vecinos irlandeses, también celtas.

La otra peripecia deseada por el falso impotente hubiera sido casar a su hermana con el rey de Portugal, pero no sabemos lo que habría sido de las lenguas con aquella unión política también interesada. Tal vez podríamos aventurar que, salvo otro extravagante contratiempo, el castellano no se habría instalado en Cataluña. ¿Cómo contaríamos la historia si la rubia princesa castellana se hubiera casado con el portugués? No lo sabemos. El hecho es que no fue así. Y una vez que aquel príncipe fue rey de Aragón, territorio que se extendía por Cataluña y las islas Baleares, y una vez reina la heredera de Castilla, territorio que se extendía también por León y Galicia, se hicieron cargo, por igual, de un amplio e inesperado dominio.

En aquel nuevo estado común, donde la palabra España empieza a encontrar acomodo, convivían seis lenguas. El gallego, cultivado por poetas y hablado vivamente por el pueblo; el leonés o asturleonés, confundido con sus lenguas vecinas pero con identidad propia; el castellano, lengua materna de la reina Isabel; el aragonés, tan influido, ya por entonces, por el castellano; el catalán, que tiene sus propias raíces, su difusión escrita y literaria, y cuyos hablantes no sentían necesidad alguna de acercarse a la lengua en ascenso político y social, ni nadie se lo pide; y el vasco, que, carente de textos escritos, aún no ha entrado en la historia.



SITUACIÓN LINGÜÍSTICA DE ESPAÑA A FINALES DEL SIGLO XIV

La unión religiosa, pero clandestina, fue la primera de una larga y afortunada serie de acontecimientos, bastante continuados, que realzaron al castellano hacia la condición de lengua internacional. ¿Y qué había sucedido en 1469? Pues sencillamente una conspiración, otra vez un acto de rebeldía, de desafío de los poderes establecidos, una nueva insubordinación de la nobleza, como aquella del conde Fernán González. Pero cuando las revoluciones triunfan no se buscan culpables. La contrariedad aflora cuando fracasan. A estas alturas no será necesario recordar que los historiadores justifican a quienes vencen. La fortuna se pone unas veces a favor de los gobiernos, y otras la adversidad. Sus católicas majestades tuvieron más de la primera y vivieron acontecimientos que iban a contribuir a una época de desarrollo político, militar, económico y cultural que había de contribuir, al mismo tiempo, a la expansión de la lengua más útil de la unión de reinos.

El infortunado Enrique IV habría deseado casar a su hermana con el rey de Portugal. No sabemos, pero sospechamos, que en ese caso la lengua portuguesa podría haberse impuesto como lengua principal del occidente peninsular, y el catalán se habría afianzado en el este. Lo que no sabemos es

si habría sido posteriormente alterada por cualquier inesperado roce de la convivencia.

Tanto la reina de Castilla como el monarca aragonés fueron ambiciosos y pragmáticos. Consiguieron someter a la nobleza castellana, que era lo mismo que suprimir a las milicias particulares. Ya no habría más que un ejército que iba a ser controlado por la Corona. En Aragón las costumbres e instituciones medievales pesaban mucho más y no fue posible asimilarlas. Lo que sí consiguieron fue la modernización, la unificación y los cimientos de un estado. A pesar del poder centralizado que ejercieron, se suelen ponderar sus excelencias, mientras los historiadores suelen olvidar, sin escrúpulos, sus torpezas. Suprimieron el patrimonio y también los ejércitos privados de las órdenes de caballería, nacionalizaron la Iglesia para que coincidiera con el Estado, que es lo que había hecho, tiempo atrás, el emperador Constantino, y los altos cargos eclesiásticos sólo fueron concedidos si eran merecidos por los nobles. El instrumento de todos aquellos cambios debía ser único, y única fue también la lengua que pusieron a su servicio y que podría haber sido cualquiera con la condición de que fuera una, que nunca los imperios fueron capaces de entenderse con dos códigos de comunicación. ¿Puede el fin justificar los medios? El ejército griego vencedor de los persas, fenicios y egipcios fue aclamado por sus heroicas gestas, fuera o no absoluto el poder de Alejandro; y el general y escritor Julio César, integrador de las Galias, es hoy reconocido y admirado como estratega militar más que como exterminador de la civilización celta. ¿Habría que devolverle hoy el poder a persas y celtas después de tan duras agresiones?

Desde tiempos remotos las naciones han querido ser grandes, dilatadas y poderosas. Y los magnos estados han tenido una lengua ambicionada por las gentes con la misma naturalidad que un transportista prefiere el camión a la tartana. El chino mandarín, lengua de los gobernantes pekineses, extendió sus redes y su estilo por todo el Oriente, y no sólo los chinos lo ambicionaron, también japoneses, vietnamitas, coreanos y otros muchos pueblos del este asiático se nutrieron y nutren en la lengua china, y toman préstamos de sus grandiosos fondos. La lengua rusa extendió sus tentáculos por Asia y Europa gracias a su espíritu expansionista, y acompañada, naturalmente, de un potente ejército. El moderno inglés, sin que nadie lo imponga ni prohíba, ha inundado los cinco continentes como si fuera derramada fuente de inmenso manantial, del que todos quieren beber. Y el mundo no anglófono se siente tan feliz como orgulloso cuando puede usar el inglés, o decir que lo conoce, porque añade un inmenso bien a su currículo, y otras veces también a la

facilidad comunicativa. Los movimientos y ajustes de las lenguas son el resultado de cambios sociales secundados por una elección personal que muchas veces, aunque no siempre, son resultado de un cambio político.

25

De la lengua de Castilla a la de España

Los Reyes Católicos, ricos en éxitos, desearon que sus herederos prolongaran, para el bien de España y a favor de la unidad, y porque todo humano desea perpetuar su paso por el mundo, la política matrimonial que los había unido. La reina Isabel murió en 1504, y Fernando doce años después. Y como el rey viudo intuyó que el reino parecía caer en manos de su yerno austríaco Felipe, se apresuró, también para cambiar el destino, a casarse con una princesa francesa, Germana de Foix. Pero los hados, esta vez, no parecían estar a su favor, y no tanto por su torpeza como por los reveses de la caprichosa fortuna. ¿Quién iba a prever que sus dos primeros herederos murieran sin descendencia? Pero la reina y él, y sus políticas, habían colocado al reino bicefálico en lugar tan alto, y con tan sólidos fundamentos, que quedaba allanado el camino que había de conducir a una nación renovada, España, a convertirse en la primera potencia mundial y a perpetuarse a lo largo de los siglos.

Parecían necesarios los matrimonios de conveniencia política. El objetivo, protegerse mejor de molestos vecinos. Y no le faltaron hijos a la real pareja castellano-aragonesa para aplicar su estrategia de unión, pues tuvieron ocho. Muertos los dos primeros, la herencia recayó en la tercera, Juana, nombre biensonante para los monarcas que vuelve a repetirse. Unida en matrimonio al príncipe alemán que le habían asignado, Felipe el Hermoso, se enamoró locamente. Y él, según parece, mucho menos. Y cuando todo parecía augurar que España iba a ser gobernada por un extranjero, el legítimo rey murió repentinamente. La reina viuda proyectó su tristeza a tal extremo, dejó ver tan abiertamente sus quejas, que primero unos pocos y luego muchos empezaron a considerarla loca. Y las cortes del reino acordaron, nunca sabremos si con razón o sin ella, suspender su derecho a la corona. Vivió recluida hasta su muerte y fue recordada por las tristes extravagancias en el largo duelo a su marido. Su hijo Carlos, el primero de España, asumió la continuidad.

El emperador Carlos V tenía al francés, por raro que parezca, como lengua principal. A su llegada a España, con diecisiete años se sirvió de intérpretes, pero pronto se hizo con la lengua de Toledo porque las edades tiernas son esponjas para el aprendizaje. Diez años después hubiera sido mucho más difícil aprenderlo. Y aunque era diestro en el uso del latín, el toscano y el tedesco (estos últimos llamados hoy italiano y alemán), eligió, para mejor hacerse entender, el castellano. Aquella natural propensión no impedía que otras lenguas como el portugués, en boca de la emperatriz Isabel, fueran frecuentes en la corte. En aquella encrucijada de lenguas nuca hubo más voluntad que dejar que corrieran como los manantiales, por sus naturales cauces. Y el cauce natural, sin necesidad de elección o de imposición, fue el que mejor podía contribuir a los intereses del Imperio. Nada nuevo. El mismo camino había seguido el latín y había de seguir, siglos después, el inglés. Hubiera podido ser el catalán o el gallego si el recorrido se hubiera sometido a otros repartos del poder, o el osco o el umbro, o el alemán o el holandés, pero le tocó al castellano.

Y el español alcanzó por entonces un prestigio muy parecido al que hoy se atribuye al inglés. La anécdota, tantas veces comentada para señalar el despegue, es bien conocida. El emperador Carlos V, que tal vez no era tan diestro en latín como cuentan los historiadores, eligió el español en un famoso discurso en el que justificaba la política de enemistad con el rey francés, aliado de los turcos. Se dirigía al papa Paulo III, al Consistorio Vaticano y a los embajadores de Venecia y Francia. Y como este último protestó por la elección, le contestó: «Entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana.» Era el 17 de abril de 1536. Por entonces los hablantes de otras lenguas peninsulares habían elegido al español como lengua escrita de la misma manera que la antigüedad eligió el griego y la edad Antigua el latín.

Y si los poetas castellanos de finales del siglo XIV y principios del XV empiezan a utilizar su lengua y no el gallego, para sus composiciones, parecida suerte corren los catalanes. En el cancionero barcelonés de 1486, *Jardinet d'Orats*, compuesto por ochenta y cuatro poesías, veinte están ya en castellano. En *Flor de Enamorados* de 1562, que contiene doscientos setenta y siete, sólo cincuenta y cuatro están en catalán. Y en el certamen celebrado en Barcelona en 1580 participan dieciocho poemas en castellano, cinco en catalán y tres en latín. Y de ahí pasa el catalán a desaparecer en su uso escrito, y en el oral cualquier catalán, valenciano o balear tiene a bien añadir el

español, no ya el castellano, como garantía de un mejor entendimiento plural. En 1569, en un libro didáctico de Giovanni Miranda, publicado en Venecia, llamado *Osservationi della lingua castigliana*, se dice: «divisi en quatri libri: ne quali sinsegna con gran facilita la perfecta lingua spagnuola.» Había sucedido en la progresión el mismo cambio que en Italia, donde el toscano pasó a llamarse italiano. Por entonces las voces extranjeras se acomodaban a los hábitos fónicos de sus hablantes, sobre todo cuando se trataba de grandes lenguas viajeras, así, ciudades como Tübingen o Groningen, son Tubinga y Groninga en boca de los soldados y, a su regreso a España, para los demás.

En lo que a la pronunciación se refiere, durante el siglo XIV el castellano había preparado su futuro al regularizar alguna de sus más importantes vacilaciones y al desechar prejuicios referidos a fenómenos fonéticos dialectales. Redujo a uno los fonemas *b* y *v* medievales; dejó de pronunciar aspiración de la *f-* inicial latina refugiada ortográficamente en la hache, que desde entonces fue muda; se ensordecieron fonemas cercanos a la s como la /dz/ y la /z/, y caminó con paso firme hacia su normalización, hacia principios únicos de referencia, que es lo que hacen las lenguas cuando se disponen a crecer. Con la llegada del Humanismo y el Renacimiento recibió un dorado tinte grecolatino en estructuras, léxico y formas. La *Gramática de la Lengua Castellana* de Antonio de Nebrija, vio la luz, y no debe de ser cosa del azar, en el mismo año de la conquista de Granada y del descubrimiento de América, y constituye el primer estudio detallado de nuestra lengua y uno de los primeros entre las lenguas europeas neolatinas. La doctrina estilística de la época se encierra en la conocida frase de Juan de Valdés (1499-1541): «El estilo que tengo me es natural y sin afectación ninguna escrivo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que sinifiquen bien lo que quiero dezir, y dígolo quanto más llanamente me es possible, porque a mi parecer, en ninguna lengua stá bien el afetación.» Y añadió: «La lengua castellana se habla no solamente por toda Castilla, pero en el reino de Aragón, en el de Murcia con toda Andaluzía, y en Galicia, Asturias y Navarra, y esto aun hasta entre la gente vulgar, porque entre la gente noble tanto bien se habla en todo el resto de Spaña.» Nadie había establecido normas para su escritura, ni leyes para su expansión, ni medios coercitivos para su uso. Aquellas cuestiones por entonces estaban muy lejos de las intenciones políticas.

En la dimensión literaria, el castellano inicia su Siglo de Oro. Poetas como Garcilaso de la Vega, Fernando de Herrera o Fray Luis de León, prosistas como el anónimo autor de *Lazarillo de Tormes* o Teresa de Jesús modelan la lengua combinando palabras, ingeniando expresiones, revelando

nuevos aires, quebrando la pesada osamenta del latinismo sintáctico. Y gallegos, asturianos, leoneses, vascos, aragoneses, catalanes y valencianos tuvieron necesidad de expresarse en castellano, y lo hicieron gustosos, para hacerse comprender entre ellos y con el resto de España, e incluso en una Europa en la que el español fue hasta mediados del siglo XVII la gran lengua de comunicación internacional y ocupó el mismo espacio que después quedó reservado al francés. La nación española se convirtió en el centro de atracción de Europa, su literatura fue respetada e imitada, se admiró el valor caballeresco, el ingenio, la inteligencia, el buen gusto, el estilo elegante, la distinción expresiva y, evidentemente, toda aquella parafernalia se asociaba, con fiel acoplamiento, a una lengua, el español. Pocas han gozado en la historia de la humanidad de tan excepcional galardón.

Desde finales del siglo XVI el término aceptado en los países hispanohablantes para referirse a la lengua común de España es también el de «*español*». Notemos que aún hoy cuando en Hispanoamérica se dice «*castellano*» ya no se piensa que esa lengua se originó en Castilla, sino que se percibe como un sinónimo libre de cualquier brizna de torcida intención. Contaba el lingüista Manuel Alvar una anécdota que apoya el concepto de lengua en lugares de expansión del castellano como Canarias. Y decía que, un campesino que respondía a la pregunta «¿qué lengua habla usted?», respondió con la típica abertura canaria de la vocal final para la formación del plural y el seseo: «Aquí hablamo españó porque el castellano no lo sabemo pronunsiá.»

26

El español sefardí

Las lenguas que inspiraron los libros religiosos más influyentes de la antigüedad fueron semíticas: hebreo para la Biblia, árabe para el Corán, y la tercera, el arameo, dejó menos textos escritos, pero tuvo gran trascendencia oral, hoy lamentablemente esfumada como tantos otros logros del pasado.

Los antiguos judíos fueron nómadas y vivieron del pastoreo. En su peregrinar en busca de acomodo algunas de aquellas tribus se desplazaron hasta la tierra de Canaán, región prometida por Dios, según los creyentes, y situada entre el mar Mediterráneo y el Muerto. Allí se instalaron hacia el año 1750 a.C. El tiempo y las cosas parecían transcurrir por sus cauces, cuando una escasez generalizada de alimentos asoló Canaán hacia 1300 a.C. Muchos hebreos emigraron a Egipto, donde fueron acogidos como pueblo inferior y relegados a la esclavitud. Un guía espiritual, Moisés, lideró la rebelión y los dirigió en su regreso. A su llegada instauran una dinastía monárquica. En 926 a.C. las tribus del norte se rebelan contra el rey Roboam, hijo de Salomón, y el territorio queda dividido en dos: Israel al norte con su capital en Siquem (hoy Nablús) y Judá en el sur con su capital en Jerusalén, luego trasladada a Samaria.

A veces los pueblos descuidan sus defensas a favor del cultivo de sus tradiciones, y como los enemigos, o sencillamente los vecinos, no perdonan, fueron invadidos en el año 722 a.C. por los asirios, hacia 606 a.C. por los babilonios y en el 34 a.C. por los romanos. Y mientras pertenecían al Imperio romano, una rebelión por desavenencias con el poder fue pronto sometida y los obligó, en el año 132, a dar inicio a su segunda y más larga diáspora, esta vez hacia el norte de África, Hispania y los Balcanes, pero también hacia el resto del mundo conocido. Se mantuvieron en comunidades minoritarias, y a veces rechazadas. Una vez instalados en determinados barrios de las ciudades, las juderías, el hebreo dejó de ser lengua de transmisión familiar a favor de la local. Pero pronto, distantes del resto de los ciudadanos, la convivencia en

comunidades más o menos grandes hizo que entre ellos se desarrollaran variedades o dialectos de las lenguas propias de la región. Son algunos ejemplos el judeo-italiano y el judeo-francés que no llegaron a cristalizar, pero también el shuadí o judeo-provenzal, que tomó forma en la ciudad de Aviñón y alrededores, y que desapareció en 1977. Dos de aquellas lenguas arraigaron y duraron, y desarrollaron sus propios usos escritos, y siguen más o menos vivas: el sefardí y el yiddish.

El yiddish es la lengua de los judíos asentados en Europa central y oriental, variedad del alemán. *Yidis, yidish* o *yiddish* es la evolución de *jüdisch-deutsch*, es decir, *judío-alemán*, nacida, como hemos dicho, de forma dialectal y como consecuencia del voluntario aislamiento. Los textos más antiguos datan del siglo XI. Hacia el XIV se extiende, junto con la emigración resultante de las persecuciones religiosas, hacia Europa del Este, especialmente a Hungría, Rumania y Lituania, donde entra en contacto con lenguas eslavas.

El sefardí, por su parte, es el español separado de la evolución y conservado en boca de las generaciones herederas de los judíos expulsados por los Reyes Católicos en 1492, que llamaban a España *Sepharad*, y así dan nombre a la lengua. También se le llamó *judezmo*, es decir, lengua de los judíos. Hay quien erróneamente la llama *ladino*, que es un uso más arcaico, el dado por los rabinos para traducir al castellano los textos bíblicos hebreos. El ladino no tiene dimensión oral, no se habla, y es anterior a la formación del *español sefardí* o *judeo-español*.

Los judíos también fueron expulsados de Francia en dos ocasiones, la primera en 1306 y la segunda en 1349. Al final de aquel mismo siglo, en 1397, también tuvieron que abandonar Alemania. Y en 1496 Portugal. Sus nuevos refugios se emplazaron en los Países Bajos, y de nuevo en los Balcanes y Turquía.

Se calcula que unos ciento cincuenta mil judíos, algunos de ellos médicos, otros comerciantes o banqueros, pero también artesanos y agricultores abandonaron la España de los Reyes Católicos y emigraron hacia el oeste de lo que por entonces era el Imperio turco. Particularmente receptiva se mostró la ciudad turca de Salónica, que antes había sido griega, donde llegaron a ser más de la mitad de la población y construyeron hasta treinta sinagogas. También se apostaron en los Balcanes, en Venecia, Roma, Nápoles y Livorno, y llegaron hasta Siria y Egipto. Llevaban consigo una lengua, el castellano, que había de evolucionar ajena a los cambios peninsulares. Aquel uso pronto se hizo arcaizante y aceptó las influencias de locales. Eso no les impidió

desarrollar una literatura propia, rica en cuentos y leyendas, ni tampoco seguir entendiéndose con el resto de la comunidad hispanohablante.

El número de hablantes de español sefardí se redujo después de las difíciles circunstancias de la Segunda Guerra Mundial. La peculiar e interesante lengua se ha difundido en prensa con alguna publicación en Estambul, donde comparte sus páginas con textos en turco; y también en Sarajevo, acompañando al serbio. Tanto en su uso escrito como oral se encuentra en decadencia. En Israel es sustituido por el moderno hebreo y en otros rincones sufre el natural proceso de absorción por las lenguas de los respectivos dominios. En Ferrara, Italia, apareció, el año 1553, la primera traducción de la Biblia al español sefardí con alfabeto latino. En alguna ocasión ha utilizado, sin reparos, los caracteres hebreos.

27

Dos lenguas viajeras

El país de los portugueses, enfrentado al océano Atlántico, se parece mucho en su forma al de los fenicios tiempo atrás con el mar Mediterráneo en el horizonte. Ambos diseñados en franja, cara a la inmensidad de las aguas. Y eligieron, como era previsible, la ruta marítima, y así evitaban a sus únicos vecinos por tierra. Tal vez por eso Enrique el Navegante (1394-1460), hermano del rey, facilitó y organizó grandes expediciones, aunque no participaba en ellas, que sirvieron para trazar los puntos estratégicos que habían de conducir a los portugueses por el mundo. ¿Cómo iban a sospechar que frente a ellos, pero distante, lo que había era un inmenso continente que separaba los mares de norte a sur? Y allí donde llegaban los barcos, anclaba también la lengua, y se instalaba gustosa en boca de los lugareños.

El azar, tan protagonista en el curso de la historia, quiso que la expedición más fructífera fuera, sin embargo, auspiciada por la Corona de Castilla. Colón había pedido ayuda sin éxito al rey Juan II de Portugal, y también en más de una ocasión se había dirigido a Castilla hasta que la reina Isabel, embriagada por sus éxitos políticos, aceptó facilitarle unas carabelas, «cáscaras de nuez» algo acondicionadas, para tenerlo un rato entretenido por si en efecto, que los designios del altísimo son inescrutables, era capaz de abrir una ruta comercial por el oeste. El trotamundos más famoso de la historia, el marinero sin origen, el aventurero místico llevaba al español en sus barcos. Y cuando los portugueses supieron lo que había sucedido solicitaron alarmados la mediación del papa Alejandro VI, gestor por delegación divina, a juicio de entonces, de los bienes terrestres. El sumo pontífice atendió la solicitud y promulgó en 1493 una bula que dividió los territorios del mundo desconocido o Nuevo Mundo entre Castilla y Portugal. Un año más tarde Juan II, astuto patrón mejor informado que los castellanos, negoció un nuevo reparto con los Reyes Católicos que desplazó de treinta y cinco a cincuenta grados al oeste la

línea de separación de influencias. Era el Tratado de Tordesillas y corría el año 1494.

El 9 de marzo de 1500 una expedición naval que quiere llegar a la India rodeando las costas africanas sale del puerto de Lisboa. Al mando, Pedro Cabral. El 22 de abril divisa, confundido por los vientos, la costa de lo que él piensa que es parte de una isla. La llama Vera Cruz. Para fortuna de la lengua portuguesa se había equivocado. Cabral y sus marineros fueron los primeros europeos que pusieron el pie en Brasil. ¿O tal vez conocía Cabral lo que había de ocurrir? Aquel supuesto error del portugués no les ha parecido a los historiadores totalmente accidental. Parecía natural que, consciente de lo que se avecinaba, hubiera hecho un extraño giro para ver lo que había por allí. Portugal se hizo con la soberanía de aquellas tierras mediante la fehaciente comprobación de su existencia. Y cuando llegaron a su territorio de colonización se encontraron con unos cuantos millones de indígenas organizados en tribus que se repartían nadie sabe cuántas lenguas, ni quedan ya muchas posibilidades de averiguarlo. Aquella formidable zona, noventa veces mayor que Portugal, era tan grande como ingobernable según los protocolos europeos.

El marinero vasco Juan Sebastián Elcano, continuador de Magallanes en su vuelta al mundo (1520-1522), contó que, en efecto, en medio del mar había un territorio desconocido que más valdría aprovechar antes de que otros lo hicieran. Pero ya los europeos se habían dado cuenta de ello sin comprobarlo e iniciado su especial carrera en busca del sospechado botín. Y desde entonces el español viajó a América en boca de conquistadores primero, y después de frailes evangelizadores y aventureros colonizadores. Y hubiera podido llegar a ser la lengua de todo el continente de no haber sacudido las ansias de otros pueblos, o si sencillamente los políticos castellanos hubieran sido más cautelosos y astutos.

Los portugueses llevaban en la sangre la vocación naviera. Y la lengua salió en naves del puerto de Lisboa para esparcirse por el mundo. En su recorrido hacia el este fueron tantas las expediciones y tan cuidadas que llegaron a controlar los mares desde Gibraltar hasta la India. Fundaron, como tiempo atrás los fenicios, una red de eficaces puertos o escalas que proporcionaban diversos grados de servicios para los viajeros. En algunos enclaves la lengua se instaló en amplias franjas de tierra a lo largo de la costa. Los viajes hacia el oeste tuvieron Brasil como destino.

Todos los sectores sociales participaron en la aventura de ultramar. Lisboa se transformó en un verdadero mercado de especias orientales, marfil, perlas,

maderas preciosas, plantas medicinales, animales exóticos, libros de gramática y científicos… La lengua se llena de palabras viajeras procedentes de todo el mundo, muchas de ellas conservadas en el portugués actual. Son términos orientales: *biombo, chá* (te), *chávena* (taza), *bule* (tetera)… y africanas: *banana, cachimbo* (pipa), *candonga* (contrabando), *macaco* (macaco, mono), *sanzala* (pueblo). Los lazos culturales entre Brasil y Portugal se mantuvieron ceñidos en la primera época de la colonización, pero una nueva adaptación lingüística y profundos cambios distancian las formas europeas de las americanas.

Con la publicación de *Las Luisiadas* de Camoens (1524-1580) nace el portugués clásico. Y lo hace en un momento en el que la lengua de moda es el castellano. Por eso ni Camoens ni otros insignes escritores portugueses como Gil Vicente (1470-1537) tuvieron inconveniente en utilizar la lengua vecina como lengua literaria, que venía siendo, y seguirá, una venerada tradición hispánica, pero también una natural tendencia de la libre elección de los hablantes en todos los lugares del mundo y en todas las épocas. Quienes recelan o desprecian a sus paisanos porque usan otra lengua para la comunicación literaria ignoran lo que son las lenguas, lo que han sido y el servicio que prestan a las personas. ¡Qué le vamos a hacer…! Siempre ha habido iletrados, envidiosos y resentidos, feos vicios tan naturales como las virtudes que los complementan.

Y podrían haberse unido definitivamente los destinos de España y Portugal cuando en 1580 formaron un único país. Cabe pensar que el español podría haber entrado de lleno en el dominio del portugués de no haberse producido de nuevo la escisión en 1640. Si imaginamos lo que hubiera podido ser la historia al compararla con lo que ocurrió en otros parajes podríamos decir que los portugueses serían hoy bilingües como lo son gallegos y catalanes, pues otros ejemplos son los hablantes de siciliano con respecto al italiano, los de galés o irlandés con el inglés, y los de tártaro y chuvasio con el ruso. Y la lista podría hacerse interminable.

Quinientos años después de la llegada de los europeos, viven en América más descendientes de los repobladores que de los indígenas. Si a eso añadimos el contingente de esclavos africanos integrados progresivamente en la sociedad hispano-portuguesa, y mucho menos en la inglesa, el resultado es una gran población mestiza en Brasil con una lengua para todos, el portugués; otra menos mixta pero ampliamente confundida en los países de colonización española; y una tercera, más segregada y elitista en los asentamientos ingleses. Pero si en Eurasia y África miles de lenguas confunden a la

población, en el Nuevo Mundo la homogeneidad distribuye muchas menos, tal vez sólo tres si exceptuamos los tímidos intentos de otras. Un ejemplo, y no excluyo lo que todos conocemos sobre colonizaciones y sometimientos, que incita a la reflexión.

28

El vasco inicia su andadura escrita

Una lengua de la que sólo sospechamos que se hablaba cuando llegaron los romanos, aunque otros piensan que se instaló allí más tarde, abandona tímidamente su agrafismo y se pone al servicio de una breve colección de poemas que se imprimen en un libro en Burdeos. Corría el año 1545. El título, para que la gente no se asustara de tan innovadora combinación de letras, figuraba en latín: *linguae vasconum primitiae*[16]; el contenido venía redactado en vasco dialectal de la Baja Navarra, y el autor era mosén Bernat Dechepare, cura párroco de Saint-Michel le Vieux, en la localidad de Eyheralarre. Aquel pueblecito, cercano a Saint-Jean-Pied-de-Port, pertenece hoy al departamento francés de los Pirineos Atlánticos. *Linguae vasconum primitiae* es una colección de quince composiciones populares en verso. Dos de ellas se recrean en el tema religioso, diez en el amoroso, una es autobiográfica y dos, al fin, de alabanza al euskera. Precede al bloque poético un prólogo en prosa. El autor se había tomado la molestia de escribirlo animado por la propuesta de la reciente reforma protestante de Martín Lutero tan favorable de las lenguas vernáculas como huidiza del latín de Roma. Y como al final el protestantismo no llegó a triunfar por aquellos parajes, Dechepare recuperó el sendero y regresó al cristianismo. Desde entonces, sin embargo, abierto el camino, la redacción de textos religiosos en vasco o bilingües con el castellano fue frecuente. No se extendió la usanza a documentos administrativos, ni tampoco a otro tipo de textos literarios.

¿Cuál era por entonces la situación de la lengua vasca? No lo tenemos muy claro porque nadie quiso tomar nota. Parece que sus hablantes se acercaban al castellano o al francés del mismo modo que irlandeses y galeses se unían al inglés. Sí sabemos que a finales del XVI el español había ganado terreno especialmente en las ciudades vascófonas. Los límites meridionales se mantuvieron en Tafalla y Estella hasta el siglo XVIII. En cuanto a Álava, el humanista veneciano Andrea Navajero decía a principios del XVI: «En Vitoria

se habla castellano, pero entienden el vascuence, y en los más de los pueblos se habla esta lengua.» Pero nada sabemos acerca de la situación de bilingüismo, aunque sospechamos que debió de ser general desde la época de los romanos, creciente y naturalmente deseada por sus hablantes. Sólo así podríamos explicarnos la precipitada y repentina merma del siglo siguiente, y la progresiva castellanización en todo el territorio. El ámbito natural de su uso fue durante mucho tiempo el caserío, en cuyas paredes había resonado durante siglos. En vasco se transmitieron las costumbres, las tradiciones, los mitos, las leyendas y quimeras una generación tras otra, en vasco se intercambiaban las palabras de afecto y amistad, se estrechaba el vínculo entre quienes se sentían estrechamente unidos por su pasado.

En el año 1764 se fundó, apoyada por la política ilustrada del gobierno de Carlos III, la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País. Su instigador había sido el escritor en euskera Xavier María de Munibe, más conocido como el conde de Peñaflorida (1723-1785). Aquellos «amigos» tan interesados por la ancestral lengua tenían sus sesiones en español, que era también, como cabía esperar, la lengua de enseñanza, y única que se ocupaba de los usos cultos de los hablantes de vasco.

Y llegamos al siglo del despertar de la lingüística, el XIX. Tres importantes filólogos se interesaron por el euskera. El primero de ellos fue el erudito alemán Guillermo de Humboldt, que hacia 1800 lo relacionó con el íbero. Se equivocó, es verdad, incluso en pronosticar su cercana muerte, pero su interés sacudió las conciencias. Entre ellas la de su compatriota Hugo Schuchardt, que estuvo tan interesado por tan exótico código que llegó a ser miembro de honor de la Real Academia de la Lengua Vasca en 1886. A su favor, el tímido estudio que emparentaba al vasco con las lenguas bereberes africanas, y también, aunque más distante, con las caucásicas. El tercer interesado fue el erudito Luis Luciano Bonaparte, sobrino de Napoleón I. El francés trazó con acierto, en 1861, y con un buen número de colaboradores locales, un mapa dialectal.

Pero en el otro lado de la moneda ese mismo siglo XIX marca la decadencia del uso oral. Parece, visto ahora con distancia, como si los interesados por la lengua lo hicieran para llegar a un cierto sector de opinión, o para entretenerse con cierto interés exótico. El hecho es que el español, incentivado por las comunicaciones, se introducía hasta las aldeas tradicionalmente monolingües y arrinconaba el uso de la ancestral lengua. Fue el XIX el siglo de la regresión, de la llegada de la lengua útil a todos los rincones. Las razones parecen evidentes: la alta clase social, aunque

vascófona por herencia, tiene a bien usar y divulgar el español. Algo parecido ocurre ahora con empresas francesas de sesgo internacional cuando eligen al inglés como lengua oficial de sus comunicaciones orales y escritas.

El vasco es lengua aglutinante como el turco, el japonés y el suajili, entre otras, pero no tiene nada que ver con ellas. En las lenguas aglutinantes las palabras se acumulan en una sola secuencia en la que el nombre, el adjetivo, las preposiciones y los morfemas pueden unirse a la raíz del sustantivo, y por otra parte el verbo y sus morfemas y complementos forman otra larga palabra. El concepto de aglutinante se utiliza como contrapuesto al de lengua flexiva. Son lenguas flexivas todas las indoeuropeas. La palabra «anti-interven-cion-ista» aglutina unos elementos tras otros.

Su segunda impactante característica es la exigencia de su sistema verbal, que incluye en sus morfemas las personas y los números de los complementos directo e indirecto, además del sujeto; que dispone de formas personales e impersonales, simples y compuestas; que se conjuga con varios verbos auxiliares ricos en irregularidades; que distingue seis modos (indicativo, imperativo, condicional, potencial, supositivo y votivo) y que, para rizar el rizo, se conjuga habitualmente en pasiva. Para entendernos, en vasco no diríamos «el niño lee un libro», sino algo similar a «hay lectura de un libro por un niño». Esta relación estructural se llama ergativa.

Como ha convivido tantos años con el español se han aproximado rasgos fónicos o articulatorios como el sistema de cinco vocales y la escasa diferencia entre las consonantes. El vasco no tiene *f-* en las palabras patrimoniales, y distingue tres tipos de *s*: una sorda palatalizada (*s* en la escritura), una sorda sibilante (*z* en la escritura) y otra sorda palatal (*x* en la escritura). En correspondencia con ellas, otros tres fonemas africados: *ts, tz, tx*, esta última como la española *ch*. Las demás, incluso la *r* y la *ñ*, coinciden con el español. El problema es que las consonantes pueden variar en los dialectos, que para algunos lingüistas son verdaderas lenguas independientes: *sol* puede decirse, según las ciudades: [*iuzki*], [*iruzki*] e incluso [*iduzkí*]. Resultados tan dispares dificultan o imposibilitan el estudio de la etimología.

La morfología, por su parte, resulta también original. Los nombres no distinguen el género, pero se declinan en once casos: nominativo, ergativo, dativo, genitivo de origen o primer genitivo, genitivo de posesión o segundo genitivo, unitivo, instrumental, inesivo, lativo, ablativo y partitivo, que no sólo pueden indicar singular o plural, sino también el indefinido, es decir, sin distinción de número. Y entre sus casos no figura el acusativo porque

habitualmente el complemento directo funciona como sujeto. Usa un artículo definido *-a*, que en forma de sufijo se añade a la raíz de la palabra.

La numeración toma como base el sistema vigesimal. De esta manera, el número noventa y nueve (*laurogeita hemeretzi*), es literalmente: cuatro veintes y diez nueve; y ciento cincuenta se forma con siete por veinte más diez.

Dispone también de un centenar de sufijos para formar derivados de todo tipo: acciones, resultados de las acciones, nombres colectivos, diminutivos, aumentativos, tendencias, actitudes, etc. Los prefijos son mucho menos numerosos: apenas dos o tres.

Mucho más original es su flexibilidad para señalar la afectividad de una palabra mediante la modificación de la articulación de alguna consonante de la misma, lo que otras lenguas harían con un sufijo: *tipi* («pequeño») se convierte fácilmente en *txipi* («pequeñito») o también *gizon* («hombre») se convierte en *gixon* (algo así como «buen hombre querido»), *polit* («bonito») se modifica en *pollit* («entrañable»).

El vocabulario ha conservado una peculiar y distinta apariencia a pesar de la aplastante presión a que ha estado sometido. Los préstamos de las lenguas románicas vecinas son muy frecuentes. Algunos los tomó del latín, y muy pocos de otras lenguas indoeuropeas. Los intercambios han sido mutuos. El vasco ha cedido o inspirado palabras en castellano y francés como *escuela* (*eskola*) *iglesia* (*eliza*), *escritura* (*izquirio*), *hora* (*oren*) y *botella* (*botoila*), y muchas más como *aquelarre*, *bahía*, *boina*, *cencerro*, *chabola*, *chapela*, *chatarra*, *chistera*, *mochila*, *muñeca*, *mus*, *pacharán*, *pizarra*, *zamarra* y *zurrón*, entre otras. Las que ha tomado prestadas del patrimonio indoeuropeo son, sin embargo, las tres cuartas partes de su hacienda léxica.

29

El español, lengua clásica

«Se debe hablar a Dios en castellano, a los hombres en francés, a las mujeres en italiano y a los caballos en alemán.» La frasecita no podría encajar en nuestros principios de lo políticamente correcto. La pronunció, según se cree y cita, el emperador Carlos V, rey de España. Por entonces sólo se entendió, afortunadamente, lo que quiso decir, que no era sino que concedía al español un privilegio sobre las otras lenguas. No se refirió al bretón, ni al vasco, ni al siciliano, ni siquiera al inglés, por entonces tan modesto. Ninguna institución procedió a la imposición o promoción del español, ni lo exigió para ocupar cargos, ni obligó a que lo utilizaran los comerciantes. De manera natural y libre se abrió paso entre quienes quisieron utilizarlo, que fueron muchos. De entre todas las lenguas neolatinas de la península, el castellano se convirtió pronto en la modalidad más solicitada. Contribuyó a ello la estratégica situación de Castilla, vértice en el que confluían las diversas tendencias lingüísticas del habla peninsular. Por eso asimiló rápidamente las innovaciones procedentes de las regiones vecinas.

Carlos I no promocionó con leyes al castellano, ni sancionó ni dificultó el desarrollo de las lenguas en que cada cual quiere formarse, ni exigió que tanto en momentos de labor como de recreo fuera utilizada la lengua española en quebranto de cualquier otra. Hizo, sin tener que reflexionar, lo que aconsejaba el momento, adherirse a la corriente natural para no alterar los cauces. Y si hubiera sido más práctico hablar aragonés, lo habría hecho con la misma llaneza. La ventaja de una lengua sobre otras es, más que una decisión, un hecho. ¿Quién se atreve a deshacer la historia para rehacerla como a uno le hubiera gustado que fuera? Algo parecido sucede, salvando las distancias, cuando un agricultor labra con tractor aunque tenga un flamante arado, una reluciente yunta y unos robustos bueyes.

El español pareció más útil y desarrolló una colección de obras literarias de la que muy pocas lenguas disponen en su patrimonio. El gran periodo

modelador y forjador de la literatura se inicia con la aparición de *La Celestina* en 1499 y se extiende hasta Calderón de la Barca, que muere en 1681 Aunque estas apreciaciones subjetivas no coincidan con la estética moderna de lo políticamente correcto, me atrevo a recordar, con permiso de quien no comparta mis opiniones, que son muy pocas las lenguas que han alcanzado tan alto nivel literario, que han hecho de sus letras un modelo universal. Tal vez en Occidente sólo podríamos contar con la literatura griega, que diseñó el sendero, que bordó las reglas tan sabiamente imitadas y mejoradas por los escritores latinos; saltamos de ahí a la literatura renacentista italiana continuada por la española y la francesa; y añadamos la inglesa y la rusa. Muchos lectores estarán pensando en las que omito, sí, y no les falta razón si así lo piensan, pues la percepción de la estética del arte es un placer personal. Me permito, sin embargo, añadir, con todas las reservas, que en el periodo clásico castellano o español, que eso ya no importa si lo comparamos con la dimensión de todo lo demás, nacieron cuatro ficciones universales, citaré sólo éstas, señeras y ejemplares, cuatro aportaciones al pensamiento de todos los tiempos, cuatro bellísimas e inigualables esculturas, y con esto dejaré de ponderar el clasicismo español para no distraer al lector de las líneas maestras de nuestra historia. El primero fue, ya lo hemos citado, *La Celestina*, retrato inmejorable que esconde inolvidables perfiles como el del amor, la pasión y la muerte en una lengua inmensamente rica, inolvidable. El segundo, el *Lazarillo de Tormes*, alumbra al género literario más cultivado en la actualidad, la novela. Es verdad que antes existía, sí, pero el autor de *El Lazarillo*, que no quiso dar su nombre, inventa la novela moderna. El tercero es uno de los pocos personajes literarios incuestionablemente universales, don Quijote. Ahorraremos elogios. Y el cuarto no le va a la zaga, don Juan Tenorio. Son las grandes aportaciones de la literatura española clásica a la literatura universal. Desde entonces el español entró a formar parte del séquito de ese selecto clan de lenguas clásicas de tan difícil acceso.

Los hablantes de todos los días ajustan la pronunciación, sin que nadie lo solicite, a lo que prácticamente es hoy. Surge el fonema *j* que aglutina a dos fonemas fricativos palatales, uno sordo y otro sonoro. Nada que ver con la influencia árabe. En una parte de Andalucía, la occidental sobre todo, se simplifican parejas de fonemas fricativos alveolares y africados[17] que dieron posteriormente lugar a un único fonema dental con dos variantes articulatorias, una interdental θ que dio origen al ceceo, y otra dental *s*, arranque del seseo, forma común en la mayoría de los anchos dominios del español. Y algo parecido sucedió con las fórmulas de cortesía. El pronombre

personal *tú* quedó relegado a la intimidad familiar o al trato con inferiores, y desvalorizó tanto a su correlato formal *vos* que, de no mediar gran confianza, resultaba descortés emplearlo. En el resto de las situaciones ganó relevancia *vuestra merced*, del que luego, rozado por el uso, había de resultar *usted*. Por eso cuando el español llega al siglo XVII, *tú* es el pronombre de confianza y *usted* el de respeto. Pero como en la América más distante a la metrópoli el cambio no llegó a cuajar, se mantuvo el pronombre *vos*, vivo y activo hoy en América central, Argentina, Uruguay y Paraguay.

Cuando el griego servía a los latinos como lengua de cultura, o el latín a los germanos, o el gallego a los castellanos… ¿quién puso en duda la utilidad de las lenguas prestadas? Pocos desprecian ahora el conocimiento del inglés. Muy al contrario, la lengua es mirada con simpatía en todas partes por su utilidad, y porque apenas se sirve de ella un estudiante iniciado, empieza a valorar su provecho y desea seguir aprendiendo para servirse mejor de ella. Esa misma razón ha inspirado a quienes se han acercado al español desde el siglo XVI. Pero siempre hay épocas y lugares capaces de cultivar el odio a las lenguas de éxito, como también se abona el rencor y el desprecio para vilipendiar a los poderosos. Afecto y desafecto son sentimientos que nacen en las personas con la misma naturalidad.

30

El eclipse de las lenguas peninsulares

Y mientras el castellano pasa a ser una lengua internacional, el catalán, integrado su territorio en la Corona de Castilla, se cobija, sin que nadie se lo pida, en un segundo plano alfombrado por el español. Durante los siglos XVI al XIX vivirá eclipsado por la lengua de la corte, de la que se sirven escritores catalanes como Juan Boscán y valencianos como Juan Luis Vives para redactar sus obras. Catalán y valenciano quedan recluidos a funciones regionales, mientras el español es la lengua de tantos cuantos desean escribir. La situación no es nueva, da continuidad a lo que había pasado siempre. Escritores indios y rusos han escrito su obra en inglés y nadie se ha rasgado las vestiduras.

En el siglo XVII catalán y castellano están en boca de la burguesía y de las clases medias con voluntad de acomodo, mientras el hablante monolingüe reside en las áreas rurales menos conectadas con las urbanas. También la iglesia utiliza el catalán en sus prédicas y queda modestamente cultivado en lírica popular. De su largo periodo de decadencia no se recupera hasta 1833. Estudios recientes intentan revalorizar, sin embargo, las obras de autores renacentistas como Cristòfor Despuig, Joan Timoneda y Pere Serafí, o barrocos como Francesc Vicenç Garcia, Francesc Fontanella y Joseph Romaguera, y neoclásicos como Joan Ramis o Francesc Mulet.

Hacia la mitad del siglo XVI tampoco hay ya documentos en gallego aunque nadie lo ha prohibido. La lengua reduce su uso monolingüe a zonas rurales. Por ese movimiento social, y no por otras intenciones, se empieza a considerar lengua de campesinos. Los gallegos, además, emigran en busca de empleos modestos: criados, mozos de servicio, labradores… Se descalifica lo gallego, que se convierte en tópico. En ocasiones niegan su origen y en su deseo de ser mejor considerados se hacen pasar por portugueses. A esta situación de decadencia se suma en 1780 una decisión deducible: la obligatoriedad de la enseñanza en lengua castellana. Llegan a Galicia

catalanes y leoneses que promueven la industria y el comercio, pero que usan como lengua el castellano. La burguesía se incorpora a la lengua del progreso, el español, el proletariado rural lamenta no conocer la lengua que les ayudaría a salir de su letargo.

También el asturiano fue considerado, entre los siglos XV y XVII, como habla rural propia del campesinado. Así fue descrita en las piezas teatrales en *sayagués* de Lucas Fernández o Juan del Enzina. Una tendencia contraria, la de la afirmación de la lengua, despierta un proceso de conciencia lingüística propia que cultiva la poesía oral, y también la escrita.

Durante el siglo XVI el aragonés se mantenía en boca de los moriscos de la zona del río Jalón en Calatayud, pero el castellano también se introduce en las ciudades, y como única lengua escrita en todo el territorio.

Por entonces y durante mucho tiempo el español no sólo es la lengua de los españoles, sino que también franceses e italianos tuvieron a bien aprenderla unas veces por placer estético, y otras como código del progreso hasta llegar a ser la principal motivación de la burguesía valona y flamenca.

Felipe II (1556-1598) gobernó el mayor dominio que la historia ha conocido, varias veces superior al Imperio romano. Por entonces el español es lengua internacional, la más importante, y en El Escorial se concentra la segunda mayor biblioteca renacentista, sólo superada por la que auspiciaba el Vaticano. En los mares del norte y en el mundo atlántico cumplía el español los mismos usos que hasta entonces habían tenido en el Mediterráneo lenguas como el fenicio, el griego o el latín. Los modos en que los territorios europeos y americanos se habían incorporado a la Corona de Castilla se parecían también a los utilizados por el Imperio romano. Sus habitantes, hablantes de holandés, azteca o quechua, lo eran de una de las provincias imperiales, con la misma integración y derechos. Se propagó y extendió, particularmente alimentada por los ingleses, los principales enemigos, una leyenda negra tan enfrentada a los vicios o excesos del poder como a los aciertos y contenciones. También la habían desarrollado los enemigos del Imperio romano, y por supuesto los contrarios al actual imperio angloamericano, tan fáciles de reclutar en cualquier país del planeta. ¿Quién no está en contra del poder cuando no recibe de él prebendas? ¿Y quién no se pone a bien con el poder para poder recibirlas? Estados como Luxemburgo o Liberia nunca crearían enemigos generalizados.

Madrid fue la sede elegida por Felipe II para dirigir su imperio. Corría el año 1569. Trasladaba al sur la dirección de un dominio que podría haberse controlado mejor desde los Países Bajos. La burocracia, los enemigos, los

principios religiosos minaban a la administración y a los administrados. Y a diferencia del Imperio romano que, al igual que otros, siempre llevó la guerra fuera de sus fronteras, la de los dominios españoles por el Atlántico y por el mundo no fue una política expansiva apoyada por un gran ejército, sino la constante necesidad de tropas para defender los territorios sublevados o participar en necesarios conflictos internacionales. Algo parecido le sucede ahora a Estados Unidos cuando desplaza a sus soldados por el mundo para apagar fuegos o calmar tempestades, que nadie se pone de acuerdo y no se sabe si algunos incendios o torbellinos necesitan soldados o mejor dejar que se extingan solos. El hecho es que si Felipe II y sus sucesores hubieran contado con un ejército expansionista como el de Alejandro o el de César, su dominio por el mundo hubiera podido estirarse, y a lo mejor hoy, monarca y generales, aparecerían sistemáticamente engrandecidos y aclamados en los libros. Los imperios, como las economías, dice la historia, funcionan cuando están en expansión, cuando enseñan los dientes al vecino. Si se frenan, o sólo se defienden, están abocados, como la economía, a la decadencia, a la desintegración, a la miseria, a la muerte.

31

Del XVIII al XIX: guerra e ilustración

Si hubiéramos tenido que diseñar un mapa de las lenguas hispánicas a principios del siglo XVIII, sólo dos de ellas, el español y el portugués, se hubieran teñido de color. Ambas salían a las calles, quedaban blanco sobre negro en los libros, y bullían aclamadas en sus literaturas escritas. Se hablaba también catalán y valenciano en los mismos dominios actuales, y gallego, y dialectos aragoneses, asturianos y leoneses, pero considerados en su entorno como lenguas de estricta transmisión familiar o rústicas, poco dignas de atención. Sus colores quedaban atenuados por la brillante fuerza del castellano. Fuera de las lenguas románicas, el vascuence compartía el mismo grado de descuido social, tan postergado por sus propios hablantes.

Y cuando el tiempo parecía seguir su forzoso y convencional camino, en el año 1700 un acontecimiento natural, la muerte del rey de España Carlos II, había de desencadenar una alteración de la historia tan grande que desde entonces las cosas ya no serían las mismas. Y sucedió que todos los empeños por asegurar la continuidad biológica de la dinastía de los reyes Austrias, que bien sabe la historia lo que se hizo por acelerar los trámites, fracasaron, porque Carlos II, el rey, no consiguió descendencia. Las familias reales europeas, que veían lo que se avecinaba, se precipitaron para recoger aquella rica herencia sin dueño. Y los borbones presentaron al duque de Anjou, nieto del glorioso rey de Francia Luis XIV, tan aclamado. La candidatura fue acogida con placer por los castellanos. La casa de Habsburgo, por su parte, eligió al archiduque Carlos de Austria, auspiciada por el emperador Leopoldo I del Sacro Imperio Romano Germánico, que fue el candidato apoyado por aragoneses y catalanes.

El duque de Anjou llegó a Madrid en 1701 y fue recibido con regocijo y expectación después del prolongado, endeble y oscuro reinado de Carlos II. Tenía diecisiete años, la misma edad que el primer rey Austria Carlos I, y fue coronado con el nombre de Felipe V. Holanda e Inglaterra, que veían crecer el

poder de los franceses, se pusieron de parte del emperador comprometidas con el archiduque Carlos. Y ambos bloques, irreconciliables, se declararon la guerra. Las primeras hostilidades detonaron en las fronteras francesas con Holanda, pero pronto se trasladaron al interior de España a modo de auténtica guerra civil entre aragoneses-catalanes, que habían recibido del archiduque la promesa de que mantendría el sistema federal y sus fueros; y castellano-leoneses-gallegos, a quienes se unieron vascos y navarros, todos ellos defensores de Felipe V y, por tanto, del estado centralista que imitaba el modelo francés.

Las hostilidades se prolongaron hasta la Paz de Utrecht, y no acabaron hasta el asedio y toma de Barcelona en 1714. La guerra no se conformó con pequeñas estratagemas. Ambiciosa y resuelta provocó duros enfrentamientos: ejército de aliados que desembarca en Cádiz y es rechazado; reintento en la ría de Vigo que destruye la flota española; hostilidad de Portugal que toma partido a favor de los Habsburgo; asalto y conquista de Gibraltar en beneficio de los ingleses y otras muchas más batallas en las que las tropas aliadas se mostraron claramente vencedoras. El Archiduque Carlos, por su parte, desembarcó en Lisboa con el favor de los portugueses y efectuó un intento de invasión por el valle del Tajo con un ejército angloholandés que fue rechazado. La misma flota lo condujo a Barcelona, y allí fue aclamado en 1704 como rey con el nombre y orden que le habría correspondido de haber ganado la guerra, el de Carlos III.

El principal apoyo de Felipe V resultó ser, según dicen las crónicas, el coraje castellano, al que nadie pudo vencer en su terreno. Casi todo lo demás estaba perdido, y de no haber sido por aquel enaltecido fervor de defensa de su causa, la dinastía española habría continuado con una nueva estirpe de reyes austríacos iniciada por el proclamado Carlos III. Si las tropas aliadas, apoyadas por el emperador, hubieran salido victoriosas de la guerra, y no engañadas por los astutos ingleses, el proclamado y derrotado Carlos III habría trasladado, con toda seguridad, la capitalidad a Barcelona, suprimido los fueros de los castellanos y desde allí, con el catalán como lengua oficial, dirigido los destinos del país. Y es probable que el castellano de Castilla fuera hoy una lengua condicionada por el catalán que habría extendido su firme, aunque translúcida alfombra lingüística, a los hablantes de vasco y gallego en castigo, tal vez, por su compromiso con los castellanos. Y es muy posible, por qué no pensarlo, que este libro se estuviera escribiendo en la lengua peninsular más cómoda para lectores y editores, el catalán. Y no les faltaba razón a aragoneses y catalanes cuando llevaron a cabo todas las alianzas

posibles para que sus fueros y gobierno fuesen preservados al precio que fuera. Pero la suerte de Cataluña, ganadora durante casi toda la guerra, se decidió en los preliminares del Tratado de Utrecht, entre los que figuraba un acuerdo secreto por el que los austríacos abandonaban a los catalanes a su suerte sometidos ya, sin remedio, a la legislación de Castilla. Se añadía, eso sí, una cláusula compensatoria por la que había de ser concedida una amnistía general. Todavía Inglaterra pidió a Felipe V, tímidamente, que conservase los fueros, pero el rey, que no estaba para bromas después de tantas penalidades, debió decir que naranjas de la china, y los ingleses, ansiosos por gozar los beneficios que le proporcionaba el final de la primera gran guerra europea, entre ellos Gibraltar y Menorca, dejaron de insistir. Abandonados a su suerte y hostigados por el ejército del rey Borbón las tropas castellanas después de someter a las ciudades circundantes cercaron Barcelona y pidieron la rendición de la ciudad. Como las autoridades locales (Junta de Braços), de componente fundamentalmente popular, optó por una defensa numantina, y no cedió a un bloqueo marítimo, el 11 de septiembre de 1714 Barcelona fue asaltada después de un bombardeo y se vio obligada a firmar la capitulación. Se disolvió la Generalitat y el Consell de Cent, que fueron sustituidos por el Gobierno y la Real Junta Superior de justicia. Aragón y Valencia también perdieron sus prerrogativas. En agradecimiento al Reino de Navarra y a las Provincias Vascongadas por el apoyo prestado, el ya legalizado Felipe V mantuvo los fueros especiales. Aquellos territorios conservaron sus prerrogativas hasta épocas recientes, luego trasladadas a la normativa autonómica posterior a la Constitución de 1978.

También le debemos a Felipe V la fundación de la Real Academia Española en 1713. Lo hizo a semejanza del modelo francés. Una nueva etapa de modernización lingüística quedó abierta. Entre 1726 y 1739 los académicos publicaron el *Diccionario de Autoridades*, modélico inventario léxico; la necesaria reforma ortográfica y la gramática, que no resultó tan avanzada como cabía esperar. Entre las normas de la institución, la disposición y abertura de los sillones a cualquier español, tuviera o no al castellano como lengua materna. Sugieren los académicos, y desde entonces se respeta, que la letra *u* se emplee únicamente como vocal, y la *v* como consonante, para evitar que pudiéramos encontrar escrito tanto *vno* como *cauallo*; suprime por innecesaria la grafía *g* que el francés había tomado prestada; propone el uso de *c* y *z* según las normas que aún persisten; regula el uso de *b* y *v* cuya pronunciación se había confundido por completo y reserva la primera para los casos de la oclusiva latina *p* o *b*, y la segunda cuando

hubiera una *v*, aunque confunde algunos términos; suprime la doble *s* como grafía; reserva la x para el grupo culto latino *ks*; propone la *j* para representar su antiguo sonido velar y elimina, con muy buen criterio, los grupos consonánticos griegos y latinos reintroducidos durante el período clásico. Podríamos decir que a partir de 1815 queda definitivamente fijada la ortografía del español actual. Es verdad que se introdujeron después algunos cambios en la tildación o en consonantes compuestas, pero no fueron especialmente significativos.

Mucho después de que el español estuviera instalado en las usanzas y voluntades de toda la nación, y precisamente por eso, se inicia el intervencionismo del Estado en materia lingüística. Fue Carlos III (1759-1788), tercer rey Borbón, hijo de Felipe V, quien introdujo medidas de asimilación relacionadas con la administración, la cultura y la lengua que fueron bien acogidas. Desde entonces la tendencia a la homogeneidad lingüística siguió los senderos que también inspiraron a nuestros vecinos europeos, un camino tan natural como irreversible. La Revolución francesa de 1789 consideró que el francés debía llegar a las clases bajas para favorecer la igualdad, y grandes fueron, y muy serios, los esfuerzos que todos los gobernantes desplegaron para llevar la lengua de París a todos los rincones de la nación de la libertad.

Cuando queda apaciguada la otra gran guerra, la de principios del XIX, y el peor monarca de España, Fernando VII, se desentiende del legado americano, el español empieza a ser la lengua propia de los países de América por la misma razón que el latín lo fue de Hispania, porque era la mejor preparada para la comunicación y uso, aunque también coincidiera, como tantas veces ha sucedido, con la de los más fuertes, con la de los mejor acomodados. Preclaros lingüistas como Andrés Bello (1781-1865) la conciben, sin escrúpulos, como propia, y escribe, como tantos otros, en el continente americano, y marca la historia de la lingüística con su doctrina. Bello y otros escritores americanos pensaron, sin que nadie se moleste, que el ideal de libertad e independencia es compatible con el orgullo por la cultura de todos. Y la cultura es propiedad de quienes la cultivan, y no sólo de unos pocos, sean o no poderosos.

32

Renaixença y Rexurdimento

El espíritu racional y crítico de la Ilustración quedó demolido con el movimiento romántico. El nuevo sentir concede espacios al sentimiento, a la exaltación patriótica, a la fantasía y la imaginación; a la fe en las utopías, al idealismo y al interés por los temas históricos y por el pasado de los pueblos. El pensamiento romántico rechazó las normas literarias clásicas a favor de la libertad individual y despertó en Europa el entusiasmo por las lenguas regionales, pero no todas estaban en el mismo grado de desarrollo ni corrieron la misma suerte. La cuna, Alemania de finales del XVIII. Allí el filósofo y crítico literario Johann von Herder (1744-1803) equiparó los conceptos de *lengua* y *patria*, fundó el movimiento «Sturm und drang»[18], y su pensamiento inspiró al autor de la primera obra del movimiento romántico europeo, *Las desventuras del joven Werther* de Johann Wolfgang Goethe.

El movimiento romántico, como tantos otros en otras ocasiones, llegó a España con retraso, pero todavía con fuerza. Se consolidó en torno a la burguesía culta que encontró un apoyo para reivindicar las identidades de las diferentes naciones europeas. Y la lengua es probablemente el rasgo que más identifica a los pueblos.

En el dominio geográfico del catalán, el romanticismo acabó con el periodo de *decadencia*, que había durado tres siglos, lo recuperó de su letargo y, un paso tras otro, fue dotado de capacidad para cada vez más usos de la vida diaria. Quedó abierta una nueva época para la lengua, la Renaixença. El año de despegue puede fijarse en 1815 con la aparición de la *Gramàtica y apologia de la llengua cathalana* del sacerdote lingüista Josep Pau Ballot, la más antigua que se conoce.

Pronto se inicia el desarrollo literario. *Oda a mi patria*, canto de añoranza de Cataluña y de exaltación de la lengua escrito por Bonaventura Carles Aribau en 1832 abre el camino. Su intención inicial, según parece, fue la de felicitar a un amigo banquero. ¡Quién iba a imaginar la trascendencia…! La

vida de Aribau, sin embargo, transcurre en Madrid, donde trabajó para diversos periódicos y fue cofundador, con el barcelonés Manuel Rivadeneyra, de una famosa e importante colección de publicaciones, la Biblioteca de Autores Españoles, que tanto había de contribuir a la difusión de los textos clásicos castellanos.

Los juegos florales, «Jocs Florals», tan importantes en el afianzamiento literario, se organizaron por primera vez en 1859 y contribuyeron a mantener despierto el interés. Así se dio a conocer Jacint Verdaguer con un famoso y universal poema, *L'Atlàntida*, que narra cómo Colón, todavía joven, sufre un naufragio, se salva, y un ermitaño le cuenta la historia de la Atlántida, su destrucción, y… la aparición del Mediterráneo. El interesado sueña con viajar a tierras lejanas y presiente que va a descubrir un nuevo mundo. El dramaturgo Àngel Guimerà tiñó sus obras realistas de una apariencia romántica y hoy es recordado por una colección de piezas dramáticas representadas por todo el mundo, entre ellas *La reina jove*. El escritor y profesor de literatura Manuel Milà i Fontanals (1818-1884), uno de los más firmes impulsores de la Renaixença, que puso en evidencia los valores de la literatura medieval, creyó durante buena parte de su vida, hasta 1853, que el catalán era una lengua del pasado imposible de modernizar, y miraba la cultura catalana con más nostalgia que futuro. Luego sería uno de los más firmes defensores de la lengua, autor de poesía en catalán. Eligió, sin embargo, el castellano para la publicación de sus *Principios de teoría estética y literaria* (1869). Para muchos es también el padre de la filología española porque fue quien introdujo los métodos europeos de investigación histórico-literaria. A partir de 1880 Joan Maragall, voz catalana de la Generación del 98, dio muestra de las posibilidades de la lengua en el campo de la lírica. Prat de la Riba construye la doctrina del nacionalismo, y el novelista Narcís Oller i Moragas, que también escribió en castellano, introduce el realismo y el naturalismo. En Santiago Rusiñol i Prats (1861-1931), también conocido por su pintura, encontramos al escritor bohemio monolingüe que sólo usa el catalán en sus poemas en prosa (*Oracions*), dramas (*Cigals i formigues*) y novelas costumbristas (*L'auca del senyor Esteve*). De la dimensión científica se encargaría el Instituto de Estudios Catalanes.

En el otro extremo peninsular, y por la misma época, también llegó la corriente ideológica. El gallego vivía sus últimos años de agrafismo que ya se prolongaban durante casi tres siglos. Algunos eruditos como el padre Sarmiento (1695-1772), mostrando interés y curiosidad y cierto exotismo, redactó un glosario de palabras «oídas en la provincia de Pontevedra». Y

aunque la literatura gallega no se escribía, sí se cultivaba, protegida en la tradición, una de poesía oral improvisada, especialmente en boca de las mujeres y mantenida una generación tras otra. El castellano, establecido con generosidad en las ciudades, y favorecido por la burguesía, se mostraba más cómodo en la escritura. Al fin le tocó al gallego vivir su propio despertar, el Rexurdimento, que puso fin a los *séculos escuros*. Y una vez recogidas las corrientes europeas resucita una conciencia nacional capaz de reivindicar la lengua como distintivo del temperamento gallego. En 1861 se crearon, a imitación de los ya organizados en Cataluña, los juegos florales. Y en 1864 una revuelta contra el poder central acaba con el fusilamiento de un grupo de rebeldes, los mártires de Carral. El incidente despierta el galleguismo y aparecen los primeros textos de carácter político, relacionados con la resistencia frente a Napoleón, seguidos de otros dramáticos como *A casamenteira*, de Antonio Benito Fandiño (1849), y poéticos, como villancicos y sonetos satíricos, a la que se añade la obra mixta, en prosa y verso, de Juan Manuel Pintos, *A gaita galega* (1853), dedicada a reconstruir la vida campesina y recoger las variantes del habla popular. Fueron continuadores de esta primera generación, y también escritores en castellano, un grupo de jóvenes entre los que se encontraba el historiador Manuel Murguía, el poeta en dos lenguas Eduardo Pondal y la también poeta en lengua gallega y castellana Rosalía de Castro. Precisamente su poemario *Cantares gallegos*, de 1863, marca, al fin, el punto de partida del Rexurdimento. En el último cuarto de siglo la producción aumenta, crece el interés por el periodismo, por los concursos literarios, por los libros normativos como gramáticas y diccionarios; y también se recupera la tradición de la poesía trovadoresca medieval. Aparecen nuevas y elaboradas obras como *Queixumes dos pinos*, de Eduardo Pondal. En 1880, año mágico de las letras gallegas, se publican tres importantísimas obras que confirman la aparición de un nuevo ciclo: *Follas novas*, de Rosalía de Castro; *Aires da miña terra*, de Curros Enríquez, y *Espinas, follas e frores* (Ramiño primeiro), de Valentín Lamas Carvajal. Y si la poesía suele ser el cauce de los primeros pasos literarios de una lengua, el gallego alcanzó la segunda fase con el cultivo de la prosa, aunque con menor intensidad. Se considera iniciador al canónigo Antonio López Ferreiro por su obra *A tecedeira de Bonabal*, que se somete a la moda de la corriente histórica. Francisco Álvarez de Novoa en *Irmandades da fala* experimenta la narrativa urbana y burguesa con tintes psicológicos. Sin embargo, ninguno de aquellos acontecimientos culturales logró poner freno al proceso de desgallegización que afecta a las clases

acomodadas y ciudadanas. La población de las clases bajas y las rurales, aunque deseosas de hacerlo, no logran hablar castellano, una lengua que ha de abrirles más y mejor sus posibilidades de integración y progreso. Pero cuando encuentran la ocasión, se despegan con gusto de la lengua de sus antepasados.

La tradición escrita de la lengua vasca se había refugiado en el clero desde que Dechepare se atreviera a llevarlo por primera vez a la escritura. Y mientras dormían otras iniciativas regionalistas catalanas y gallegas, se publicaba en 1745, anticipándose a las otras lenguas vernáculas de la península, el *Diccionario trilingüe del castellano, vascuence y latín*. Y llegados los aires románticos a Vascongadas ni se exaltan los nacionalismos ni se emocionan con la libertad individual. Será más tarde cuando el político e ideólogo Sabino Arana (1865-1903), que tenía al español como lengua materna, se interese por el euskera, intente sacarlo de su modorra y lo despierte con maneras tan rectas para quienes lo siguieron como desacertadas para quienes pensaron que sólo se servía de la lengua para instituir un enfrentamiento que nunca antes había existido. Propuso un modelo ortográfico unificado, pero defendió que cada dialecto debía ser tratado como lengua independiente. Luego, con principios más políticos que filológicos, propuso que los numerosísimos préstamos románicos fueran sustituidos por palabras de base patrimonial vasca. Su obra postuma, *Deun Ixendegi Euzkotarra* («Santoral Onomástico Vascongado»), propone su personal versión al euskera de los nombres españoles o franceses. La Iglesia no quiso bautizar con tan exótica imaginación. Pero como los caminos que toma la historia son imprevisibles, aunque entonces fueron prohibidos, se recuperaron después. Los nombres acabados en *a*, decía el político Arana, son masculinos, y los acabados en *e* femeninos: Kepa/Kepe (de Kaiphas, Pedro/Petra), Edorta/Edorte (Eduardo), Pederika/Pederike (Federico), Joseba/Josebe (José). Arana había conseguido que una parte de la población, quienes lo siguieron, identificaran, llevando a la práctica el pensamiento de Herder, al euskera con el pueblo. De nada sirvió que la mayoría de los vascos no lo hablaran.

33

Lenguas y derechos

La propia naturaleza, imprudente y antojadiza, provoca terremotos, volcanes y turbulencias, y se muestra tan caprichosa como injusta según nuestro sentido igualitario del mundo y las cosas. La envidia o el odio, tan humanas como el cariño o la pasión, astillan cualquier esquema. Si queremos establecer un sistema igualitario de respeto a la lengua que el individuo considere necesario utilizar, si deseamos proponer una sociedad honesta, habrá que procurar que las instituciones no humillen a sus administrados, y evitar que los miembros de una comunidad se menosprecien entre sí.

Las lenguas tienen derecho a convivir en igualdad de condiciones, pero las desigualdades, no lo podemos evitar, siguen existiendo. De las más de doscientas lenguas europeas, sólo treinta y cinco son oficiales; y la mayoría de ellas, veintitrés, pertenecen a la Unión Europea. España es el país que más ha facilitado la normalización de sus lenguas regionales, aunque no de todas ni en todos los dominios con el mismo ímpetu. Un informe de la Unión Europea del año 2009 a través de su Comité de Ministros, máximo órgano de decisión, solicitó a las autoridades españolas que precisaran «el estatus», y que llegado el caso adoptara «medidas de protección y promoción» del tamazit en Melilla, del árabe en Ceuta, del gallego en Castilla y León y del portugués en Olivenza (Badajoz). ¿Cómo? ¿Un varapalo a la nación de los desvelos por las lenguas regionales? Sí, exactamente, porque según se explica, no se corresponde con los compromisos adoptados por España tras la ratificación de la «Carta europea de las lenguas regionales o minoritarias»[19].

Conocí al azar en el desierto de Arizona a un indio que hablaba además de navajo, su lengua materna, español e inglés, estas dos últimas llevadas allí, como es sabido, por los europeos. Y me dijo: «Aunque hablo las tres, para entenderme con la gente utilizo el inglés.» Es la ventaja de la sociedad norteamericana. Como no existe lengua oficial, el ciudadano es libre para expresarse en la que desee, que generalmente coincide con la más útil.

Mientras tanto, las autoridades garantizan el derecho a recibir la enseñanza en la lengua que elijan los padres. Y los padres norteamericanos, astutos como ardillas, eligen el inglés, que es la que más y mejor puede contribuir a un futuro acomodado. En América todavía las lenguas circulan, como las aguas de los manantiales, por cauces naturales.

En Europa, sin embargo, las lenguas que aún no pertenecen a la Unión esperan su turno para adherirse como una lapa y engordar el seno políglota de nuestro imperio multicolor. ¿Puede haber fluidez posible, entendimiento fácil con tanta variedad? Tenemos la obligación de pensar que sí, que el respeto y consideración a la individualidad debe inspirar nuestras conciencias, pero la historia aún no lo ha experimentado. Con las veintitrés actuales, el número de traductores necesarios, si las cuentas no nos fallan, es de quinientos dieciséis. ¿Se puede construir la Torre de Babel, respetando todos los principios de igualdad, con más intérpretes que arquitectos?

Las soluciones ideales no existen. La práctica, sin embargo, concede algunos remedios que parecen, aunque eso es siempre de delicada valoración, menos malos que otros. En Sudáfrica conviven once lenguas oficiales, pero no podemos felicitar al gobierno de Pretoria porque son muchas más las desamparadas. Sin embargo, y casi sin que llegue a advertirse, han hecho del inglés, que no es precisamente lengua vernácula, su código común y de apertura al mundo. Y algo parecido sucede en la India, país más poblado que toda Europa y donde el arco lingüístico plural alberga y acomoda a muchas más lenguas que las que buscan colocación en el viejo continente, pero han hecho del inglés, teñido ya de su propio deje, instrumento útil de comunicación. ¿Habría que preguntarse para los hablantes bilingües de la India si entienden igual de bien una y otra en la misma ciudad, en la misma calle, en la misma casa y en la misma habitación para saber cuál es la lengua territorial y la lengua propia? ¿No tiene derecho el hablante a expresarse en la que mejor le parezca en cualquier ocasión? Si el simpático indio de Arizona tuviera que vérselas con los expertos de la Unión Europea o con algún sabio dirigente nacionalista, el mandatario le habría instado a una inmersión lingüística en navajo, y confinado en su reserva indígena, y embadurnado con una buena dosis de antianglicismo, y recomendado por las autoridades autonómicas que si quiere escribir un libro lo haga en navajo o no irá a la feria del libro de Francfort. ¡Pobre hombre… si para él el inglés es precisamente la lengua en que se entiende con la gente y con la que gana en cultura y entendimiento en la vecina Universidad de Tucson!

Ni el indio navajo, ni nadie, elige la lengua que han de recibir de sus progenitores. Para la segunda gozamos de cierta libertad, pero no mucha. En dominios de lenguas en contacto la segunda es igualmente obligada. Los hablantes que tienen como primera una lengua suficiente para todas las necesidades de comunicación gozan de cierta libertad para elegir la segunda. Quienes tienen al inglés como inicial pueden elegir la segunda, pero resulta que son los menos interesados en el aprendizaje de lenguas. Y la situación se muestra terriblemente injusta al comprobar que la decisión de añadir una tercera lengua para hablantes territorialmente bilingües se restringe cuando nos preguntamos si tenemos o no que añadir el inglés. La humanidad habla las lenguas que necesita… ¿No estamos cansados de ver los esfuerzos inútiles por aprender otras cuando no son realmente necesarias?

34

Principios para la igualdad: la elección

El pueblo norteamericano, y no digamos el británico, tiene seguidores, adeptos, pero también enemigos. Simpatizantes y críticos coinciden en la necesidad de hablar inglés y suelen acercarse, como un imán, al mejor instrumento de comunicación. Con esa misma naturalidad los pueblos bañados por el Mediterráneo, y algunos más, eligieron o adoptaron en su día el latín, griego o fenicio, pero no perpetuaron el íbero, ni el umbro, ni el etrusco. Las lenguas fluyen sin traumas, y los hablantes las usan como buscamos el aire, sin advertirlo.

Lenguas útiles fueron el arameo, el griego, el persa, el árabe, el ruso… Y todas ellas se extendieron, digámoslo con rigor, acompañadas de un ejército. Otras como el fenicio o el sumerio lo hicieron con medios menos militares, pero no dejaron descendencia, desaparecieron. Tendríamos que poner en cuestión, y es lo que hacemos, el derecho de los pueblos a montar un ejército y atacar al vecino. Pero eso no siempre es así. Por lo tanto, y mientras nos ponemos de acuerdo con lo que habría que hacer con la carrera armamentística, recordemos el orgullo que recorre la sangre de los griegos y de generaciones posteriores, incluso no griegas, recordando las proezas de Alejandro Magno, o los arcos de triunfo que dedicaron los romanos a las conquistas de Julio César, o el derroche de elogios de los franceses a Napoleón, que, dicho sea de paso, son los mismos que los rusos se hacen a sí mismos por haber sido capaces de defenderse de la Gran Armada. Y menos mal que otros líderes europeos del siglo XX no ganaron sus guerras. Si hubieran salido vencedores hoy podrían ser héroes nacionales con estatuas en las plazas de Europa en un imaginado imperio extendido desde Cádiz hasta Moscú. Todos los pueblos tienen sus héroes, y casi siempre se forjaron en las proezas bélicas. Y son tantas las veces que a esas heroicidades acompañaron las lenguas…

Una situación más delicada se produce cuando los gobiernos incentivan, con medios más o menos poderosos, la divulgación de una lengua o, lo que es peor, el desalojo de otra. ¿Se imagina alguien que el gobierno regional del País de Gales con capital en Cardiff, o el de los Pirineos occidentales con capital en Biarritz suprimieran la enseñanza en inglés o en francés a favor de las lenguas tradicionales de la región, que son el galés y el vasco, aún vivas? Más que facilitar o suavizar la comunicación de sus hablantes sólo podrían trabarla. Todos los lectores saben que ha habido gobiernos que han puesto obstáculos a sus administrados, que han machacado a sus propios ciudadanos. Los jóvenes galeses y vascos, me refiero a británicos y franceses, no sienten la necesidad de transmitir la lengua de sus antepasados. Por la misma razón, y contraria a sus arraigadas tradiciones, la burguesía africana prefiere alguna de las lenguas europeas porque en ellas descubren un mejor sendero para sus vidas y no entienden como reprochable el abandono de la lengua de sus antepasados.

Tras la desaparición de la Unión Soviética, nuevas repúblicas independientes como Bielorrusia o Kazajstán han privilegiado a sus lenguas propias, el kazajo y el bielorruso. Pero las autoridades académicas bielorrusas y kazajas han dejado diseminados por sus pueblos y ciudades tantos colegios de enseñanza en ruso como han demandado los padres de los estudiantes. Y resulta que el ruso se alza, por razones de utilidad, como la lengua más elegida por los escolares. Las lenguas no mueren atacadas por la peste negra, sino abandonadas por sus hablantes cuando prefieren cambiar de herramienta. Son las culturas las que agonizan asfixiadas por la presión de una civilización más poderosa. Es verdad que si los romanos o los rusos, o los británicos, no hubieran tenido una política expansiva, ni el latín se habría extendido por las Galias e Hispania, ni el ruso por Asia, ni el inglés por América. Habría que hablar entonces de dos tipos de moral: la que inspira las políticas expansionistas, y la que expande las lenguas. En cuanto a la primera, este libro no es el marco. En cuanto a la segunda la respuesta está clara: no todas las expansiones territoriales implican el cambio de lengua porque los hablantes tienen un sentido mucho más natural y hábil que los conduce, inexorablemente, a elegir la que les conviene.

Todos los hablantes tienen derecho a elegir, decíamos, a recuperar aquellas lenguas por las que se sienten interesados. ¿Tendría que conceder el gobierno de Camerún el rango de oficial a su largo centenar de lenguas y abrir colegios para la enseñanza y redactar con ellas documentos públicos? ¿Habría que invertir en igualdad lingüística antes que en otras necesidades? ¿Qué tipo

de ayuda debe recibir el bereber de Argelia, el gascón de Francia o el siciliano de Italia? ¿Habría que redactar los documentos de la Unión Europea en lombardo, en napolitano, en siciliano, en piamontés, en veneciano, en ligur, en sardo y en friulano, que son lenguas habladas, cada una de ellas, por más italianos que españoles saben expresarse en vasco? Se equivocan quienes promueven una lengua a costa de los derechos y voluntades de los hablantes de otra. Mientras tanto, quien recibe al alsaciano como lengua inicial o materna, digámoslo con calma, sólo podrá elegir la cuarta lengua. Las dos siguientes, francés e inglés, digan lo que quieran las autoridades administrativas, parecen imprescindibles. Muchas regiones de Europa y del mundo con lenguas condicionadas o dependientes de otras comparten esas mismas circunstancias.

35

El latín actual

Hoy hablan latín, que es igual que decir que alguna lengua heredera del latín, unos ochocientos millones de personas extendidas por todo el planeta. La mayor parte no son europeos, y más de la mitad tienen al español como lengua principal.

La expansión colonial de los siglos XVI y XVII fue conducida por españoles y portugueses, y con ellos llegaron sus lenguas al continente americano y a otros rincones del planeta. La posterior influencia del francés y, en menor medida, del italiano, hizo el resto del recorrido de las lenguas latinas.

La diversidad en el uso de las lenguas de nuestra familia y la necesaria condición bilingüe de muchos de sus hablantes, así como la desigual suerte que han corrido muchas de ellas, marcan las diferencias actuales. No todas tienen, condicionadas por la evolución, el mismo reconocimiento político, ni han alcanzado un desarrollo cultural paralelo, ni sus hablantes le conceden la misma consideración y uso, y también han surgido territorios de lenguas en contacto porque eso es lo que ha sucedido siempre.

A nuestra familia de lenguas neolatinas las unen características comunes evidentes: en la configuración fonética o fonológica el ritmo silábico resulta especialmente distintivo; la habitual tendencia a perder la sílaba átona latina pone de relieve la importancia del acento; los nombres pertenecen a dos clases definidas por el género, conocidas como masculino y femenino; existe una correlación razonable, aunque en absoluto perfecta, con la diferenciación sexual en el caso de referentes animados; desaparecen las declinaciones, salvo en rumano, que se conserva un sistema de tres casos. Comunes son también los sistemas de concordancia y sus exigencias (nombre y sustantivo, sujeto y verbo…); un fondo común se descubre en la forma de los pronombres personales y posesivos, aunque en este caso el patrón latino es el seguido también por la mayoría de las lenguas indoeuropeas; en el sistema verbal, las construcciones analíticas, es decir, las formadas mediante verbos auxiliares,

sustituyen a las sintéticas. Coinciden también los mecanismos de creación de nuevas palabras: la capacidad para el cambio funcional (de nombre a adjetivo y viceversa, de infinitivo verbal a nombre, de participio a adjetivo…). Muy extendido, aunque no coincide en todas las lenguas, es el procedimiento para la creación de adverbios en mente: el francés *doucement* (suavemente), el italiano *raramente*, el occitano y catalán *bellamen(t)*, el portugués *ornamente* (cruelmente), el sardo *finalmenti* (finalmente). Coinciden también muchas preposiciones: *supra* (sobre), *contra* (contra), *ad* (a), *ante* (antes, delante), *inter* (entre) y *de* (de) tienen equivalencias en casi todas las lenguas románicas.

La semejanza más patente reside en las palabras, donde se revela inconfundiblemente el origen común. Las pruebas decisivas aparecen en las más utilizadas, en las de todos los días. Se calcula que entre el 60 y el 80% del léxico está compuesto por palabras que se vienen utilizando de forma ininterrumpida desde la época romana, y que por tanto están directamente relacionadas con el latín. Una gran parte de los neologismos han vuelto a inspirarse en el latín o en el patrimonio románico. Con tan grandes coincidencias cualquier persona familiarizada con alguna de ellas no tiene demasiadas dificultades para reconocer al menos la mitad de las palabras habituales de otra. En español y portugués, y también en francés y occitano, pueden llegar a coincidir hasta el 90% del vocabulario básico. El italiano, a modo de lengua comodín, puede tener alrededor de un 80% de coincidencias con la mayoría de las demás. Existe, consecuentemente, un amplio grado de mutua inteligibilidad o al menos una facilidad para franquear, amparados en cierto nivel cultural, las barreras lingüísticas. Se dice que el catalán y el occitano salvan las diferencias que alejan el grupo compacto que forman el español y el portugués y el gallego, y las lenguas más centrales como el francés y el italiano.

He aquí, ordenadas por número de hablantes, la distribución de las lenguas románicas en la actualidad, es decir, el latín contemporáneo:

Lenguas románicas	*Hablantes*	*Dominio lingüístico**
español o castellano	365.288.000	México (85.871.000 + 13.265.000 lengua vehicular o añadida), Colombia (40.910.000 + 352.000), Argentina (35.682.000 + 1.164.000), Estados Unidos** (31.230.000), España (30.373.000 + 10.436.000), Venezuela (24.795.000 + 553.000), Perú (21.657.000 + 5.279.000), Chile (13.740.000 + 1.537.000), Ecuador (12.088.000 + 915.000), Cuba (11.295.000), República Dominicana (8.540.000), Bolivia (7.537.000 + 4.921.000), Honduras (6.611.000), El Salvador (6.515.000), Guatemala (6.311.000 + 3.416.000), Nicaragua (5.350.000 + 92.000), Costa Rica (4.044.000), Puerto Rico (3.297.000), Uruguay (3.235.000), Paraguay (3.108.000 + 2.267.000), Panamá (2.158.000), Canadá (236.000), Belice (234.000), Francia (224.000), Australia (104.000), Suecia (57.000), Bélgica (50.000), Andorra (29.000), Aruba (7.000).

* La cifra que precede y sigue al símbolo + indica respectivamente los hablantes de lengua nativa y principal, y los de lengua secundaria o añadida.

** California, Arizona, Nuevo México y Tejas. También Florida y la ciudad de Nueva York. Su uso como lengua adquirida está ampliamente extendido por todo el país.

Lenguas románicas	*Hablantes*	*Dominio lingüístico**
español o castellano	365.288.000	México (85.871.000 + 13.265.000 lengua vehicular o añadida), Colombia (40.910.000 + 352.000), Argentina (35.682.000 + 1.164.000), Estados Unidos** (31.230.000), España (30.373.000 + 10.436.000), Venezuela (24.795.000 + 553.000), Perú (21.657.000 + 5.279.000), Chile (13.740.000 + 1.537.000), Ecuador (12.088.000 + 915.000), Cuba (11.295.000), República Dominicana (8.540.000), Bolivia (7.537.000 + 4.921.000), Honduras (6.611.000), El Salvador (6.515.000), Guatemala (6.311.000 + 3.416.000), Nicaragua (5.350.000 + 92.000), Costa Rica (4.044.000), Puerto Rico (3.297.000), Uruguay (3.235.000), Paraguay (3.108.000 + 2.267.000), Panamá (2.158.000), Canadá (236.000), Belice (234.000), Francia (224.000), Australia (104.000), Suecia (57.000), Bélgica (50.000), Andorra (29.000), Aruba (7.000).

* La cifra que precede y sigue al símbolo + indica respectivamente los hablantes de lengua nativa y principal, y los de lengua secundaria o añadida.

** California, Arizona, Nuevo México y Tejas. También Florida y la ciudad de Nueva York. Su uso como lengua adquirida está ampliamente extendido por todo el país.

Lenguas románicas	*Hablantes*	*Dominio lingüístico*
		Brasil, Filipinas, Guinea Ecuatorial
portugués	187.372.000	Brasil (174.226.000), Portugal (10.079.000), Mozambique (1.206.000 + 7.363.000), Francia (691.000), Estados Unidos (627.000), Canadá (234.000), Paraguay (174.000), Timor oriental (80.000), Australia (28.000), España, enclaves fronterizos (10.000), China, Macao (10.000), Andorra (7.000), Guinea-Bissau (— + 7.498.000), Angola (— + 3.822.000), Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe.
francés	71.096.000	Francia (55.974.000), Canadá (7.349.000), Bélgica (3.376.000), Estados Unidos (2.150.000), Suiza (1.410.000), Italia (302.000), Polinesia francesa (197.000), Nueva Caledonia (75.000), Mayotte (68.000), Australia (47.000), Burkina Faso (44.000 + 5.419.000), Mauricio (42.000), Vanuatu (29.000), Luxemburgo (14.000), Mónaco (14.000), Andorra (5.000), Marruecos (— + 11.905.000), Costa de Marfil (— + 8.326.000), Argelia (— + 6.243.000), Camerún (— + 4.700.000), Congo

Lenguas románicas	*Hablantes*	*Dominio lingüístico*
francés	71.096.000	(Kinshasa) (— + 4.062.000), Senegal (— + 3.547.00), Chad (— + 2.774.000), Togo (— + 2.704.000), Madagascar (— + 2.464.000), Congo (Brazzaville) (— + 1.960.000), Níger (— + 1.694.000), Haití (— + 1.535.000), Malí (— + 1.195.000), Gabón (— + 1.108.000), República Centroafricana (— + 942.000), Líbano (— + 896.000), Guinea (— + 795.000), Benín (— + 661.000), Ruanda (— + 576.000), Vietnam (— + 395.000), Martinica (— + 380.000), Burundi (— + 285.000), Mauritania (— + 274.000), Reunión (— + 232.000), Guinea Bissau (— + 137.000), Las Comoras (— + 104.000), Yibuti (— + 71.000), Guadalupe, Guayana francesa, Guinea Ecuatorial.
italiano o toscano	56.792.000	Italia (52.956.000), Estados Unidos (1.121.000), Argentina (647.000), Suiza (562.000), Canadá (537.000), Australia (439.000), Francia (264.000), Bélgica (252.000), Luxemburgo (14.000).

Lenguas románicas	*Hablantes*	*Dominio lingüístico*
rumano	21.992.000	Rumania (19.346.000), Moldavia (2.646.000).
lombardo	9.140.000	Norte de Italia: Lombardía. Bilingües con el italiano.
napolitano-calabrés	7.800.000	Italia: Nápoles y Calabria. Bilingües con el italiano.
catalán-balear-valenciano	7.201.000	Cataluña y Baleares (6.886.000), Francia (264.000), Italia (29.000 en la isla de Cerdeña), Andorra (22.000). Bilingües con el español, francés o italiano.
siciliano	4.800.000	Italia: Isla de Sicilia. Bilingües con el italiano.
gallego	2.604.000	España: Galicia. Bilingües con el español.
veneciano	2.210.000	Italia: región de Venecia. Bilingües con el italiano.
piamontés	2.000.000	Italia: Piamonte (noreste del país). Bilingües con el italiano.
ligur	1.920.000	Italia: Liguria. Bilingües con el italiano.
sardo	1.492.000	Italia: Isla de Cerdeña. Bilingües con el italiano.
occitano	711.000	Mitad sur de Francia fragmentada en *patois*. Sus hablantes son bilingües con el francés.

Lenguas románicas	*Hablantes*	*Dominio lingüístico*
friulano	702.000	Italia: norte del país, en la zona de los Alpes. Bilingües con el italiano.
corso	101.000	Francia (81.000 en Córcega), Italia (20.000 en Cerdeña)
sefardí o judezmo	100.000	Israel y Turquía. Bilingües con el turco o el hebreo.
asturiano o bable	100.000	España: Asturias. Bilingües con el español.
romanche o retio	41.000	Suiza: cantón de los Grisones, en la frontera de Austria e Italia. Bilingües con el alemán.
ladino o dolomita	20.000	Italia: montañas Dolomitas y sur del Tirol. Bilingües con el italiano.
aranés	4.000	España: Valle de Arán (Cataluña)
dálmata	s/h	Se habló en las costas de la actual Croacia hasta el siglo XIX.
mozárabe	s/h	Se habló en la España ocupada por los musulmanes hasta el siglo XVI.

De esta amplia lista, sólo los hablantes de cinco de ellas, español, portugués, francés, italiano y rumano, pueden permitirse ser monolingües, el resto parece obligado a conocer otra lengua territorial de mayor entidad.

36

Lenguas condicionadas

En Tartaristán, territorio ruso cercano a Moscú, se habla una lengua túrcica, el tártaro, que tiene su concentración de hablantes en la ciudad de Kazán y que extiende su dominio hacia el oeste de los Urales. Los tártaros dominaron Moscú durante doscientos cincuenta años. Por entonces, y también después, tártaros y rusos, altaicos y eslavos, convivieron y celebraron matrimonios mixtos, incluso entre la nobleza. En el siglo XV los poderes se equilibraron, y pronto el ruso eclipsó al tártaro y pasó a ocupar un uso aventajado. Los hablantes de tártaro, sin embargo, han tenido tradicionalmente gran relevancia cultural dentro de las lenguas túrcicas, fundada, con razón, en su desarrollo literario. Desde principios del siglo XIX el tártaro recupera su vigor y se difunde generosamente por escrito. De esa época datan también las primeras universidades en tártaro, y desde entonces no ha dejado de ocupar un lugar relevante, sobre todo en las primeras décadas del siglo XX. Pero toda la dimensión cultural del hablante de tártaro se somete hoy al conocimiento del ruso: televisión, aunque alguna cadena retransmita en tártaro; prensa, salvo algún periódico testimonial; cine y teatro, salvo pequeñas concesiones; conferencias, congresos, librerías, bibliotecas… Imaginemos que los tártaros desean impulsar su lengua, introducirla en todas las necesidades de la vida diaria y cultural. La normalización pasaría por expulsar de su territorio, no sin procedimientos fanáticos, exclusivistas y provocativos, al ruso. Si el ruso o el tártaro dominaron militar y culturalmente uno más que otro no es ahora tema de discusión. La solución del siglo XXI no permite volver al pasado para revisar la historia. Si el latín no hubiera conquistado el Mediterráneo, no existirían las lenguas románicas, y la intromisión del ruso en Asia se parece a la del latín en Europa, a la del anglo en Inglaterra, a la del castellano en América, y también a la del francés en África, o a la del holandés en Ciudad del Cabo… Es verdad que los tártaros, si los rusos se lo permiten, podrían hacerse con un ejército para reconquistar

su dominio lingüístico e imponer su lengua, o bien solicitar una autonomía tan grande que prohibieran de un plumazo la enseñanza en ruso, aunque el ruso sea, en la práctica, la lengua de la transmisión cultural. Inmediatamente se haría necesario programar todo un bagaje en tártaro, el mismo que ha creado el ruso. Algo absolutamente imposible en la inmediatez porque la historia es como ha sido, y no de otra manera.

El hablante de tártaro depende de la lengua rusa; el de bretón, de la francesa; el de siciliano, del italiano; el de faroés, del danés; el de bereber, del árabe… y así podríamos hacer una inmensa lista de lenguas condicionadas.

Amparados en la ratificación de la *Carta europea de las lenguas regionales y minoritarias* de 1999, grupos comprometidos exigieron en Francia que el alsaciano, el vasco, el catalán, el bretón, el corso, el creole y el occitano, lenguas patrias regionales amenazadas de desaparición, algunas habladas en el territorio durante milenios, fueran protegidas, reconocidas y promovidas hasta alcanzar su igualdad con la lengua unificadora, el francés. Abierto un protocolo para que una ley facilitara la integración, se encargó un informe a los expertos dirigido por el lingüista Bernard Cerquiglini[20]. Aquel riguroso estudio puso de manifiesto, aunque bien podría existir otro comité de expertos que dictaminara de manera distinta, que en Francia no hay siete lenguas minoritarias en peligro de desaparición, sino unas setenta y cinco. Constatados los hechos, estudiadas las razones, el principio de lo políticamente correcto aplicado a la igualdad de las lenguas generó una situación de bloqueo, de confusión y de dudas. ¿Es posible proteger o promover sin naufragar a setenta y cinco lenguas con el mismo grado de derechos? Y si consideramos que no se puede hacer, ¿cómo justificar el abandono del principio de igualdad? La reflexión, sin embargo, no puede quedarse ahí. Un análisis minucioso podría mostrarnos que las lenguas minoritarias más habladas no son necesariamente las que habría que promover en prioridad. Manteniendo la mirada en el territorio francés, las lenguas precolombinas de la Guayana tendrían para sus hablantes una importancia práctica mucho mayor que la del occitano en el sur de Francia, o el bretón en el norte.

El viaje por la historia del viejo continente propició la fragmentación y distribución caprichosa de las lenguas. Expansión tras contracción, victorias y derrotas, tratados y alianzas, pactos y compromisos dibujaron fronteras ajenas a los pueblos, y también a las lenguas. De aquellas polvaredas nacieron los quebrados entornos que hoy exigen el bilingüismo a muchos hablantes que desde el monolingüismo de su lengua principal no podrían cubrir la totalidad

de sus necesidades comunicativas. ¿Y cuáles son las lenguas que en Europa permiten el monolingüismo? No muchas. Sólo aquellas capaces de satisfacer cualquier necesidad comunicativa en toda situación y circunstancia. Las que han perdido en la historia, sin salir del ámbito de la comunicación, su uso en determinadas necesidades, han de ser completadas por otras que se añaden, irremisiblemente, a la principal o materna.

Más de cincuenta lenguas europeas, y miles si buscamos por los rincones del planeta, han sido de alguna manera atrapadas por condicionamientos históricos. Aquellas convulsiones o cambios obligaron a sus hablantes a añadir, y luego mantener, una generación tras otra, la condición de bilingües. La primera, la de los inicios, la materna o principal, que cubre la función familiar y social, la del entorno inmediato, la segunda es complemento para el resto de las necesidades comunicativas. En la lengua complementaria se escriben la mayoría de los libros de referencia, se publican los periódicos y revistas, se transmiten los principales usos escritos y es puerta hacia lo internacional.

Lo que parece triste, eso sí, tan ingenuo como desalmado, es que detrás de cada frontera política exista una fecha memorable donde en una batalla, más o menos conocida, perdieron la vida no sé cuántos patriotas que se enfrentaban al enemigo, también patriota, pero de otra lengua o territorio. Luego trazaron demarcaciones sin respeto a las lenguas. Y si el ejército de Hitler hubiera conquistado Europa… Y si los fenicios hubieran tenido una poderosa armada para defenderse de los griegos… Entonces el alemán sería lengua de referencia obligada en Europa y el fenicio habría echado raíces en el Mediterráneo. Otros resultados podrían haber trazado fronteras distintas: con Napoleón dueño de Europa, tártaro y ruso podrían tener el mismo estatus, el de prisioneras bilingües del francés. Y si las victorias hubieran acompañado a la invasión árabe hasta el final, español y francés podrían ser hoy lenguas cautivas del árabe. Pero ya, tantos años después, nadie lamentaría aquello. Rara vez una lengua culturalmente inferior ha desplazado a otra de mayor desarrollo. Las guerras, las disputas territoriales, han trazado y destrozado la geografía lingüística y son muchas las lenguas del mundo, sí, pero la mayoría de ellas sometidas a otras. Y a ver quién se atreve ahora a poner parches en los pinchazos de la historia.

LENGUAS EUROPEAS CONDICIONADAS POR EL BILINGÜISMO

Lengua	*Familia*	*Lengua complemento*	*País*	*Hablantes*	*Uso escrito*	*Transmisión familiar*
lombardo	románica	italiano	Italia (Lombardía)	9.140.000	escaso	sí
napolitano-calabrés	románica	italiano	Italia (Calabria)	7.800.000	escaso	sí
siciliano	románica	italiano	Italia (Sicilia)	4.800.000	escaso	sí
catalán (central y balear)	románica	español	España (Cataluña y Baleares)	4.000.000	oficial	sí
gallego	románica	español	España (Galicia)	2.604.000	oficial	sí
veneciano	románica	italiano	Italia (Venecia)	2.210.000	escaso	sí
piamontés	románica	italiano	Italia (Piamonte)	2.000.000	escaso	sí
valenciano	románica	español	España (Valencia)	2.000.000	oficial	sí
ligur	románica	italiano	Italia (Liguria)	1.920.000	escaso	sí
sardo	románica	italiano	Italia (Cerdeña)	1.492.000	escaso	sí
occitano (variedades)	románica	francés	Francia (Sur)	920.000	raro	escasa
checheno	caucásica	ruso	Rusia (Chechenia)	898.000	sí	sí
bretón	celta	francés	Francia (Bretaña)	813.000	sí	estable
votiaco o udmurt	urálica	ruso	Rusia (Udmurt)	713.000	sí	sí
friulano	románica	italiano	Italia (Friul)	702.000	raro	apenas
vasco (vizcaíno, guipuzcoano)	desconocida	español	España (País Vasco)	641.000	sí	sí
frisón	germánica	holandés	Holanda (Frisia)	613.000	raro	apenas
avaro	caucásica	ruso	Rusia (Daguestán)	604.000	sí	rara
osético (del norte)	irania	ruso	Rusia (Osetia)	463.000	sí	estable

buriato	altaica	ruso	Rusia (Buriatia)	453.000	sí	apenas
cabardiano	caucásica	ruso	Rusia (Cabardiano)	367.000	sí	en receso
comí o ciriano	urálica	ruso	Rusia (Komi)	354.000	sí	sí
dargínico	caucásica	ruso	Rusia (Daguestán)	353.000	sí	rara
lezguio	caucásica	ruso	Rusia (Daguestán)	295.000	sí	rara
catalán rosellonés	románica	francés	Francia (Rosellón)	263.000	sí	estable
inguso	caucásica	ruso	Rusia (Ingusetia)	253.000	sí	estable
comí pérmico	urálica	ruso	Rusia (Komi)	147.000	sí	estable
abjaso	caucásica	ruso	Georgia (Abjasia)	119.000	sí	estable
osético (del sur)	irania	georgiano	Georgia (Osetia)	118.000	sí	estable
carelio-laco	urálica	ruso	Rusia (Carelia)	117.000	escaso	en receso
vasco (suletino, labortano)	desconocida	francés	Francia (País Vasco)	102.000	escaso	en receso
asturiano o bable	románica	español	España (Asturias)	100.000	escaso	estable
tabasarano	caucásica	ruso	Rusia (Daguestán)	97.000	sí	estable
abjaso	caucásica	georgiano	Georgia (Abjasia)	88.000	sí	apenas
corso	románica	francés	Francia (Córcega)	81.000	escaso	en receso
escocés	celta	inglés	Reino Unido (Escocia)	79.000	sí	en receso
marí o cheremis	urálica	ruso	Rusia (Mari)	66.000	sí	en receso
irlandés, erse	celta	inglés	Irlanda	62.000	oficial	apenas
galés	celta	inglés	Reino Unido	62.000	sí	en receso
romanche o retio	románica	alemán	Suiza (Grisones)	41.000	oficial	estable
néncico	urálica	ruso	Rusia (Nenets)	30.000	escaso	sí
sorbio o sorabo	eslava	alemán	Alemania (Sajonia)	25.000	raro	en receso
ladino o dolomita	románica	italiano	Italia (Alpes)	20.000	raro	en receso
casubio	eslava	polaco	Polonia (Casubia)	3.000	raro	no

No aparecen en la tabla otras lenguas que, con sólo unos miles de hablantes, están abocadas a una pronta desaparición como el tuaguí o nanasan, selcupo, vepsio, mansí o vogul, jantí u ostiaco, de la familia urálica de las que sus hablantes han dejado de sentirse orgullosos, o se han cansado de mantenerlas, y ya no las transmiten. Taciturnas, melancólicas, nostálgicas en boca de unos cientos de hablantes, en las próximas generaciones desaparecerán.

37

El aranés, perdido en un valle

El latín hablado en las Galias corrió la misma suerte que el latín hispánico, se astilló en numerosas hablas. Una de aquéllas, desarrollada en Provenza, fue temprana en su desarrollo literario y a partir del siglo XII extendió su fama, influyó y abrió las puertas para la inspiración literaria de otras lenguas románicas como el catalán, el toscano, el propio francés y el castellano. Desarrolló con prestancia su literatura entre los siglos XIII y XIV, fue admirada y respetada, y por entonces nada dejaba suponer que otra lengua del norte, el francés, estaba destinado a desplazarla y a contribuir a la pérdida de su uso a partir del siglo XV. Desde entonces se habla del provenzal como lengua anclada en la historia, mientras otra denominación, la de occitano, sirve para las hablas del sur, incluido el provenzal, que tienen en común el uso de *oc* para decir *sí*.

Esas hablas, las occitanas, ninguna de ellas acostumbrada a deslizarse en la escritura, ocupan un amplio territorio comprendido entre una línea imaginaria entre Angulema y Lyon en su frontera norte, y los Pirineos al sur. Teniendo en cuenta el escaso interés que sus hablantes ponen por ser incluidos en las cifras de estadísticas, eludiremos hablar del probable millón de usuarios de lo que los franceses llaman *patois* de forma algo despectiva, pero sin que nadie se moleste.

El sistema vocálico y consonántico de los diferentes *patois* coincide prácticamente con el del francés. Si tenemos en cuenta que el provenzal está en el origen, no podemos desdeñar esa colección de hablas por la desasistida situación en que viven, pues nos prestaron palabras relacionadas con el campo como *ciprés, laurel* y *perejil*, y también otras variadas como *embajada, lisonja, flauta, jornada, farándula* y *montón*, que han entrado y se han acomodado en nuestro léxico y que están entre las frecuencias máximas de uso. Hoy siguen siendo destacados *patois* el limusín, hablado en un rincón noroccidental del dominio que tiene como ciudades de importancia Limoges y

Perigeux; el overniano, al sur de Clermont-Ferrand, el provenzal alpino, que se extiende entre el curso medio del Ródano y los Alpes; y en el dominio meridional, el languedociano, variedad más o menos utilizada en las zonas comprendidas entre las ciudades de Montalbán y Perpiñán, pasando por Albi y Carcasona.

Y se añade a esta lista el gascón, que tiene un nombre que podría proceder de vascón, antiguos vascones. Se habla el gascón al sur y oeste del río Garona, y también en el ahora español Valle de Arán en boca de unos cuatro mil vecinos, donde recibe el nombre de aranés.

Gasconia perteneció a Inglaterra hasta el final de la Guerra de los Cien Años. El rey Ricardo Corazón de León hablaba gascón y se consideraba un trovador. Desde 1453 se une a la Corona francesa, pero Bearn, pequeño territorio al pie de los Pirineos, no se integra hasta más tarde, en 1589, y el gascón permanece allí como lengua principal hasta 1620 en que es anexionado. Desde entonces la lengua vernácula queda asimilada a favor del francés. Arán en vasco significa «valle», y la lengua, que no es sino el gascón del valle-valle, por lo de «Val d’Aran» ha tenido la fortuna, sin embargo, de alojarse en territorio español, provincia de Lérida, y ceñirse de gloria, ¡quién se lo iba a decir!, el 28 de junio de 1990 cuando fue declarada oficial, pero cuidado, junto con el castellano y el catalán. ¡Tres obligadas lenguas para los araneses…! Imaginamos que también aprenden inglés en el colegio.

Según su estatus, el aranés ha de ser la lengua de uso del Conselh Generau d’Aran (Consejo General de Arán) y de los ayuntamientos del valle. Y diremos también que aunque los topónimos de Cataluña, incluidos los nombres de calles, tienen como única forma oficial la catalana, los del Valle de Arán se apropian de la lengua gascona. Así, los indicadores de los pueblos y los nombres de sus calles están escritos en aranés. Desde mayo de 2001 existe una normativa oficial del citado *Conselh* que regula el sistema de certificación de los distintos niveles de conocimiento de la lengua propia del dominio.

En recto servicio a la verdad, por si algún lector anda despistado, debemos añadir que la lengua más utilizada en el valle es el castellano, materna para casi el 40% de la población; para el 35%, es decir, unos tres mil, es el aranés; el catalán pertenece al 20% restante.

Es característico del gascón y de su variedad aranesa el haber aspirado la *f-* inicial latina, como el castellano, y sospechamos que por la misma influencia, la vasca. Así el latín *fariña* es *haria* (harina), y *filia* se transforma en *hilha* (hija), e incluso «flor», que en español no la pierde porque se

introduce como cultismo, es *hlor*. Suprime, como el gallegoportugués la *-n-* intervocálica: *lua* (luna). Y, evolución curiosa, en las palabras latinas que empiezan por *r*, la consonante se duplica en gascón y se añade el prefijo *a-*. De esta manera se forma la palabra *arriu* para «río».

¡Que Dios le conceda larga vida al gascón en su variedad aranesa…!

38

La lengua de los gitanos

Tribus nómadas indoeuropeas de la familia indoaria llegaron a Grecia, por entonces bajo el Imperio bizantino, al final del siglo IX; y en una segunda oleada en el XIII. Hablaban una lengua, el romaní, tan emparentado con el hindi que tiene en común más de la mitad del vocabulario de mayor uso. Ambas migraciones se agruparon al pie de monte Gype, y el lugar se empezó a llamar «el pequeño Egipt», y sus habitantes «egiptos» o «egiptanos», palabras que han evolucionado a *gitans* en Francia, *gypsie* en Inglaterra y *gitano* en España. También se les ha llamado *bohemios* en el centro de Europa porque Bohemia fue importante centro romaní entre el siglo XV y mediados del XX. La palabra cíngaro, con la que también se les nombra, procede del griego «*athinganos*», que significa «*el que no quiere tocar ni ser tocado*». Los cíngaros o romaníes instalados en Finlandia aún se saludan sin dar la mano, actitud que se relaciona con las reglas de las castas superiores de la India para preservar su pureza ritual.

A partir del siglo XIV estos y otros grupos emigraron por Europa. Los que se instalaron en España, en pequeños grupos o familias, recibieron el nombre de calés, que significa «negro», para distinguirlos de los visitantes visigodos, que eran «blancos», es decir, rubios. Ellos se llamaban a sí mismos «Romane Chave», hijos de Ram, que es el héroe de la epopeya india Ramayana.

Los hablantes de romaní rara vez fueron bien recibidos en su peregrinar europeo. Entre otras muchas afrentas se cree que alrededor de un millón fueron exterminados en la Alemania nazi entre 1933 y 1945, pero, pobres en espacios sociales, a estas víctimas pocas veces se les pone en el recuerdo.

La generación actual de hablantes de romaní en Europa, en sus distintas variedades, puede rondar el millón y medio. La posibilidad de evaluar su uso con la relativa precisión que se da en otras lenguas es prácticamente imposible. Son numerosos, aunque a veces no se vea, los que se han integrado lingüística y culturalmente en su país de adopción. Para los que quedan, su

carácter nómada dificulta o impide el censo. Complica también, en el otro sentido, la frecuente omisión de aquellos que viven asimilados en su país de residencia.

El calé hablado en España es una mezcla del dialecto romaní y la lengua del entorno, incluidas las regionales, o un ajuste de la lengua vernácula al sustrato romaní. La mayoría del medio millón de gitanos españoles cada vez lo usa menos, tal vez ni siquiera la quinta parte lo mantiene.

El romaní, conocido por tantos nombres como países que frecuenta, ni está protegido entre las lenguas firmadas por España en la *Carta Europea de las Lenguas Minoritarias o Regionales*, ni es mencionada en ninguno de los Estatutos de Autonomía. Tampoco ha merecido particular consideración en otros países de la Unión Europea. A veces se ha confundido, por la marginalidad social del pueblo, con las jergas de los delincuentes. Tienen origen calé los apelativos *gachó, chaval, chico* y *churumbel*, los verbos *currar* y *molar*, e igualmente los sustantivos *parné*, *pinrel* y *piltra*, y el adjetivo valorativo *fetén* en el sentido de excelente.

A pesar de la dispersión y variedad de lenguas con las que entra en contacto, mantiene características comunes como la tendencia a la simplificación del sistema fonológico. Conserva, sin embargo, su estructura original, recordada con firmeza en la distinción entre nombres animados e inanimados, en los seis casos de la declinación, en la colocación de los adjetivos ante el nombre, y en las influencias griegas, entre ellas la estructura del verbo. En algunas variedades el nombre de los números *siete*, *ocho y nueve* son préstamos del griego.

El romaní vive hoy diversificado y fragmentado por el contacto con las lenguas de los países en que han vivido sus hablantes, fuertemente influidos por la lengua de convivencia tanto en fonética como en calcos gramaticales y léxicos. Esa influencia del vocabulario local complica e impide la comprensión entre sus hablantes, aunque el fondo común de la lengua permite en muchos casos la comunicación elemental.

39

La endeble consistencia del aragonés

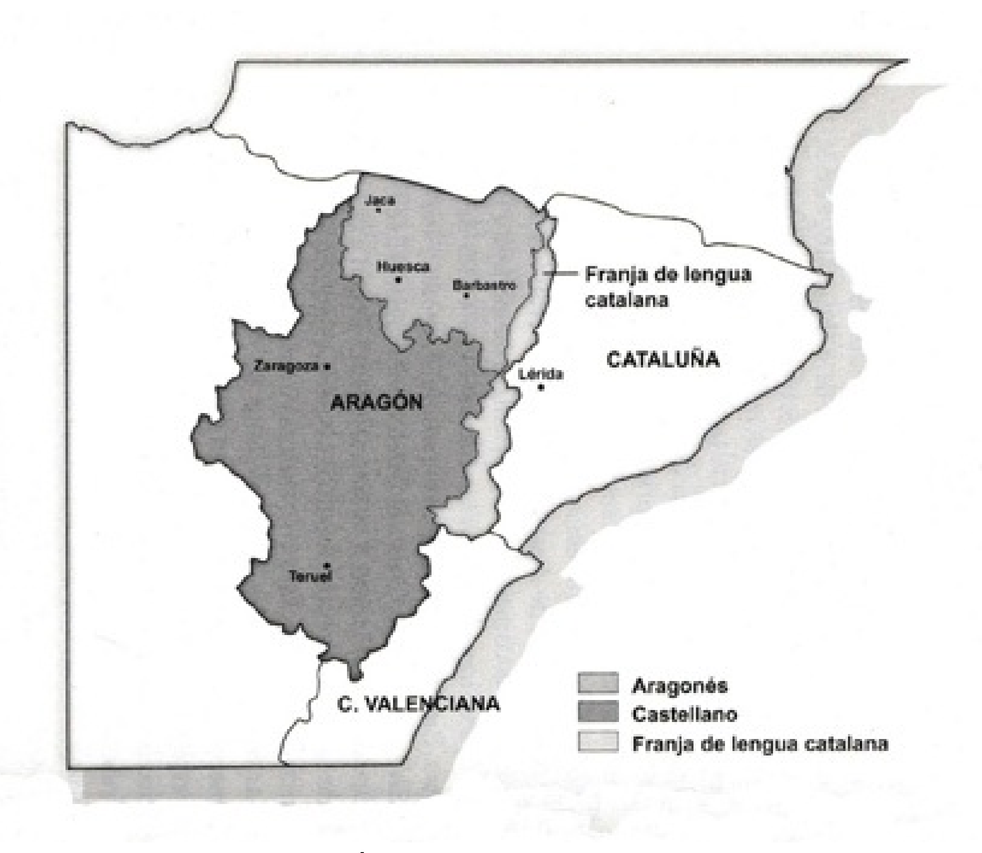
El aragonés, también llamado fabla aragonesa, nació entre dos lenguas hermanas, el catalán y el castellano. Pero a diferencia de ellas, no se expandió en boca de los conquistadores en la reconquista, quedó estancado y se mantuvo disperso y condicionado por un permanente distanciamiento de sus modalidades. En el siglo XIX todavía se hablaba en casi toda la provincia de Huesca, excepto la franja oriental, y zonas limítrofes de Zaragoza. Un gran retroceso se produjo en los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Desinteresados por su uso, los hablantes dejaron de transmitirlo. Sólo algunos rincones del Valle de Hecho o de Gistaín se aferraron a la continuidad. Y llegó al siglo XX fragmentado en hablas, huérfano de estudios que consideraran su presencia, lindante con el agrafismo y en absoluto abandono. Agotado por tan larga decadencia, los restos son residuos dispersos y confusos en los que resulta difícil distinguir lo que hay de aragonés y de castellano en las hablas espontáneas porque todas ellas están condicionadas por el privilegio que sus usuarios conceden a la lengua escrita, el español. Como prueba evidente de decadencia, los adultos la conservan con más pureza que los jóvenes.

En la década de 1970 se inició un tímido intento de recuperación y ponderación en busca de un modelo de referencia. Es el periodo de las publicaciones, auspiciadas por la idea de implantación de las lenguas regionales que recorría España y también por la creación del «Consello d’a Fabla Aragonesa». Aquellas iniciativas han dejado huellas y ahora parece existir una mirada más general allí donde sólo se localizaban manifestaciones inconexas.

En busca de un *aragonés común* de referencia se celebró en Huesca, en 1987, el primer «*Congreso ta ra normalización de l’Aragonés*». La convención se cerró con una normativa para la ortografía. Una vez revitalizado y promocionado, en la medida en que una lengua puede admitir la

creación artificial, hay quien realiza cursos para su aprendizaje con más ánimo exótico que práctico. También han proliferado las publicaciones. Libros como *No deixez morir a mía boz*, de Anchel Conte, reivindican su uso. Asociaciones culturales como Ligallo de Fablans de l'Aragonés, Asoziazión Cultural Nogará, Rolde de Estudios Aragoneses o Grupo d'Estudios de la Fabla Chesa organizan cursos de promoción o conferencias, y también conciertos y exposiciones. Sin embargo, la lengua está ausente de las aulas de colegios y universidades. En el año 2001 el Gobierno de Aragón presentó a exposición pública un anteproyecto de ley de lenguas. Finalizado el periodo de muestra, no nació proyecto de ley alguno. La iniciativa quedó relegada y no llegó al Parlamento.

El Estatuto de Aragón de 1982 indica, sin compromiso, que «las diversas modalidades lingüísticas gozarán de protección». El precepto se reformó en 1996, y el artículo séptimo quedó del siguiente modo: «Las lenguas y modalidades lingüísticas propias de Aragón gozarán de protección. Se garantizará su enseñanza y el derecho de los hablantes en la forma que establezca una ley de Cortes de Aragón para las zonas de utilización predominante de aquéllas.» En 1997 se aprobó en las Cortes de Aragón el dictamen de la comisión especial de política lingüística. En él se indicaban las líneas maestras que debía tener la Ley de Lenguas de Aragón, y se instaba a su presentación antes de final de 1997, pero la fecha se superó sin cambio alguno. En 1999 las Cortes de Aragón aprobaron la Ley de Patrimonio Cultural, primera ley que hace un reconocimiento expreso de la lengua aragonesa.



EXTENSIÓN DE LAS HABLAS ARAGONESAS

Las fablas aragonesas aparecen dispersas y aisladas en la región norte de Aragón. Mantiene cierta densidad de hablantes la comarca de la Jacetania, que incluye a las variedades llamadas *cheso* y *ansotano*. Los valles de Tena, Ara, Bió y Cinca albergan al *tensino, bergotés* y *belsetán*. En los valles de Chistau, Fueba y Ribagorza, se habla *benasqués* o *fócense*, y otras variedades llegan a la Hoya de Huesca y Somontano de Barbastro. Algo más castellanizado aparece tanto en comarcas meridionales como en las septentrionales de la provincia de Zaragoza. Un número indeterminado de aragoneses de zonas urbanas dicen haberla aprendido en un intento exótico y melancólico por mantenerla viva. Abundantes restos léxicos de la frustrada lengua navarroaragonesa se esparcen por toda la comunidad, excepto la zona más oriental de lengua catalana, e incluso morfosintácticos en las zonas castellanizadas de modo relativamente reciente como Cinco Villas, Monegros y Cinca Medio.

Tampoco las encuestas de Aragón incluyen las preguntas que necesitaría el lingüista, del tipo: «¿cuál es su lengua principal?», aunque después apareciera otra que pregunte por el nivel de conocimiento. Mientras tanto una cifra estimativa considera que los hablantes que más o menos la utilizan

habitualmente podrían rondar los diez mil, a los que se cabría añadir algunos más con conocimientos y usos más o menos activos.

Muy particular se presentan las fablas en cuanto a la estima lingüística profesada por sus hablantes. Mientras los de avanzada edad se muestran favorables a la tradición, los jóvenes encuentran más útil entenderse en castellano.

Aunque de vez en cuando hay un parlamentario para proteger su uso, hasta ahora, y a muchos no les extraña, los proyectos institucionales han quedado tan deslucidos como la lengua.

40

El tortuoso camino del asturiano

A mediados del siglo XIX, en el despertar del gallego y el catalán, se produjo el gran retroceso del asturiano. Las razones, la preferencia de quienes participaban en la industrialización a favor de la lengua más provechosa. Por la misma razón las grandes multinacionales adoptan el inglés como idioma oficial de la compañía, única para reuniones de empleados de diversos países y para el correo interno. El buen uso del español, con independencia de los conocimientos de asturiano, se impuso como exigencia de rango social en Asturias. La burguesía lo habla, el pueblo la imita. Entrados en el siglo XX la escolarización y los medios de comunicación arrinconaron a una lengua escasamente usada en la escritura. Por entonces el castellano se alía también con las clases modestas, y estrecha y condiciona el desarrollo del asturiano o bable que inicia un serio retroceso en los grandes núcleos urbanos, primero en boca de los jóvenes, que son los que podrían garantizar el futuro, y luego, por imitación, se interna en las áreas rurales.

Una nueva quiebra se produjo un siglo después en la generación de 1950. El abandono masivo del campo fue acompañado por el descuido en la lealtad lingüística. El proceso se acelera y hacia finales del siglo XX sólo un tercio de la población de Asturias, unas trescientas cincuenta mil personas, lo utilizan con distintos niveles de destreza e influencias. En las últimas generaciones la transmisión se muestra cada vez más lenta pese a algunos tímidos intentos de normalización. El asturiano o bable ha quedado así arrinconado en comarcas del interior, a veces con floja red de hablantes. En el litoral cada vez cuesta más encontrarlos. Por eso no parece real hablar de hablantes actuales monolingües de asturiano, pero sí de personas, generalmente de avanzada edad y zonas recónditas, que hacen su vida cotidiana casi enteramente en asturiano y que dominan a medias el castellano normativo. Hablas dispersas, en mayor o menor grado castellanizadas o asturianizadas se extienden por León, y en alguno de sus rasgos hasta Extremadura. La influencia llega a

Portugal, donde una de sus variedades, el mirandés, tiene vida y acomodo, junto al portugués, en la región de Miranda del Duero, antaño perteneciente al Reino de León. Desde 1998 goza de reconocimiento oficial y sirve en la comunicación diaria de unos quince mil mirandeses, aunque tal vez sólo sea lengua principal de la tercera parte de quienes en mayor o menor grado lo usan. La lengua mirandesa está protegida dentro de la *Carta Europea de Lenguas Regionales o Minoritarias* que firmó Portugal en 2001. El filólogo Leite de Vasconcelos, que lo dio a conocer en 1882, dijo de él que es «la lengua del campo, del trabajo, del hogar y del amor entre los mirandeses».



DOMINIO LINGÜÍSTICO DEL ASTURIANO

En los últimos años una importante actividad literaria en asturiano se aferra al mantenimiento escrito de la lengua. Alguna editorial contribuye a la apertura de cauces. Desde 1998 aparece con periodicidad semanal la revista *Les noticies*, con versión digital, y también los diarios en castellano suelen dar cabida a suplementos semanales o textos sueltos. También lo utilizan los medios audiovisuales, entre ellos la Televisión del Principado de Asturias. La Red contribuye a albergar páginas web tan económicas en la preparación como universales en la difusión. De manera testimonial se ha hecho algo de cine, principalmente cortometrajes. La actividad académica e investigadora sobre el asturiano y en asturiano queda reducida a la Universidad de Oviedo,

a cuya cabeza se halla la interesante labor investigadora del profesor Xulio Viejo Fernández, a la que se añade la auspiciada por la Academia de la Llingua Asturiana.

El asturiano se enseña, con carácter voluntario, en todos los niveles educativos desde primaria. La elección y aceptación de la asignatura es relativamente alta en los cursos bajos, luego decrece en secundaria y bachiller. La propia manera de concebir el estudio de la lengua y su difícil acomodo a los programas docentes incentiva el abandono. En los últimos años se ha producido una marcada sensibilización y puesta en valor, sobre todo en ambientes juveniles y universitarios, pero no ha llegado a producir la reacción esperada. El peso institucional es mínimo y los partidos políticos o el sistema general de vida es poco receptivo a la idea de una normalización lingüística. Una lengua que no puede permitirse la existencia de hablantes monolingües necesita exigentes medidas institucionales que marquen a sus hablantes, especialmente en la educación, en los medios de comunicación, en la presencia cultural activa y en la dignificación de una modalidad expresiva tan particularmente arraigada en las zonas menos favorecidas de la población.

Mientras tanto, el «castellano de Asturias» se extiende como registro coloquial del hablante que muestra una relativa destreza en el manejo del español normativo. Así, la charla se salpica de sustrato asturiano. Se oye en boca de los jóvenes de las ciudades, en el habla espontánea, un castellano asturianizado más que un asturiano castellanizado. Este segundo sería el *amestáu* o *mecíu*, variedad coloquial en boca de hablantes sensibles a la influencia castellana que suprimen rasgos autóctonos fuertemente diferenciales. Estos mismos rasgos aparecen, sin embargo, con ligereza, en la charla distendida. Y no es difícil oír asturianismos como los que surgen en los demostrativos *esti*, *esi: esti coche*, *esi perru*; la anteposición del artículo en los posesivos: *el mi coche, la tu hermana, la su casa*; la posposición del pronombre: *prestóme, hízote, quitáronnos*; el predominio de diminutivos en -*in*, con plural -*inos* (*perrín/perrinos*, e incluso *perrines*), así como determinadas interjecciones apelativas como *ho* o *ne*: *calla, ho* (*cállate, hombre*); *dímelo, ne* (*dímelo, mujer*).

Casi el 40% de los encuestados en Asturias identifica al asturiano como primera lengua aprendida en su infancia, pero un porcentaje importante, el 24%, dice haber aprendido una mezcla de las dos. Sólo uno de cada tres se muestran, sin recelos, hablantes de castellano sin influencias. Pero, no lo dudemos, la lengua de Asturias y León más generalizada, la que gana

irremisiblemente espacios, la más deseada, en último extremo, por la población, es, con diferencia, el español.

41

El bilingüismo en Galicia

Si los últimos años del siglo XIX habían servido para recuperar la dimensión literaria, y esa consistencia entra y queda instalada en el siglo XX, no sirvieron, sin embargo, para ampliar el uso oral del gallego. El principal obstáculo, según se dijo, la enseñanza monolingüe en castellano. El hecho es que el gallego retrocedía en todos los sectores sociales, y mucho más en los espacios urbanos que en los rurales.

La Real Academia Gallega se fundó en 1906, más tarde que la de otras lenguas regionales. La institución tomó a cargo la tarea de la normalización lingüística. Por entonces, e impulsada por los usos literarios del siglo XIX, la lengua seguía ganando prestigio. Las clases desfavorecidas tienen un más fácil acceso a la propiedad de la tierra porque se extiende como un paño la revalorización del nacionalismo, y también porque las instituciones prestigian la lengua y facilitan el uso en todo tipo de contextos comunicativos. Nacen publicaciones tan importantes como *A nosa terra* o la revista *Nós*. Los intelectuales se proponen eliminar el lastre folclórico y acercar su uso a las corrientes artísticas. Los autores de la llamada Generación de 1925 (Manuel Antonio, Luis Amado Carballo, Fermín Bouza Brey) se acogen al movimiento vanguardista. Y si el gallego no entraba en el lenguaje científico, el uso se potencia con la creación del Seminario de Estudos Galegos.

En 1931 el gallego es considerado, por primera vez en su historia, lengua oficial. El cambio de rumbo que se auguraba se vio pronto frustrado por la Guerra Civil de 1936. Tres años después los vencedores no dieron continuidad a las tendencias. Fueron suprimidos los privilegios lingüísticos y prohibidos o dificultados los usos en todo contexto comunicativo.

Durante los años cuarenta casi toda la literatura gallega y buena parte de las otras peninsulares se escriben en el exilio. Alfonso Rodríguez Castelao, Eduardo Blanco Amor, Luis Seoane y Rafael Dieste conservaron la identidad

gallega fuera de España. Círculos gallegos o galleguistas se crearon en Argentina, en Venezuela, en México y en Cuba, pero no en Galicia.

Hacia la mitad del siglo se promueve una más amplia difusión cultural del castellano en los medios de comunicación. La radio y la televisión se popularizan sin contar con el gallego. La lengua no desaparece, pero se recluye, se esconde. Más tarde, cuando se suavizan las normativas, recupera los espacios con voluntad inequívoca.

En los años sesenta empiezan a consolidarse las publicaciones. A las que ya existían, *Revista de Economía de Galicia* y *Atlántida*, se añaden otras nuevas. Aparecen editoriales que publican en gallego, asociaciones galleguistas, una cátedra de gallego en la Universidad de Santiago y el Instituto da Lengua Galega. Se edita poesía (Celso Emilio Ferreiro, *Longa noite de pedra*) y se recupera la narrativa (Álvaro Cunqueiro, *Merlín e familia e outras historias, As crónicas do sochantre, Se o vello Simhad volvese ás illas*). Aparecen grupos de teatro independiente.

Entre los años setenta y ochenta el gallego entra de lleno en su dimensión prosística con el ensayo, la historia, la filosofía, la crónica política y otros géneros, entre ellos los narrativos, que se especializan en subgéneros como el policíaco o el erótico, y también en sectores como el de la literatura infantil y juvenil.

En 1978 se reconoce la oficialidad del gallego en la Constitución Española. Se desarrolla luego en el Estatuto de Galicia de 1981, con la siguiente redacción: «Nadie podrá ser discriminado por causa de la lengua.» Sólo un año más tarde aparecen las «*Normas ortográficas e morfolóxicas do idioma galego*». Sólo entonces la lengua escrita queda definitivamente normalizada. Desde 1985 una cadena de televisión, y diversas radios, emiten en gallego. La lengua se extiende en todos los niveles de enseñanza. El cambio es tan importante que la integración del gallego en la vida diaria parece irreversible. Pero ¿qué pasa con la calle, que es donde viven las lenguas? Las clases sociales acomodadas y ciudadanas hablan, escriben y piensan en castellano; el campesinado, los marineros, los obreros y la pequeña burguesía piensa y se entiende en gallego, pero el castellano ocupa un amplísimo espacio en su vida cultural. No todo es camino de rosas. La prensa diaria se transmite en español, que es la lengua que prefieren los lectores. Las publicaciones periódicas en gallego son, por su parte, meramente testimoniales, incluso los medios de comunicación que reciben subvenciones no lo usan en la medida que podrían hacerlo. La justicia se imparte en castellano porque de los trescientos jueces que ejercen en Galicia, sólo una

decena podrían hacerlo en gallego. Por otra parte la cercanía con el castellano y la ancestral convivencia de las dos lenguas lejos de identificar cada lengua facilita las expresiones mixtas con frases descuidas del tipo «*vai vir o jueves*» en vez de «*va a venir el jueves*» o «*vai vir o xoves*»; «*foi levar os papeles ao ayuntamiento*» en vez de «*fue a llevar los papeles al ayuntamiento*» o «*foi levar os papeis ao concello*». La gente llama a esos descuidos *hablar castrapo*.

El gallego es hoy una lengua acomodada a los usos y formas de un dominio lingüístico, útil para todo tipo de comunicación, proyectada y conocida fuera de sus fronteras, leída, estudiada y ampliamente utilizada en la enseñanza, y en absoluta libertad de usos. Sin embargo, y esto es una evidencia, cada vez son menos los hablantes de gallego. En las nuevas generaciones, quienes tienen al español como lengua principal superan a los de gallego. También disminuye como prioritario en la enseñanza. Un informe del Consello Escolar de Galicia señala para los años 2002 a 2005 que sólo un 30% del alumnado de educación primaria utiliza la lengua gallega. Pareció necesario dar un impulso mayor y en 2007 se aceptó la creación de escuelas infantiles en gallego o galescolas, a imitación de las ikastolas vascas. Y como en Galicia las encuestas preguntan directamente y con transparencia por la lengua materna o principal, podemos indicar que la Real Academia Gallega, a través de su Seminario de sociolingüística señalaba en 1992 que el 60,3% de los niños tenían al gallego como lengua inicial, y en el 2007 sólo eran el 20%. En las ciudades los porcentajes son mucho más alarmantes:

Ciudades	***Jovenes que tienen el gallego como lengua principal***
Ferrol	1,6%
La Coruña	6,3%
Lugo	17,9%
Orense	9,1%
Pontevedra	9,4%
Santiago	18,4%
Vigo	4,3%

Si las encuestas preguntaran si el entrevistado «conoce» el gallego, los porcentajes aumentarían hasta acercarse al cien por cien; y si fuera «si usa o no» el gallego, la respuesta sería que sí para más del 90% de la población. Los gallegos utilizan y han utilizado tradicionalmente las dos lenguas, cada una en

su ámbito, sin que nadie se haya sentido molesto; se sienten tradicionalmente bilingües y utilizan en cada momento, que es lo que desde siempre han hecho los hablantes, la lengua que más les conviene.

Y si hablamos de conveniencias, habría que recordar la mixtura que usan los políticos autonómicos gallegos al hacer de su discurso un afeado uso de la pureza gallega irremisiblemente contaminada de léxico y estructuras gramaticales castellanas. Y lo hacen sin lamentarlo y, lo que es peor, sin intención alguna de enmendarlo.

42

La normalización de la lengua catalana

Si el catalán vivió la edad dorada de su literatura en el siglo XV, malvivió luego somnoliento unos tres siglos, y revive un segundo periodo de brillantez, ahora para la proyección de la lengua, en el siglo XX. En el primer tercio renacen y abundan instituciones, publicaciones y centros de difusión. En el segundo, otra vez por la acción de los ejércitos, sufre un periodo de decaimiento. En el tercero generaliza y expande su uso en una seria apuesta por recuperar la vitalidad que tuvo en la Edad Media, época en que dispuso de dos privilegios que, una vez perdidos, son difíciles de recuperar: el monolingüismo de sus hablantes y la riqueza literaria.

Un solo catalanohablante, a quien podríamos nombrar continuador del legendario Ramón Llull, se responsabilizó de la normalización. Fue el ingeniero industrial, y filólogo de vocación, Pompeu Fabra i Poch (1868-1948). Con sólo veintitrés años publicó su *Ensayo de gramática de catalán moderno*, donde describe por primera vez la lengua hablada con una cuidada y precisa transcripción fonética. Desde entonces hasta su muerte, que le llegó en el exilio, se dedicó al estudio del catalán y consiguió rescatarlo del abandono. Fabra actualizó su uso escrito y llevó a tal extremo su empeño que fue capaz de completar y cerrar el proceso. Inició su brillante trayectoria cuando intervino, en 1906, en el I Congrés Internacional de la llengua catalana con una comunicación sobre la ortografía. Su trabajo de investigación reforzó tanto su prestigio que fue elegido para dirigir la «*normativització*» lingüística.

Y para cumplir con fines tan cabales se creó en 1907 el Institut d’Estudis Catalans, que propicia la aparición, en 1912, de la *Gramática de la lengua catalana*. Esta primera y seria descripción normativa fue redactada por Fabra, digámoslo por rigor histórico, en lengua española. En 1913 aparecieron las *Normes ortogràfiques* que desataron, como siempre con estos asuntos, tantas adhesiones como rechazos, y que fueron completadas en 1917 en el

Diccionari ortogràfic. Uno de los puntos enfrentados de aquella norma de escritura era el respeto a la pronunciación de los diversos dialectos. Pero las ortografías son discutidas mientras son novedosas. Una vez asentadas toman solera y vuelven a ser clásicas.

Con la adopción como oficial de la gramática en 1918 se inicia una etapa que culmina en 1932 con el *Diccionari general de la llengua catalana*, popularmente conocido como «el Fabra», y también con el *Curs mitjà de gramàtica catalana*, pensado especialmente para los escolares y germen de futuros y bien aprovechados usos. Aquel mismo año el filólogo accede, con el brillante currículo de su prestigio, a la cátedra de lengua catalana de la Universidad de Barcelona.

Eran firmes y progresivos los pasos incluso cuando en el periodo de la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930) pidió éste a los hablantes regionales que difundieran la lengua predominante «como único medio eficaz de ensanchar y fortalecer la base racial y espiritual de la España grande».

Cataluña recuperó buena parte de sus instituciones, o al menos dos importantes: la Generalitat, y el estatus de lengua oficial para el catalán. Es el periodo de la Segunda República (1931-1939). Las demarcaciones regionales fueron dotadas de estatutos de autonomía. La constitución de 1931 señalaba en su artículo cuarto: «… a nadie se le podrá exigir el conocimiento ni el uso de ninguna lengua regional». Y añadía en el cincuenta: «Es obligatorio el uso de la lengua castellana y ésta se utilizará también en todos los Centros de Instrucción Primaria y Secundaria de las regiones autónomas.»

En el segundo tercio del siglo aquel futuro prometedor quedó astillado por las luchas fratricidas desatadas en 1936 y seguidas hasta 1939. Los ejércitos vencedores tienen por costumbre desplegar sus lenguas en descrédito de la de los vencidos y en inequívocos gestos de unidad nacional. La misma política de alfombrado lingüístico se había seguido, por unos y otros, en los países europeos y se sigue aplicando. La paz tras la derrota no fue una victoria para nadie, y dejó largos y difíciles años de sombra. El uso público e institucional de la lengua catalana se cubrió de la misma oscuridad, pero no el doméstico y familiar donde había de mantenerse viva y ágil. No hubo publicaciones en catalán entre los años 1939 y 1941. En 1946 aparecieron doce tímidos títulos; en 1968, en proceso de recuperación, se alcanzaron los 520. El general Franco, en su papel de vencedor, dispuso de casi todos los medios de comunicación social y desde ellos, y con la obligatoriedad de la enseñanza única en lengua castellana en todos los niveles, proyectó la lengua de la unidad. En el empeño por silenciar las lenguas vernáculas, las apartó del

Registro Civil, de la redacción de estatutos de asociaciones y sociedades y de los rótulos de los establecimientos comerciales. Hasta los años 1950 no cedió la tensión. Se abrió entonces un periodo de tolerancia. Fueron autorizados los nombres extranjeros o regionales, salvo si tenían traducción usual al castellano. Se permitió la creación de asociaciones culturales que daban cabida a las lenguas regionales. Un poco más tarde, en 1970, se autorizó la enseñanza facultativa de las lenguas vernáculas en la enseñanza primaria. Así reza el artículo primero de aquella Ley General de Educación: «Las lenguas regionales son patrimonio cultural de la Nación española y todas ellas tienen la consideración de lenguas nacionales.» Y al igual que la ley republicana, señala en el cuarto: «Ningún español podrá ser objeto de discriminación por no conocer o no utilizar la lengua regional.» Pero la norma tarda en aplicarse.

¿Y qué hacían por entonces los escritores catalanes? La respuesta es fácil: utilizar las lenguas de que disponían en la medida en que las circunstancias exigían el uso. Si hubiera que buscar un continuador de Fabra, lo encontraríamos en Josep Pla i Casadevall (1897-1981), tal vez el mayor contribuyente a la modernización de la prosa en lengua catalana. Su ingente obra ofrece una visión completa de la sociedad de su tiempo. Escribió la mayor parte en catalán, idioma en el que se sentía más cómodo, y sólo circunstancialmente lo hizo en castellano, de forma también brillante y casi siempre en colaboraciones de prensa. El barcelonés Eugenio D'Ors i Rovira (1882-1954), ensayista y filósofo, desarrolló una extensa obra. Fueron particularmente vivas, a partir de 1906, sus *Glosas* o breves comentarios en prensa, al hilo de la actualidad, escritos en catalán y especialmente profundos y reflexivos. Por su labor en castellano, nada desdeñable, ocupó, desde 1927 un puesto en la Real Academia Española.

Pla y D'ors, ambilingües y diestros modeladores literarios, llevaron a la escritura los esquemas de su pensamiento en las lenguas en que fueron capaces de hacerlo y en la medida en que lo necesitaron. Con la misma libertad de elección actuaron después escritores catalanes como Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, José Agustín Goytisolo, Juan Marsé, Eduardo Mendoza y Manuel Vázquez Montalbán. Aunque podrían haber escrito en catalán, lo hicieron en castellano como tantos otros autores del planeta eligieron otra lengua, y no la vernácula, para difundir sus obras. ¿Por qué no podrían quienes tienen dos lenguas como propias, listas para disponer de ellas, elegir la que más le agrade, la más cómoda o aquélla en la que mejor observa su universo?

43

Situación actual de la lengua del noreste

El último tercio del siglo XX da paso a la recuperación de las lenguas condicionadas. Lo exige la Constitución española de 1978 que les otorga la cooficialidad con el castellano. Desde entonces la lengua catalano-valenciana-balear ha ganado terreno con el apoyo institucional. Pero su suerte no es la misma para todos los hablantes.

El dominio lingüístico del noreste peninsular se encuentra fragmentado en dos bloques, el oriental y el occidental. La división se inició en el siglo XVI en la modalidad oral, pero no ha llegado del todo a la lengua culta ni a la literaria, que mantiene amplia uniformidad.

Las variedades del bloque oriental están asociadas a Barcelona. Incluye el rosellonés de Perpiñán y alrededores, la variedad isleña, el balear, también reivindicado como mallorquín, menorquín e ibicenco y un resto nostálgico milagrosamente conservado en la ciudad de Alguer, en Cerdeña, el alguerés, hablado en la parte antigua de la ciudad.

Pertenecen al bloque occidental el valenciano, denominación reconocida oficialmente, lengua de Valencia, Castellón y zonas de Alicante y, ajeno a las divisiones administrativas, el leridano y el andorrano.

La lengua del noreste peninsular, sometida a las convulsiones de los tiempos, ha llegado al siglo XXI quebrada por líneas divisorias nacionales como la frontera hispano-francesa; abandonada o relegada por sus hablantes en el Rosellón; acomodada con divergencias en las islas Baleares; partida en regiones como la que divide a la franja de Aragón con Cataluña; moribunda en comarcas como la de la región murciana; aislada en barrios como el de la ciudad de Alguer; y también condicionada unas veces por estrictos reglamentos y otras por imperdonables vacíos. Y eso a pesar de que el estatus de que goza en Cataluña es el más avanzado, generoso y respetuoso de tantas cuantas lenguas condicionadas existen en el mundo.

Que el mayor porcentaje de hablantes de catalán se concentra en Cataluña y Baleares parece evidente. Que el valenciano tiene un uso más moderado, y que la variedad del Rosellón apenas supera al 30% de la población, también. Nadie pone en duda estos datos. En una franja de Aragón colindante con Cataluña, sin embargo, donde también llega, aunque no existen cifras oficiales, recientes estimaciones indican que aproximadamente el 90% de sus habitantes lo utiliza habitualmente, es decir, unas cincuenta mil personas.

Durante las últimas décadas se ha encendido la llama de la polémica y se han politizado y extremado las tendencias. Desde Europa, con opinión sosegada, se dice simplemente que mientras unas políticas lingüísticas como la de Francia o la de Gran Bretaña apuntan hacia la unificación, otras como la de España promulgan la diversidad. Para las instituciones de Cataluña la lengua que antes ocupó la región ha de ser incentivada y extendida como lengua principal obligatoria. No parece importar, a juicio de algunos, que la también arraigada lengua castellana sea tan propia de catalanohablantes como de las grandes comunidades de emigrados. De la misma manera que un español que habite en Moscú o París ha de aprender ruso o francés, el extremeño en Cataluña debe hacer del catalán su lengua cotidiana. ¿Está bien conducido este razonamiento?

Es el catalán de Cataluña, una lengua vestida de gala. Se utiliza con soltura y gracejo en ambientes cultos, en la alta clase social, en la enseñanza, en la administración, en los medios de comunicación audiovisuales, en el comercio y en la industria. No comparte la misma viveza y entusiasmo en las clases bajas o en las más desfavorecidas, generalmente emigrante, en las publicaciones editoriales, prensa escrita y administración de la justicia. Y además, y aquí viene el conflicto, con frecuencia el castellano cubre, cada vez más, y sin que nadie pueda frenarlo, las funciones de comunicación entre los jóvenes.

El uso habitual de ambas lenguas, el diario, se basa en la espontaneidad. El catalán y el castellano se hablan con naturalidad según los ambientes. Se elige la lengua o se mezclan las lenguas sin que nadie se moleste. Para muchos inmigrantes además, tradicionales o modernos, el catalán es cómodo, útil y gracioso y lo miran y hablan con afecto. Para otros, sin embargo, la libertad de elección en la enseñanza, y en un territorio que lleva más de quinientos años instalado en el bilingüismo, sin que nadie los obligara a ello, ha de inspirar cualquier política lingüística sea cual fuere el ideario de sus gobernantes. La opinión parece haberse polarizado. Llevada a ese extremo, que nunca debió frecuentar porque las lenguas no son de derechas ni de

izquierdas, las opiniones de unos se enfrentan a las de otros con el mismo énfasis que se defienden determinados colores en una competición deportiva.

Pocas y poco respetuosas son las regiones o gobiernos del mundo donde la lengua generalizada en la enseñanza no es la mayoritaria de sus hablantes. Contaba un sociolingüista irlandés que cuando era niño acompañó un día a su hermana a una tienda. La vendedora, en una época en que la lengua celta tradicional era reivindicada por parte de sus hablantes, los invitó a que hablaran en irlandés. Una vez fuera le preguntó a su hermana lo que había querido decir la mujer. Ella le contestó que como estaban aprendiendo irlandés en la escuela, tenían que llevarlo a la vida diaria. Y el muchacho añadió con ingenuidad: «Pero el irlandés… ¿es para hablarlo?»

44

Lenguas del noreste y gobiernos de turno

Medir o valorar la incidencia del catalán en Cataluña se ha convertido en un asunto espinoso y turbio. Las cifras suelen confundirse con extraños porcentajes referidos a la edad o a cuestiones tan subjetivas como «conoce», «entiende», «lee» o «escribe alguna vez…». Los censos se aplican a demarcaciones que no siempre coinciden con lo que a muchos sociolingüistas les parecería más útil y ventajoso. Interesa preguntar, naturalmente, por las personas que tienen el catalán como lengua materna o principal, pero no se hace. Y se torna tan sofisticada la encuesta que si se aplicara en Extremadura para el conocimiento del inglés, tendría que ser oficializada la lengua germánica en aquella autonomía por el alto porcentaje de extremeños que la «conocen».

Las publicaciones editoriales en catalán, y también las periódicas, son auspiciadas por el mecenazgo del contribuyente, y administrado por los gobernantes de turno. Sólo el castellano, sin subvención, puede mantener el equilibrio empresarial. Apenas un par de diarios, socorridos por las arcas públicas, recuerdan en el centro de Barcelona que el catalán es lengua de la ciudad. No parece que para el sector editorial de libros en catalán corran buenos tiempos. Tampoco es una sorpresa. Editoriales y otros centros de difusión de publicaciones esperan el único y decisivo empuje que puede mantenerlas: una asignación que anegue sus gastos. La tradición oral del catalán, está claro, es muy superior a la escrita, cuyo espacio lleva cinco siglos reservado al español.

Para cuidar de esos y otros asuntos el Institut d’Estudis Catalans, una de las instituciones étnico-lingüísticas más activas de Cataluña, propone medidas de promoción para el catalán de Cataluña pero, lo que es peor, también sancionadoras o discriminantes para quienes deseen utilizar su otra lengua propia, el castellano. La entidad, encargada del expansionismo y dotada de generoso presupuesto, lanza periódicamente mensajes catastrofistas sobre el

riesgo de desaparición y propaga una imagen victimista para una lengua necesitada de todo tipo de ayudas. Sus argumentos terminan sirviendo de coartada para el acoso lingüístico al español: inferioridad, marginación socioeconómica, escasa presencia en la administración de justicia, sometimiento, retroceso en su uso social… Y es tal su afán promocional que acomoda la historia de la lengua para ajustarla más a sus deseos que a la realidad. Y esos confusos principios se llevan, sin rubor, a las universidades. Y todas las medidas se convierten, poco a poco, en marginadoras para la lengua española.

En Cataluña se puede vivir prescindiendo del catalán. ¿Se podría vivir sin el castellano? Pues, sin embargo, el español ha desaparecido en la práctica de las instancias oficiales, de la educación, de la administración local y regional y de otras informaciones de interés. En el ámbito privado, allí donde la oficialidad no alcanza con su larga mano, sigue vivo y activo como lengua principal de comunicación y uso. Para muchos, sin embargo, en Cataluña se desdeña y repudia objetivamente al castellano y, lo más grave, no hay libertad de elección. Puede resultar más fácil educar a sus hijos en alemán o francés, en colegios especializados, que hacerlo en la lengua de la nación. Y si queremos saber lo que realmente solicitan las familias, verdaderos pilares de las lenguas, no podemos, porque la casilla para señalar en los formularios de ingreso en los distintos niveles educativos algo tan importante como la lengua materna o inicial sigue ausente. Parece como si en este primer tercio del siglo XXI Cataluña quisiera desquitarse de lo que sucedió en el segundo del siglo XX.

En el otro lado de la balanza, los argumentos de quienes defienden la necesidad de la inmersión lingüística se apoyan en la facilidad con que cualquier estudiante es diestro en español en todo momento a pesar de su enseñanza en catalán.

En la Comunidad Autónoma de Valencia, de menor extensión territorial, y donde la densidad de usuarios es menor, prefieren no darle el mismo nombre, aunque sepamos que en la distancia culta entre ambas lenguas no es tan grande. Se llega así al absurdo de hacer dos traducciones en foros europeos, una al valenciano, otra al catalán. ¡Como si no tuviera Europa suficiente babelización…! La inmersión lingüística ciudadana facilita, sin embargo, que sus hablantes elijan castellano o valenciano, aquella que consideran más útil. Ni unos ni otros parecen quejarse demasiado de la situación, aunque siempre hay alguien que alza la voz, que es lo que sucede siempre.



DOMINIO ACTUAL DEL CATALÁN-VALENCIANO-BALEAR

Para la autonomía isleña la lengua recibe el nombre de catalán en su variedad balear. En Baleares se había mantenido hasta fechas recientes un equilibrio que no parecía inquietar a sus hablantes, pero desde 2007 las autoridades regionales, con un estatuto tan protector como el de las otras dos comunidades, incentivan desmesuradamente su uso a juicio de los partidarios del sector que no gobierna. ¿Podría un cambio de poder político alterar las tendencias? Seguro que tendrían un punto de vista distinto en las políticas lingüísticas.

Para los hablantes de catalán en la franja aragonesa que linda con Cataluña no ha parecido imprescindible instaurar leyes protectoras, ni siquiera la posibilidad de elección en la enseñanza. Aunque pertenecen al mismo país, no tendrán desarrollo lingüístico en su lengua principal. ¿No merecerían el mismo trato los de uno y otro lado de la frontera autonómica? Hubo iniciativas para su acomodo, pero no parecen sus hablantes, la mayoría al menos, estar interesados en establecer la cooficialidad. Se sienten bien y, al igual que los catalano-franceses, no parece importarles asistir pasivos a la desaparición de la lengua de sus antepasados, ni acceder a una lengua cultural y de enseñanza única, el castellano. Tampoco parece importante que en la aragonesa ciudad de Fraga el catalán sea la lengua común del día a día.

En el dominio rosellonés, políticamente administrado por Francia, sus hablantes parecen mostrar escaso interés por mantener viva su lengua, no se sienten intrigados o atraídos por los cambios habidos en España, y tampoco los jóvenes estudiantes se trasladan al vecino dominio para desarrollar los estudios universitarios en su lengua materna. Las relaciones con sus hermanos del sur son inexistentes o nulas, y eso a pesar de que los sureños se esfuerzan con atrayentes iniciativas para despertar las inquietudes transpirenaicas. El gobierno francés, que capitalizó para Europa la igualdad y la fraternidad, ni le ha concedido un particular estatus, ni un generalizado uso en la enseñanza. Tampoco disponen de canales de televisión, ni radio, ni periódicos, y van más allá, no desean establecer redes que los vinculen con las televisiones y radios en lengua catalana de los del otro lado.

En Andorra, donde siempre fue lengua oficial, comparte su estatus con el francés y el español. Pero allí conviven pacíficamente las tres lenguas.

En Italia, en el barrio de la ciudad de Alguer, territorio que formó parte de la Corona de Aragón, además de la nostalgia, no hay ningún otro aliciente.

¡Cuántas suertes distintas para un mismo grupo lingüístico! Los que reivindican y los que no, los que les dicen a sus vecinos cómo tienen que hablar, los que prefieren no hablar y los que, alejados de polémicas, dejan que cada cual hable como quiera.

Una institución municipal de Cataluña organizó una excursión donde no hablar catalán habría estado mal visto. Un chico que usa el castellano como lengua principal le dice cuando regresa a su amigo del barrio: «¡Jo, tío…!, nos hemos pasado el día hablando como si estuviéramos en clase.» El español se aprende en la calle, el catalán en las aulas. Por eso una chica de un barrio obrero que observó cómo su vecina cambiaba, para seguir las modas, del castellano al catalán, la interrumpió diciéndole: «¿Por qué hablas como mi profesora?» La imposición confunde las conciencias. Dicen que a principios del siglo XX un cartel anunciaba en escuelas de la Bretaña francesa: «Prohibido escupir y hablar en bretón.» La condición humana no tiene remedio.

45

Desvelos y logros del euskera

El vascuence llegaba al siglo XX sin que ninguna de sus variedades regionales se hubiera impuesto como patrón de lengua normalizada, sin una literatura escrita que prestigiara una variedad sobre las otras y sin una clara voluntad de sus hablantes, condicionados por el bilingüismo, por normalizar su antiguo código patrimonial. Para los vascohablantes, o euskaldunes como otros los llaman, estaba claro que cumplía la misión encomendada, la de servir para las necesidades familiares, e incluso literarias, tradicionalmente orales. Los textos escritos eran, para muchos, cosa de curas, pues sólo la Iglesia se mostró interesada. Exceptuaremos, tal vez, a la poesía, que no dudó en usar los dialectos. Al equilibrio natural alcanzado por el desarrollo histórico se añadió, desde finales del siglo XIX, la población no vascófona atraída por la industrialización. Se estima que pronto llegaron a constituir la tercera parte de las gentes.

El euskera fue perdiendo en la última centuria territorio físico y espacios sociales. En zonas netamente vascófonas era abandonado por sectores acomodados de hablantes que consideraban innecesario su uso. De manera natural, sin que nadie les presionara, las familias dejaban de hablar vasco. Otros consideraban su uso una lacra frente a la modernización. Los más se dejaban sencillamente llevar por la fuerza del español o del francés en la vida diaria.

El declive fue mayor en la posguerra. Prohibida por decreto y desprestigiado entre sus propios hablantes, el vasco iba quedando cada vez más relegado a funciones más o menos domésticas, a la vez que se alejaba del prototipo de lengua culta. Pero no todo fue decadencia. A partir de 1954 se dio nuevo impulso a la revista *Egan*, dedicada principalmente a los estudios literarios; desde 1969 las revistas *Fontes Linguae Vasconum* y *Euskera* publicaron interesantes trabajos sobre la lengua, y en la misma línea se mantuvo el *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*.

Por los años 1960 aparecieron las primeras ikastolas o escuelas con enseñanza en vasco, primero auspiciadas por las familias y más tarde por las instituciones. Hacia 1970 ya existían un centenar. Cinco años después llegaban a casi ciento cincuenta, y en 1978 rozaban las veintisiete mil.[20-bis] Pronto llegó a la enseñanza secundaria.

En 1964 un grupo de escritores se reunió en Bayona en busca de la unificación y normalización del euskera. Cuatro años después la Real Academia de la Lengua Vasca reunida en Aránzazu, Guipúzcoa, dejó abierto el camino para la normalización. Se adoptaron como base los dialectos centrales navarro-guipuzcoano-labortano, enriquecidos con diversas aportaciones léxicas de los otros, y en 1968 unificó la ortografía y la declinación, y dos años más tarde el léxico básico. La Real Academia de la Lengua Vasca o Euskaltzaindia tuvo que decidir entre elegir una de las variedades literarias que destacaban sobre las otras (el guipuzcoano o el labortano, variedad más extendida en Francia) o adoptar una solución de compromiso que respondiese al uso hablado y escrito mayoritario y facilitase la unidad. Eligió la segunda, y dio a conocer el «*euskera batúa*» o lengua normalizada. El modelo no modifica los hábitos orales, pero sí facilita una escritura común, referencia gramatical que aglutina y resume las diferencias dialectales y sociales.

En 1978 el euskera del dominio del sur vive el mejor momento de su larguísima historia cuando recibe el mayor galardón que puede esperar una lengua: su reconocimiento oficial. Desde entonces, apoyado y promovido por las instituciones públicas, se adueña de una cadena de televisión, de numerosas emisoras de radio, de variedad de publicaciones, y llega a la enseñanza media y superior. Se aleja, sin embargo, de las declaraciones públicas, de los mítines, de los sermones en las iglesias. Y lo hace por razones obvias: las lenguas son para entenderse, no para presumir. Se salpica, sin embargo, el español allí hablado, con palabras vascas para darle un tinte local que recuerde, ya que no puede ser de otra manera, el arraigo de lo vasco: *Donostia* por San Sebastián (pocos recuerdan que procede del latín Domine Ostiam)[21] y en general todos los topónimos que permiten la vasconización; *euskera* por vasco, *euskaldún* por vascohablante, que probablemente lo ha aprendido en la *ikastola*, y *euskaldunzarra* para quien lo tiene como lengua materna. La Real Academia Vasca es la *Euskaltzaindia*, y los informativos, *teleberri*, la policía, la *ertzaintza*, y el servicio de salud, *osakidetza*; pero podríamos añadir más como *lehendakari* por presidente del Gobierno y

lehendakaritza por Presidencia del Gobierno. Así, aunque sea en español, todo parece más propio.

Guipúzcoa es el territorio central del dominio, y la lengua se extiende por toda la provincia. En Vizcaya ocupa la mitad este y en Álava un rincón norteño, el de Armaiona, pero ni siquiera en esos dominios toda la población lo conoce. En la Comunidad Foral Navarra, una pequeña región limítrofe. En los dominios del norte, políticamente franceses, no se han vivido los cambios del sur, por eso sus hablantes ni se benefician de generosas ayudas públicas ni están interesados en tenerlas. La lengua ya ha desaparecido, ocultada por la utilidad del francés, de toda la franja costera. Se mantiene viva en los pueblos del interior, con más presencia en los más aislados.

En su conjunto, en el dominio llamado *Euskal Herria*, que no es sino el refinamiento de moda para decir *País del vascuence*, el vasco llega al 22% de la población. La mayor densidad se concentra en el territorio francés de La Sola (Zuberoa) y Baja Navarra (Behe Nafarroa), lo que no impide que los lingüistas la consideren en peligro de extinción porque se transmite poco y mal, y porque los jóvenes se desentienden de su uso amparados en el francés. En su dominio sureño, se mantiene vivo en casi la mitad de la población de Guipúzcoa, pero ni en Vizcaya, ni en Álava ni en Navarra está habitualmente en boca de más de uno de cada seis hablantes.

46

Desencuentros y fatigas de la lengua de los vascos

Una joven de unos veinticinco años, con ganas de mundo, me pide ayuda para rellenar la ficha de aduana un par de horas antes de aterrizar en Moscú. El impreso, redactado en ruso, añade, para mejor comprensión, el inglés, que es lengua de todos. Pero la chica, llamémosla Ainhoa, es de Bilbao… y no sabe inglés. Seguro que hay mucha gente en Bilbao que sabe inglés, pero Ainhoa no puede rellenar el elemental formulario. ¿Cómo? ¿Una excepción en la globalización…? No, una elección consciente y sentimental, según me dijo. Sus antepasados, que hablan español desde vaya usted a saber las generaciones, la habían llevado, como mandan allí los cánones, a la ikastola, y no a Irlanda; y en el instituto le habían enseñado euskera, y no inglés. Hablaba español sin titubeos, con dominio, y no le frustraba errar la simple ficha de aduana, sino lo que tenía que abordar en los próximos meses: estudiar intensamente… mucho más vasco. ¿Qué interés la sacudía? Pues estaba claro, sin un amplio conocimiento de la lengua no encontraría trabajo como funcionaria en un centro público de asistencia médica. Ainhoa no lamentaba su incidental penuria lingüística: si era vasca, debía hablar vasco. Y no le faltaba razón… ¿quién hubiera podido quitársela?

Los padres de Ainhoa no parecen haber sentido los mismos impulsos que las parejas romano-íberas. ¿Se hubiera adaptado a los tiempos el inca Garcilaso de la Vega, hijo de español e indígena, de haber escrito su obra en quechua?

Así que, interesado por el prodigio, le pregunté por la lengua en que había conocido y hablado con su novio, también vasco, y me dijo que en castellano, pero que intentarían hablar euskera entre ellos para darle a sus hijos una educación muy vasca. La intención de la futura familia de Ainhoa, está claro, es la misma que la de la esposa del legionario romano, utilizar la lengua del progreso, pero en el sentido de la «desglobalización».

Bien mirado, los esfuerzos por establecer la igualdad de derechos de los hablantes no han hecho sino incrementar y distanciar las maneras de concebir el uso. El euskera vive hoy, frente a la libertad que tuvo durante su larga historia, condicionado por tres estatutos: el de las tres regiones francesas (Lapurdi, Baja Navarra y La Sola), el de la Comunidad Autónoma Vasca (Guipúzcoa, Vizcaya, Álava) y el de la Comunidad Foral de Navarra.

Cierto sector reclama al unísono la oficialidad para la lengua en todos sus territorios, pero ¿qué sucede cuando las fronteras lingüísticas no coinciden con las administrativas? ¿Habría que extender la lengua a quienes ni la han utilizado, porque sus antepasados la dejaron, ni la quieren utilizar? Los hablantes del norte de los Pirineos no se alteran porque el francés sea la lengua oficial de la República, ni tampoco porque aunque su Constitución proclame el principio de igualdad, sólo reconozca protección legal para el francés. Las demás lenguas de la República, muy numerosas, flotan en el ámbito de la tolerancia. No existe legislación o normativa sobre lenguas regionales de Francia. Los franceses vascohablantes no tienen ningún derecho lingüístico reconocido ni, por tanto, garantizado… ¡Y tampoco lo reivindican…! El Estado francés, además, se ha negado a ratificar la *Carta Europea de las Lenguas Regionales y Minoritarias* del Consejo de Europa, así como a firmar el *Convenio Marco para la Protección de las Minorías Nacionales*. La primera, alegando su incompatibilidad con la Constitución francesa, y el segundo porque, según el Estado, en la República no existen minorías nacionales. Se hace necesario recordar aquí que el Estado francés introduce una observación en el artículo veintisiete del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos en la que especifica que no es aplicable para la República de Francia. En la Revolución francesa de 1789, parece que los gobernantes franceses de uno u otro signo aún no lo han olvidado, los derechos que había que llevar a todos los franceses, según los revolucionarios, eran precisamente el conocimiento del francés.

La cooficialidad del español y el euskera en el País Vasco pone a las dos lenguas al mismo nivel, pero la obligación del conocimiento no aparece en ningún texto. Si apareciera, todos los habitantes del País Vasco tendrían la obligación de conocerlo. ¿Sería legítima su imposición? Sin embargo, la Comunidad Autónoma Vasca prevé la oficialidad del vasco para todo el territorio[22]. Según la Ley, la administración ha de atender al ciudadano en la lengua que éste elija. Los principios que inspiran estas propuestas de protección parecen contrarios a la lógica.

En Navarra conviven tres zonas lingüísticas: la vascófona, la mixta y la no vascófona. El vasco sólo es oficial en la primera, residencia del 11% de los navarros. Allí no ha llegado aún la lengua a los hospitales, ni a la justicia, ni a la universidad.

La trayectoria del vasco no es comparable a la de las lenguas neolatinas. Es una lengua condicionada, es decir, dependiente de otra, desde hace al menos veinte siglos. Han existido, y podrían existir ahora, hablantes monolingües, pero debieron encontrarse y se encuentran limitados en las posibilidades de comunicación. Si revisamos la historia desde sus remotos orígenes, tan perdidos en el tiempo, descubriremos una larga y plácida convivencia con otras lenguas como el íbero y latín, y ciertos desencuentros, explicados con más o menos énfasis, en la convivencia bilingüe sureña de los últimos años. En el dominio del norte, sin embargo, la calma preside la convivencia porque cada cual habla la lengua que considera más útil, o la que le viene en gana, que viene a ser lo mismo, sin que nadie se moleste ni ofenda. Con independencia de reivindicaciones lingüísticas más o menos vagas, diremos que desde hace muchos siglos, no pondremos fecha, el español o el francés es la lengua más importante de los vascos, respectivamente, en ambos dominios. Imaginemos por un momento, sólo un instante, que el español y el francés desaparecieran de Euskal Herria… La mayoría de la población quedaría muda para numerosísimas necesidades inmediatas de comunicación y entendimiento, y tal vez sólo asistidos por los conocimientos, más o menos diestros, de lenguas extranjeras.

47

Cinco pilares para el español en el mundo

Son muchas las razones que han llevado al español a un lugar de privilegio, pero nos vamos a fijar, por no alargar estas páginas, sólo en cinco.

La primera gran prueba fue superada cuando los escritores de los siglos XVI y XVII la habilitaron para transmitir una de las literaturas más influyentes de todos los tiempos y lenguas. Nunca se expandieron convenientemente las lenguas sin apoyos literarios. El pilar de la alta estética las solidifica, las confirma, las hace invulnerables en el tiempo y en el espacio. Y el español alcanzó el nivel más elevado, privilegio de muy pocas. Ese bien marca a los códigos, los distancia y singulariza frente a los que, renqueantes, no consiguen cuajar sus escrituras.

La segunda fue su capacidad para llegar a las cocinas de los hogares. Los hablantes de otras lenguas no pudieron hacerlo. El francés, por ejemplo, ocupó un lugar muy destacado en Europa y en el mundo, pero nunca entró de invitado permanente en el lugar donde se cuecen las lenguas para madurar su continuidad, que es la cocina de las casas. Los castellanos y las criollas formaron en América parejas felices en cuyas dependencias convivieron la lengua amerindia y el castellano. La prole, los hijos, bilingües en los primeros tiempos, eligieron una u otra sin recelos. Luego ganó en utilidad el instrumento más práctico, pero se mantuvieron ambos durante el tiempo necesario porque es privilegio del hablante servirse de las lenguas que desee, y utilizarlas o abandonarlas también según se le antoje. De aquella misma manera, entrando en la vida diaria de las familias, se implantó el latín en la península Ibérica. El francés de la colonización, sin embargo, alcanzó grandes cotas entre intelectuales locales, pero nunca se armó con la fuerza de la lengua en la que los padres les regañan a los hijos, en la que hablan dos vecinas, en la que bulle la fiesta, en la que se retuerce el humor, en la que se susurran al oído palabras tiernas. Los franceses viajaban con pareja, los

aventureros romanos y castellanos iban solos a la aventura y encontraban la pareja, tan poderosa en la expansión de las lenguas, en el destino.

La tercera fue una elección lógica. Hoy los hablantes de español son mucho más numerosos en América, un continente donde no nació, que en Europa, y también sabemos que ninguna medida contribuyó a la extensión, expansión y divulgación masiva del español en América. El acto más inesperado, la acción que aparentemente debía contribuir en menor grado a su difusión fue la que desplegó y agigantó las cifras. Se produjo cuando los gobernantes de los nuevos países independientes, una vez organizados los estados, lo eligieron como lengua común porque era también la más útil para el entendimiento. Así fue como el español sedujo sin conquistadores, convenció sin colonizadores. Y así es como se extienden las lenguas, sin imposiciones, sin coacciones, con la misma llaneza que elegimos un destornillador, y no otro, para ser eficaces en el ajuste o desajuste del tornillo. Desde entonces, y ahora se van a cumplir dos siglos, las cosas le fueron muy bien. Hoy la fortuna parece acompañarlo con gratas coincidencias, elegantes actitudes, atracción estética, peso difusor, gusto por su estudio y deseo internacional por su aprendizaje.

La cuarta situación de privilegio, el cuarto pilar, es su condición de segunda lengua de la humanidad si contamos a los hablantes por su condición de lengua principal o materna, y tercera, superados por el inglés, si añadimos a quienes lo aprenden. El rango, tantas veces citado para ensalzarlo, a veces de manera grotesca, no es de por sí un privilegio. ¿Quién recuerda ahora que el bengalí, lengua sin dimensión internacional, está entre las diez primeras? La ventaja es su disposición para elegirla. ¿En cuántas universidades del mundo se estudia español o francés y en cuántas hindi o bengalí? La Unión Europea promueve que sus habitantes añadan dos lenguas a la materna, que deben ser elegidas entre las oficiales. La condición de bilingüe, incluso trilingüe, es hoy inevitable en la formación de una persona, con independencia de su especialidad. Las autoridades francesas, conscientes de la aplicación de la norma, han elegido el español, y no el alemán o el italiano, para acompañar al inglés en los mensajes por altavoz de las estaciones de ferrocarril, y también para señalizar, entre otros lugares emblemáticos, el Museo del Louvre.

El quinto pilar de la lengua española es la demanda mundial de estudiantes que quieren aprenderla, que son aquellos que consideran importante incluirla en su formación. Esos estudiantes no son precisamente, aunque también, los que tienen al inglés como lengua principal, que, dicho

sea de paso, son los más monolingües del planeta. Como los demás estudian su lengua, ellos no consideran importante aprender otra. En el extremo opuesto, los africanos, probablemente los más políglotas del mundo. A la lengua familiar añaden la de su ciudad, la vehicular comercial más extendida (suajili, volofo, sango…), y el inglés o el francés, obligatorias en la formación que les permite arrojarse a la aventura europea. Si exceptuamos estos dos extremos de monolingües y políglotas, la mayor parte de los europeos, incluidos los países eslavos, buena parte del este asiático y toda América, añaden a su formación una o más lenguas a la propia. No hace falta insistir en citar o recordar las que tradicionalmente copan ese lugar, pero sí la rapidez e intensidad con la que el español se introduce como segunda o tercera lengua. Pocas son las universidades que no lo incluyen en su enseñanza. Sabemos que se admira sin condiciones, se estudia sin recelos, se usa sin menosprecio y se habla con gusto y naturalidad.

Por eso quienes nos sentimos propietarios del español mostramos satisfacción al descubrir una lengua tan capaz y que reúne las características necesarias para perpetuarse largo tiempo entre las gentes, y para mantenerse como una de las más eficaces y admiradas que han existido nunca.

48

Achaques del español en España

De la misma manera que las primeras civilizaciones se instalaron en los valles de los ríos y seleccionaron con esmero las ropas que más se acomodaban a las necesidades de la temperatura ambiente, o las comidas más apetitosas, no eligieron las lenguas menos eficaces, ni las moribundas, ni aquellas que no aportaban nada a un mejor entendimiento, sino las que habían de contribuir a la comunicación sin ni siquiera preguntarse el grado de dificultad. La facilidad o dificultad es un concepto moderno, distante de la naturalidad del aprendizaje. Con la misma llaneza y soltura eligieron una piedra de filo para cortar la carne, y no una rama de abeto. El sentimentalismo, el aferramiento, el empecinamiento ha acompañado también a la humanidad en sus pasos por la extravagancia. Siempre han existido caprichos, pueblos que prefieren la alimentación vegetal exclusiva o el vestido de pieles en vez del algodón, sólo por no perder la costumbre. Hay gente que elige un martillo y no un destornillador para clavar un clavo, pero otros, no muchos, podrían elegir una piedra porque así lo hicieron también sus antepasados. Quien sabe hablar francés se empecina en llevar su código propio por el mundo, aunque poco a poco tenga que ir renunciando porque el declive disuelve su uso. ¡Y qué lengua fue, y sigue siendo, el francés…!

Las dudas, las humillaciones, las discusiones, los enfrentamientos, son procesos que han astillado las conciencias de los pueblos en pugna por dar o quitar importancia a unas lenguas sobre otras. La libre elección de los hablantes, el respeto que en otros ámbitos se ofrece al interlocutor debe inspirar nuestros comportamientos, y también nuestras conciencias. La historia, tan pendiente del azar, ha ido dando paso al intervencionismo político cada vez que una nación se dota de instituciones. Que el ruso había de ser la lengua oficial de la Unión Soviética, y el inglés el de Estados Unidos, y el chino en China parece evidente, pero eso no es lo habitual. Otros enclaves, como la India, o los países centroafricanos tuvieron serias dudas, y el

privilegio de unas frente a otras sigue siendo motivo de conflicto. Uno de los países pioneros en el respeto y aceptación de sus variedades lingüísticas fue Suiza, que en 1942 reconoció como nacionales a las cuatro lenguas de su territorio: alemán, francés, italiano y romanche. Aquel generoso gesto que tanto honra a sus habitantes no fue el final de los conflictos. Podríamos escribir otro libro sobre Suiza sólo con los roces e inconveniencias de los últimos años. Otros países como Singapur tampoco colocaron trabas en la aceptación de sus cuatro lenguas en tan minúsculo territorio, casi el de una gran ciudad donde conviven el inglés, el chino, el tamil y el malayo.

Ninguno de ellos son motivos estrictamente lingüísticos. Las lenguas se ajustan al perfil de la sociedad que las sustenta; fluyen y se alteran, cambian, muy a pesar de sus hablantes, se escabullen como habilidosas sierpes, como escurridizos reptiles sin que el poder político tenga en sus manos el control. Y aunque puede hacerse mucho por su protección, se consigue poco al imponerlas.

El español, condicionado por fases y transformaciones, escapa de la estricta voluntad de sus hablantes. Y sin entrar a considerar más asuntos que prolonguen inútilmente los razonamientos, diremos que nadie hubiera aventurado la expansión del español por América precisamente en el momento en que menos influencia política tenía en el Nuevo Mundo. Algo parecido le sucede también al inglés: su aprendizaje se realiza al margen de los países, europeos o americanos, que dieron luz a la lengua, con independencia del afecto o desafecto que experimenten quienes lo estudian y practican. Y el español, en ese fluir de la historia, ha llegado a ser lo de hoy, la lengua de todos los españoles.

Cada una de las diecisiete comunidades autónomas, más las dos ciudades africanas, en que administrativamente se divide, la preside un gobierno autonómico nutrido en consejeros y departamentos. La lengua vernácula, cuando existe, riega, para dar mayor identidad, las políticas, las culturas y, en desigual consideración según la autonomía y el gobierno de turno, la enseñanza. Para su promoción y difusión, un departamento o institución o concejalía. Creada la dependencia, unos promulgan leyes, otros desarrollan normativas y todos corren en busca de protección para la lengua autonómica como si se tratara en sí de un ser, olvidados de los verdaderos seres, los hablantes, pues los derechos son para las personas y no para las cosas, es decir, las lenguas. ¡Y han olvidado con tanta facilidad que la mayoría de los hablantes tienen como lengua principal al español…! La promoción consiste en incrementar y extender las competencias lingüísticas de los hablantes sobre

la lengua en teórica inferioridad, a veces sin preguntarse las razones y, lo que es peor, sin una mirada serena a la historia. No parecen importar, en algunos casos, principios tan tradicionalmente fundamentales como la utilidad o la finalidad, y, ni siquiera a veces, la libertad de elección.



LENGUAS HISPÁNICAS EN EL SIGLO XX

Las lenguas del mundo que viven durante tiempo deportadas, proscritas, eclipsadas u oprimidas por la lengua que elige el poder como única son numerosas. Y no por ello desaparecen. Desde el otro lado de la observación, tampoco los esfuerzos de lenguas que pretenden recuperar su identidad con medidas legales consiguen afianzar su uso como a los poderes públicos que las promocionan les gustaría que fuera. En las calles de Riga (Letonia), como en las de Barcelona (España), la mayoría de la prensa periódica y libros que ocupan las estanterías de los quioscos, librerías y bibliotecas están escritos en ruso y en español, respectivamente, y no en letón y en catalán como preferirían las autoridades locales. Sólo unas cuantas publicaciones, con financiación pública, atestiguan la presencia de aquellas interesantísimas lenguas no elegidas, o menos favorecidas, en la difusión de noticias, literatura o divulgación científica.

Las lenguas autonómicas han llegado al siglo XXI en estado desigual. Los hablantes de la burguesía catalana, acomodados en normas y principios, dan a

su código un uso de distinción social frente a los menos acomodados que se parece poco a las vacilaciones del vasco en su repartición dialectal casi por caseríos, o a la condición del gallego, lengua del pueblo llano, y mucho menos de las clases acomodadas. Así ha propiciado los diversos modelos de inmersión: precoz, total, parcial, tardía, continua, elemental, pasiva… Cataluña, pero no todos los dominios del catalán, no lo ha dudado y ha elegido el extremo: «precoz y total», según sus gobernantes la más idónea de las elecciones. Cataluña es la comunidad bilingüe donde existen mayores diferencias entre la lengua vehicular utilizada en la enseñanza y la deseada por los padres. El número de hablantes para quienes el catalán es su lengua principal, aunque no podrían prescindir del castellano, es de un 41% en Cataluña y Baleares, y un 29% en la Comunidad Valenciana. El del castellano, 45% y 63% respectivamente. Quienes consideran lengua principal a las dos con igual intensidad son un 15% en Cataluña y Baleares y un 8% en la Comunidad Valenciana. En el País Vasco tienen como lengua principal al euskera el 11% de la población, y en Navarra el 6%. Ninguno de ellos podría prescindir del español en sus necesidades comunicativas diarias: prensa, televisión, comercio, industria… El español es lengua principal del 84% y 90% respectivamente. Para Galicia, los hablantes que tienen al gallego como lengua principal es de un 46%, para un 37% es el castellano, y un 17% las considera de manera indistinta.

Lo que parece estar claro es que quienes tienen instalada en sus vidas al español como lengua principal son mayoría en todo el territorio nacional excepto en Galicia. También son mayoritarias las competencias lingüísticas en castellano. La comprensión y expresión oral roza el 100% en todas ellas. Las competencias sobre la comunicación escrita (lectura y capacidad de expresión) reducen un poco los porcentajes, pero rozan también a la totalidad. Digamos que quienes no lo alcanzan, les gustaría, estamos seguros, dominarlo de la misma manera que a cualquier hablante de cualquier rincón del mundo que mantiene contactos le gustaría ser diestro hablante en lengua española. Los deseos no están tan claros para el georgiano, ni para el sindebele, ni siquiera para el bretón, ni el tártaro o el siciliano o…

49

Mirada global al pasado

El español es la lengua que alfombra con fino y aceptado orgullo el territorio nacional y brilla y destaca con fibra y pujanza frente a tamices más o menos fuertes o forzados de la decena de lenguas regionales. Desde hace al menos cinco siglos los hablantes de estas lenguas lo han sido también de español, y si alguno lo ha hablado poco o nada, su vida ha debido sentirse, aunque respetamos otras opiniones, más aislada que las otras. Para nuevas lenguas que se instalan en épocas recientes en boca de oleadas de emigrantes, el español es sin condiciones lengua principal y de referencia. Y tan evidente aceptación no es sino el resultado de la historia, que es algo así como un incontrolable poder muy por encima de los gobiernos, de los estados y de los individuos. ¿Cómo puso perfil la historia a la situación lingüística actual?

Fragmentado el indoeuropeo, cuatro fueron las ramas en Europa: celta, románica, germánica y eslava. Los hablantes del moderno latín, salvo la ortodoxa Rumania, y de las lenguas celtas son católicos; los germánicos, excepto austríacos y la mitad de los alemanes, protestantes; y los eslavos, salvo polacos y croatas, ortodoxos.

El latín, de la rama románica, es hablado en sus modernas lenguas herederas por uno de cada ocho habitantes del planeta. Aproximadamente la mitad de ellos son, como dijimos, hispanófonos, y muchos más si añadimos, como hacen algunas encuestas, a quienes lo conocen, lo entienden o lo balbucean. España fue también una de las pocas naciones europeas que crearon un vasto y perdurable espacio cultural propio expandido por América, y también por África, Asia y Oceanía. Expansión universal tuvo igualmente el portugués, francés, inglés y ruso, que siguen siendo ambicionadas como patrimonio personal por todo el planeta. Se añaden a esta lista, aunque menos universales, el alemán y el italiano, pero no otras tan ricas en hablantes como el ucraniano o el polaco.

España puede ser el espacio geográfico más unitario y diferenciado de la Europa continental. El país y sus lenguas pertenecen, incluido el vasco por asimilación románica y rutina, al ámbito latino. Nuestra península tiene como puerta una abrupta cordillera que dificulta la comunicación. Esos límites han propiciado que sea uno de los países más estables de Europa. La denominación del territorio, España, en su conjunto político-cultural, ha superado el paso del tiempo. Sólo otros dos son comparables en edad, que no en unidad: el de Italia y el de Grecia. Los demás son posteriores: Francia, Alemania, Suiza, Austria… En dos ocasiones estuvo a punto de cambiar el rumbo de la historia de la península. Primero los árabes. Son muy raros los rincones del mundo que invadidos por el islam han retornado a su cultura anterior, pero el territorio se distanció de la influencia afroasiática a la que durante tanto tiempo pareció abocada. Más breve, pero de parecido ímpetu, fue la anexión napoleónica y su improvisada y desbaratada guerra para el desalojo. Ni árabes ni franceses triunfaron; los romanos, sí. Su legado no se limita al idioma, sino a los hábitos, al urbanismo, al derecho, al arte y, muy especialmente, a la religión. Aún hoy quienes se declaran ateos o agnósticos, o contrarios a la fuerza de la iglesia, están irremisiblemente rociados por esa cultura. Las iglesias presiden los centros y la estética de nuestras ciudades y pueblos, buena parte de las construcciones monumentales se impregnan de tradición católica, las fiestas siguen fieles, en su mayoría, a la tradición religiosa, la Navidad y la Semana Santa llena nuestras calles de adornos, representaciones de la tradición católica, imágenes y desfiles procesionales. De la influencia no se libra la lengua, ni la moral, ni las actitudes… Incluso el rechazo al cristianismo se hace dando muestras de su presencia.

Tenía Iberia una cara pegada al Mediterráneo, el mar de las primeras culturas, y otra al Atlántico, el nuevo espacio de tráfico cultural, comercial y político. Puente y barrera, a un tiempo, estratégico espacio para el norte indoeuropeo y los avances semíticos llegados del sur y del este, pero se quedó con la cultura europea. Y ya en la Edad Moderna, desde mediados del siglo XVII, sus fronteras resultaron, salvo algunos pequeños ajustes (Navarra, Rosellón, Canarias) mucho más firmes que las del resto de Europa. Las de Italia, Bélgica y Holanda, por ejemplo, datan del siglo XIX, Francia experimentó rectificaciones significativas en el siglo pasado y las de Suecia y Noruega son de principios del XX. Las del Reino Unido se fijan en 1922, las de Alemania, Polonia, Hungría o Rumania en 1945. Más recientes aún son las de naciones creadas o reconstruidas hace, digamos, unos años como Chequia, Eslovaquia, Ucrania, Bielorrusia, la propia Rusia, Croacia, Serbia, Kósovo…

La prolongada estabilidad de las fronteras españolas constituye un caso excepcional en Europa.

El pueblo español es, desde el punto de vista étnico, mediterráneo, tal vez un poco teñido de celta y germánico, algo de fenicio, árabe, griego y judío, y una pizca de eslavo. Contingentes europeos, especialmente franceses, llegaron durante la reconquista, y luego, en diversas oleadas, gitanos. Si exceptuamos a estos últimos, y también los judíos y los moriscos, los demás se diluyeron en la masa originaria. Desde el siglo XVII no se producían llegadas de importantes grupos étnicos hasta las últimas décadas en que recibimos oleadas procedentes de Hispanoamérica, el Magreb, Europa oriental y África negra; y también, en condiciones distintas, de Europa occidental. No es fácil predecir el grado de influencia demográfica y cultural que han tenido o han de tener estos cambios en los próximos años.

Durante la presencia árabe, un considerable movimiento migratorio llevó a muchos hispanogodos de sur a norte, cuyos descendientes repoblaron después de norte a sur. Incluso llegaron, en el siglo XV, a las islas Canarias. A finales del XIX y durante el XX nuevos y masivos desplazamientos de unas regiones a otras, y en general del campo a la urbe, contribuyen a aumentar la homogeneidad. El aspecto físico de los españoles es muy similar en todas sus regiones, y entre los antecesores de cualquier persona de cualquier lugar de España encontraremos casi siempre a individuos llegados de los más variados puntos del país. ¿Podríamos identificar ahora a quienes proceden de los antiguos hablantes de celtíbero, de vasco, de fenicio o de íbero? ¿No tuvieron todos al latín como lengua? Los apellidos de los españoles están homogéneamente repartidos: López, Martínez, Rodríguez, González, Fernández, Sánchez y Pérez parecen tener, en su sufijo *-ez*, aporte visigodo, o tal vez íbero, según otros. García es el apellido más común sin que tampoco las fronteras autonómicas lo distingan.

Esa misma homogeneidad parece haber afectado a la formación del español, a la que han contribuido todos esos grupos étnicos aunque tuvieran otras lenguas como maternas. Si las fronteras quedan más o menos ancladas, y con escasos vaivenes, en el siglo XVII, el español fluye y se ajusta desde el XVI, y en el XVIII es lengua indiscutible de todos, aunque algunos utilicen otra más.

Envueltos en esta aureola histórica, conscientes de haber llegado a la expansión sin que nadie lo programe, satisfechos de que sea así y no de otra manera, hemos modificado y ajustado nuestros usos lingüísticos, y la última norma ortográfica data de 1999. Las veintidós academias de la lengua

española repartidas por el mundo se pusieron de acuerdo para la unificación, y también los usuarios de otras lenguas autonómicas. La misma suerte ha corrido el léxico. A la vigésima segunda edición del *Diccionario de la Real Academia Española*, que había incluido más de veinte mil términos usados sólo en América, le ha seguido una obra singular: el *Diccionario panhispánico*. De él podemos servirnos para resolver las dudas de aquellos términos que no coinciden en el continente americano y en el nuestro. Y la tercera publicación unificadora es la reciente *Gramática de la lengua española* aprobada, una vez más, por todas las academias del amplísimo dominio del español.

Podemos decir que los hechos que más han contribuido a la difusión y extensión del español son, dicho de manera grata y sin aristas, la rebelión sediciosa de aquel joven aguerrido que independiza al condado de Castilla; la invitación que catalanes y aragoneses pasan a la Corona castellana para que le cedan un rey; la boda clandestina de los herederos de los dos principales reinos; la capacidad de seducción de un marinero errante que se atrevió a persuadir a la reina castellana para que le prestara unos barquitos que lo llevaran a América; la supresión de derechos a la reina Juana, tan triste y enajenada por una inesperada muerte; y la aceptación y beneplácito del español en América en el momento más inesperado, en la independencia de los estados americanos. Ninguno de ellos son motivos estrictamente lingüísticos.

Hoy el aprendizaje del español se realiza al margen de los países, europeos o americanos, que dieron luz a la lengua, con independencia del afecto o desafecto que se manifieste por el pueblo que la originó.

50

Mirada parcial al futuro

El futuro de cualquier lengua es su desaparición. Todas las clásicas han muerto y las nuestras también lo harán, pero ninguno estaremos aquí para redactar el obituario. Las tendencias, el futuro inmediato, sí pueden ser objeto de nuestra proyección.

Las posibilidades de que las hablas aragonesas o el asturiano se unifiquen o normalicen son muy remotas. Sus hablantes viven condicionados por una lengua que les resulta muy útil, que es un práctico y arraigado instrumento de comunicación. Invertir esfuerzos en revitalizar una lengua menos condicionada para la rapidísima evolución de las necesidades de la vida diaria podría resultar tan ineficaz que antes de empezar el proyecto quedaría abandonado. Por la misma razón parece complicado que ganen hablantes. Es previsible que los escasos que todavía las utilizan como lengua principal deseen que sus herederos se instalen sobre todo, en el español, aunque mantengan términos que los acerquen a la lengua familiar de sus antepasados. Un halo nostálgico, y en muchos casos tan familiar como útil, podría perpetuarlas todavía a lo largo de los tiempos.

Larga vida es también deseable para el vasco, gallego, valenciano y catalán. Si alguna extendiera su territorio lingüístico, sería la primera vez en la historia que una lengua en contacto con otra de mayor entidad lo hace.

Los lingüistas auguran la pronta desaparición del catalán rosellonés y alguerés. Ni en uno ni en otro territorio sus hablantes se muestran interesados en cultivar y transmitir la lengua de sus antepasados. Parecido aprecio tienen a su lengua los hablantes de la franja aragonesa y el rincón de Murcia. En ninguno de esos cuatro dominios, como hemos apuntado, los progenitores han mostrado preferencias por enviar a sus hijos a Barcelona para estudiar catalán. Más partidarios parecen mostrarse por Zaragoza, Madrid o incluso París o Londres, donde ven más posibilidades de apertura.

Las legítimas iniciativas en defensa y protección del catalán de los gobiernos autonómicos de Cataluña y Baleares han de contribuir al desarrollo de la lengua en boca de hablantes de estos dominios que no tienen al catalán como principal. Más difícil parece, aunque en algunos casos podría darse, que estos hablantes acaben por transmitir el catalán a sus descendientes. Parece contrario el cambio a una ley natural que nos incita a elegir el instrumento de comunicación más cómodo. Podríamos pensar que el sueño de algunos nacionalistas sería el de conseguir erradicar al español y sustituirlo por el inglés. Pero eso parece improbable. Es tan importante la lengua española, útil y arraigada, práctica y rentable, que el cambio exigiría un esfuerzo que demanda la supresión de los derechos fundamentales. Incluso en el caso de que el español fuera totalmente erradicado en la enseñanza, tendería, estamos seguros, a sobrevivir en la tradición familiar como durante tantos siglos lo hicieron otras lenguas con respecto a las invasoras. Parecería un triunfo superficial, podría enmascararse con una perniciosa encuesta, pero el español estaría allí sin que los gobernantes pudieran taparle la boca a quienes desearan hablarlo. Parecería más lógico que los impulsos radicales de grupos nacionalistas relajaran sus demandas y las aguas volvieran a su cauce en una pacífica convivencia de las dos lenguas, que es lo que sucede en tantos países del mundo, y probablemente también en el día a día de los actuales dominios de la lengua catalana. Es verdad que el inglés ha entrado con ímpetu en países como Dinamarca o Suecia, pero no como resultado de políticas lingüísticas, sino por el natural impulso de sus habitantes sin que las autoridades hayan impuesto freno alguno a las iniciativas de sus administrados.

El vasco puede permanecer largo tiempo en boca de quienes tengan a bien cultivarlo, pero sus hablantes difícilmente podrían prescindir del castellano para buena parte de sus necesidades. Una lengua de menor calado no se impone a otra sin lesionar las tendencias naturales. Los cauces que las lenguas hispánicas han recorrido desde antiguo no han sido perturbados hasta épocas recientes, y lo han hecho en nombre del derecho que cualquier hablante tiene a llevar a su lengua materna a todas las necesidades diarias, sin lesionar los derechos de quienes no saben, no quieren o no pueden llevarla por los mismos caminos. Parece fácil que en el seno familiar una pareja vasco-castellana, enaltecida por los principios del nacionalismo, decida transmitir el vasco a sus hijos, pero mucho más difícil que lo consiga.

De poco han servido los esfuerzos para evitar que muchos gallegos que viven en ciudades abandonen su lengua tradicional a favor del castellano. Una contundente política de enseñanza del gallego en las llamadas galescolas

favorecería el conocimiento de la lengua, su afianzamiento. Pero trasladarla al hogar de los gallegos que han optado por el castellano en las grandes ciudades no parece tarea cómoda, ni tampoco útil. Podría sentir lo que aquel irlandés cuando oía con extrañeza en la calle la lengua hablada en la escuela. La convivencia del gallego con el castellano siempre ha sido muy cómoda.

Mientras las cosas no se tuerzan, que no parece que vayan por mal camino, el español ha de gozar de uno de los mayores privilegios que la historia concede a las lenguas. Con la universalización de su literatura atraviesa un periodo semejante al que vivió el latín en el siglo I, el griego en el siglo V a.C. o el francés del XVIII. Ya nadie lo considera patrimonio de los españoles, sino de la humanidad, que es el mayor galardón que puede recibir una lengua. Las miradas de quienes estudian, practican o simplemente lo admiran no se dirigen sólo hacia Madrid, sino hacia tantos puntos a la vez que no encuentran referencia única. Es el español la lengua del argentino Jorge Luis Borges, del mexicano Octavio Paz, del chileno Pablo Neruda o del colombiano Gabriel García Márquez, aunque también de los gallegos Camilo José Cela o Gonzalo Torrente Ballester, de los vascos Miguel de Unamuno o Pío Baroja y de los catalanes Juan Boscán, Goytisolo o Eduardo Mendoza, y de tantos otros con tantas y tan variadas nacionalidades y orígenes, vivencias y convivencias, que las miradas hacia la lengua de Castilla se pierden entre los confines de los continentes. Su caudal léxico, ancho y extenso, es común en su uso elemental y diario, pero se añaden especificidades de cada región. Por eso hablamos de palabras del español propiamente asturianas, vascas, catalanas, andaluzas, murcianas, canarias, cubanas, mexicanas, panameñas, ecuatorianas, bolivianas, rioplatenses, chilenas… El sistema permite la creación de todo tipo de terminologías, en cualquier campo. Y si se muestra permeable y receptivo a los neologismos ingleses, no es sino por esa dimensión útil, práctica y generosamente suave en sus transacciones que deben tener las lenguas que se muestran hábiles, y no rígidas o exigentes. Todas las lenguas han nutrido su vocabulario con el de otras. Incluso el inglés está rociado de helenismos y latinismos que hoy, ajustados y limados por los hábitos fónicos, sólo los expertos identifican.

El riesgo de fragmentación es mínimo. Las diferencias entre las regiones son insignificantes si las comparamos con la unidad. Los hablantes de español no disponemos, como los de inglés, de tres grandes países que expanden su influencia y su cultura, ni tampoco de una colección de países, como los de francés, que admiran la sabiduría y la cultura a través de una lengua europea. Tampoco nuestros hablantes se concentran en una gran nación o en una

nación muy poblada donde se multiplican. El español se distribuye por el mundo en amplio espectro. Se admira sin condiciones, con naturalidad, en cualquier lugar del planeta.

Y si el español se ha extendido por el mundo con elegancia ha sido porque los hablantes de leonés y aragonés, que fueron sus primeros vecinos, y luego los de catalán, gallego o vasco, la eligieron abandonando o no la propia. Y también porque la eligieron los países americanos. Las lenguas no aceptan la tiranía de los gobernantes. Están, eso sí, a disposición de los hablantes, y una serie de acontecimientos las incitan a desarrollarse, extenderse, difundirse, universalizarse, y también a relajarse, apartarse, desinteresarse por ellas o dejarlas morir, que es el fin obligado de todas. La nuestra no puede ser una excepción. A estas alturas, sin embargo, el español está llamado a perpetuarse, no sabemos cuántos siglos, a recordarse y a instalarse eternamente en la conciencia de los hablantes de los cinco continentes como una de las lenguas más ricas y codiciadas por la humanidad.

Bibliografía

ABAD NEBOT, Francisco, *Historia general de la lengua española*, Padilla Libros, Alicante, 2008.

Academia de la Llingua asturiana, *Las lenguas románicas estándar: historia de su formación y de su uso*, Oviedo, 2004.

ALTORRE, Antonio, *Los 1001 años de la lengua española*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2003.

ARUS HITA, Jorge, *Mil y un intentos. Claves definitivas para superar la barrera del inglés*, Toromítico, Córdoba, 2008.

BELTRAN, Vicenç, *La corte de babel: lenguas, poética y política en la España del siglo XIII*, Gredos, Madrid, 2005.

BOIX I FUSTER, E., y F. X. VILLA I MORENO, *Sociolingüística de la llengua catalana*, Ariel, Barcelona, 1998.

CANO AGUILAR, R. (coord.), *Historia de la lengua española*, Ariel, Barcelona, 2004.

CARRASCO SERRANO, Gregorio y OLIVA MONPEAN, Juan C. (coords.), *Escrituras y lenguas del Mediterráneo en la antigüedad*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2005.

ECHENIQUE ELIZONDO, María Teresa, *Historia lingüística vasco-románica*, Madrid, Paraninfo, 1987.

—, *Historia lingüística vasco-románica*, 2.ª ed., Paraninfo, Madrid, 1987.

—, *Estudios de historia lingüística vasco-románica*, Istmo, Madrid, 1998.

—, *La vida de las lenguas en nuestra sociedad: posibilidades de futuro*, Ayuntamiento de Pamplona, 2007.

ECHENIQUE ELIZONDO, María Teresa, y SÁNCHEZ MÉNDEZ, Juan, *Las lenguas de un reino*, Gredos, Madrid, 2005.

GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando, *Breve historia de España*, Alianza, Madrid, 1994.

HERRERAS, José Carlos, *Lenguas y normalización en España*, Madrid, Gredos, 2006.

JUARISTI, Jon, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

KOCH, Peter, y OESTERREICHER, Wulf, *Lengua hablada en la romania*, Gredos, Madrid, 2007.

LAPESA, Rafael, *Historia de la lengua española*, Gredos, Madrid, 1980.

LODARES, Juan Ramón, *El paraíso políglota*, Taurus, Madrid, 2000.

LOZANO DOMINGO, Irene, *Lenguas en guerra*, Espasa-Calpe, Madrid, 2005.

MARCOS MARÍN, F. A., *Los retos del español*, Vervuert-Iberoamericana, Madrid, 2006.

MICHELENA, Luis, *Sobre el pasado de la lengua vasca*, Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo, San Sebastián, 1988.

Ministerio de Educación y Ciencia, *Las lenguas españolas: un enfoque filológico*, Madrid, 2007.

MORAL, Rafael del, *Diccionario de Lenguas del mundo*, Espasa-Calpe, Madrid, 2002.

—, *Breve historia de las lenguas del mundo*, Espasa-Calpe, Madrid, 2009.

MORENO FERNÁNDEZ, Francisco, *Historia social de las lenguas de España*, Ariel, Barcelona, 2005.

NADAL FARRERAS, Josep Maria, *Las 1001 lenguas*, Aresta, Barcelona, 2007.

PUERTO FERRE, María Teresa, *Lengua valenciana: una lengua suplantada*, Diputación de Valencia, 2005.

REGUERO, Manuel, *El gallego, lengua propia de Galicia*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 1993.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco, *De nuestras lenguas y nuestras letras*, Visor, Madrid, 2003.

SALVADOR, Gregorio, *Política lingüística y sentido común*, Istmo, Madrid, 1992.

TORREALDAI, Joan M., *El libro negro del euskera*, Ttárttalo, San Sebastián, 1998.

VV.AA., *Las lenguas de España*, Fundación El Monte, Sevilla, 1995.

VV.AA., *La lengua vasca*, Prensa del Gobierno de Navarra, 2006.

VV.AA., *Viaje por la historia de la lengua castellana* (fundación camino de la lengua), Everest, León, 2007.

VV.AA., *Book of the Year, Encyclopaedia Britannica, Inc.*, Londres y Nueva York, 2009.

VV.AA., *Lenguas, reinos y dialectos en la Edad Media ibérica: la construcción de la identidad. Homenaje a Juan Ramón Lodares*, Iberoamericana, 2008.

VIEJO FERNÁNDEZ, Xulio, *La formación histórica de la lengua asturiana*, Trabe, Oviedo, 2006.

VILLAR LIÉBANA, Francisco, y PROSPER, Blanca M., *Vascos, celtas e indoeuropeos: genes y lenguas*, Ediciones Universidad de Salamanca, 2005.

YSERNI LAGARDA, Josep Antoni; HERNÁNDEZ CABALLER, Raúl, y FURIO VAYA, Joan, *Introducción a las lenguas y literaturas catalana, gallega y vasca*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2004.

ZABALTZA, Xavier, *Una historia de las lenguas y los nacionalismos*, Gedisa, Barcelona, 2006.



RAFAEL DEL MORAL (Fondón, Almería, 1952), es doctor en Filología por la Universidad Complutense de Madrid, vicepresidente de la Asociación Comenius de Enseñantes Europeos y miembro de la sociedad Española de Lingüística y de la Asociación Europea de Profesores de Español. Asimismo, es profesor de Lengua Española en la Universidad de Relaciones Internacionales de Moscú, la Universidad de Alcalá de Henares, la Universidad de Minsk y el Liceo Francés de Madrid. Ha publicado una docena de libros, y más de ochocientos artículos de opinión en diversos medios y más de veinte sobre lingüística o sociolingüística a modo de capítulos de libros, revistas especializadas o actas de congresos.

Notas

[1] «¡Ay de los vencidos!» La frase suele usarse para hacer notar la impotencia del vencido ante el vencedor. <<

[2] Estos dos últimos son dialectos del vasco hablados en territorio francés. <<

[3] Todas las cifras de hablantes están sacadas de organismos oficiales que son referidos en la redacción. Las de otros lugares del mundo se recogen del *Book of the Year 2009* que publica la Enciclopedia Británica. <<

[4] Las consonantes oclusivas se articulan obstruyendo la salida del aire y soltándolo a continuación. Todas las lenguas del mundo tienen oclusivas, y casi todas utilizan al menos los sonidos [p], [t] y [k]. <<

[5] La palabra se encuentra por primera vez en Homero, «Phoenix», y significa púrpura. Fueron los fenicios, en efecto, los inventores de este tinte que extraían de un molusco abundante en las costas fenicias. <<

[6] Escritor nacido en Tingentera (Algeciras) que vivió en el siglo I. En el tercer volumen de su obra *De chorographia* describe Hispania. <<

[7] Mestrio Plutarco (50-120), historiador, biógrafo y ensayista. <<

[8] Si quieres vivir en paz, prepárate para la guerra. <<

[8-bis] Este dato es el que aparece en la edición original impresa e implica que la edad de nacimiento es posterior a la de fallecimiento. Parece más correcto 194?-159 a.C. [*N. del E.D.*] <<

[9] La denominación actual, Mediterráneo, significa «mar en medio de tierras» y la utiliza por primera vez el geógrafo latino Julio Solino en el siglo III. <<

[10] «Inserte la tarjeta para acceder a la operación solicitada.» <<

[11] «Con la ayuda de nuestro señor, señor Cristo, señor Salvador, el cual señor tiene el honor, el cual señor tiene el poder con el Padre, con el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Háganos Dios omnipotente hacer tal servicio que delante de su rostro seamos bienaventurados. Amén.» <<

[12] Capital de la tribu celta de los bracari, luego Bracara Augusta y hoy Braga. <<

[13] Hoy Porto. Los romanos conquistaron la localidad de Cale, pequeño enclave griego, y la llamaron Portus Cale. Los visigodos extendieron el nombre, Portucale, a toda la región, y de ahí el origen del país, Portugal. <<

[14] Un lingüista checo, Stern, descubrió en el año 1942, sin buscarlo, que el mozárabe se había escrito con el alfabeto árabe. <<

[15] «Mi señor Ibrahim, ¡oh tú, dulce hombre! Acércate a mí por la noche. Si no, si no quieres, yo iré a ti, dime dónde encontrarte.» <<

[16] *Primicia de la lengua de los vascones*. <<

[17] Los fonemas fricativos alveolares /s/, /z/ (representados mediante *s* y *ss*) con sus correlatos africados /ts/, /dz/ (representados mediante *c*, *g* y *z*), que posteriormente adelantaron su articulación para dar lugar a un único fonema dental. <<

[18] Tormenta e impulso. <<

[19] Firmada por España el 5 de noviembre de 1992 y ratificada el 9 de abril de 2001. <<

[20] *http://www.dglf.culture.gouv.fr/lang-reg/rapport_cerquiglini/langues-france.html*. <<

[20-bis] Este dato que aparece en la edición original impresa es a todas luces erróneo. Según la Federación de ikastolas, en dato recogido en el libro *Lenguas y educación en el ámbito del estado español*, de Miquel Siguán, en 1978 el número de ikastolas ascendía a doscientas quince. [*N. del E.D.*] <<

[21] Dominus es «san» y Ostia, puerto romano que alude a San Sebastián mártir, pero la palabra, prestada al vasco, se transformó en Donostia, de la que se sirve el español para el gentilicio donostiarras, en vez del terrible sansebastianeños. <<

[22] Dos leyes la garantizan: el Estatuto de Autonomía de 1979 y la Ley Básica 10/1982, de 24 de noviembre, de Normalización del Uso del Euskera. <<